

# TURISMO ROMANO

Por Luis LAVOUR\*

Esta inquisitiva andadura por el pasado de la más noble y gratificante manera de viajar, inicia su curso adentrándose por la más historiada parcela del mundo clásico: el Imperio Romano. Y no ciertamente por oportunismo expositivo, propiciado por abundancias documentales, sino por entender, de acuerdo con una de las pocas tesis que un trabajo desprovisto al máximo de teorías se sustenta, por estimar que fue en el marco socio-económico del mundo romano y romanizado donde se registraron las primeras manifestaciones del turismo en acción. Y no por azar, sino por darse en el encarte de aquella civilización matriz, y por vez primera, las condiciones objetivas indispensables para la eclosión del fenómeno en una gama de modalidades sorprendente por su variedad.

## La «Pax Romana»

Por entre la prolífica serie de *slogans* lanzados a la palestra del tópico para publicitariamente cantar las excelencias del turismo, destaca por su optimismo uno que a escala ecuménica le adjudicó en tiempos la función de pasaporte para la paz. Bien es verdad que por involucrar el estereotipo de modo manifiesto los términos de la cuestión, circuló tarado por la inanidad de lo perogrullesco. Sin embargo, salta a la vista el superior fundamento histórico que adquiere la noción de colocar a sus dos componentes invirtiendo su relación causal, lo que entre otras cosas serviría para explicar, de modo

convinciente, la emergencia del turismo en tiempos de Augusto, y más aún durante la plácida dinastía Antonina, al gozar como nunca el mundo —el mundo romano— de la bendición de la paz, unida a una prosperidad de suficiente calado social.

Además del expuesto, otro factor inicitó al romano a la práctica del turismo. Este de índole psicológica, una vez superada la notoria incapacidad del humano, como protagonista de su propia historia, para percibir de manera precisa los rasgos distintivos del tiempo en que vive inmerso. No así el súbdito de los Antoninos, bajo cuya férula el turismo ascendió a cumbres de imprevisto esplendor. Plinio el Joven, preclaro servidor de varios soberanos de aquella dinastía, elogió con arrobo, al parecer sincero, aquella *Pacis Romanae immensa maiestas*. Siglos después, en el XVIII, un historiador del talante severo de Gibbon, calificaba a la misma era como «el período de la historia en el que la condición de la raza humana fue más próspera y feliz» (1).

De soslayar cualquier cotejo comparativo montado sobre base tan resbaladiza y problemática como la felicidad personal, es el caso que el patricio romano del siglo II, amén de vivir persuadido de existir en un *Saeculum Aureum*, como rezaba el cuño de algunas monedas al uso, demostró, de modo fehaciente, poseer clara conciencia de las oportunidades desplegadas a su alcance para recorrer casi todo el orbe hasta entonces conocido, sin clase alguna de trabas, legales o

\* Investigador para temas históricos del Instituto Español de Turismo.

(1) Edward Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*. (Cap. III).

burocráticas, coartándole su libertad de movimientos.

Consideración que aminora la carga retórica de los elogios de cierto orador griego de nota, empecinado trotamundos como tantos otros de su gremio y nación, trasladado en tiempos de Antonino Pío, desde la costa asiática a la Urbs por antonomasia. En el panegírico, que puesta la vista en el mecenas de turno, compuso en loor de los tiempos en los que le tocó vivir, intercaló un vibrante párrafo exaltador del aliciente clave procurado por el Imperio al amigo de deambular *ad libitum* por el ancho mundo. Se agudizan los acentos de viajero agradecido al proclamar en el curso de su perorata:

«Por fin la tierra entera es madre y patria común de todos. No hay hombre, griego o extranjero, que no pueda trasladarse de una a otra comarca cuando desee, con sus pertenencias o dejándolas tras de sí. Ni las puertas Cilicias le inspiran ya temor ni los angostos y arenosos senderos que nos llevan a Egipto a través de la Arabia. Tampoco las infranqueables montañas ni los pueblos bárbaros y hostiles. Para viajar salvo y seguro, basta ser romano o súbdito de Roma» (1).

### Cinemática del turismo romano

De proyectar sobre un mapa, en gráfica representación, las rutas transitadas de preferencia por el turista romano, el diagrama resultante reviste simplicidad extrema, al adoptar de modo inalterable, y al correr de los tiempos, la forma de una T invertida. Con la *Aeterna Urbs* en el punto de intersección de un esquema que diríamos trifásico, marcando el punto hacia donde, como decía el dicho, todos los caminos llevaban y desde el que tantos otros partieron también.

Una interpretación semiótica de los tópicos consustanciales al turismo podría precisar que el brazo de la T apuntando hacia el Norte señalaba el habitáculo de los frios hiperbóreos y de la barbarie: tierras ingratas

para el romano. Parcas en promesas para atraer el divagar del culto las comarcas señaladas por el vector izquierdo disparado hacia los *Finis Terrae* de la Hispania y las Galias. Una especie de *far west* en variable grado de latinización o de colonización, conceptos homónimos en el caso. Territorios, que por culpa de la inferioridad de toda copia respecto al modelo, desprovisto de interés para cebar la curiosidad del visitante metropolitano. Paisajes carentes de historia por mucho templo, anfiteatro y acueducto que tuvieran. Solar de una serie uniforme de ciudades, calcos deliberados, en piedra perdurable, pero de quiero y no puedo, de la rutilante capital del Imperio. Al fin y a la postre, eje y motor del turismo romano en todo su volumen e integridad.

Relegado el signo de dos de los vectores del diagrama a la función de proveer de visitantes a Roma, queda el tecer ramal, proyectado hacia Levante. El único de los tres que revistió importancia en términos de turismo puro, en su doble versión receptora y emisora. Dilatándose en forma de triángulo, hincado su vértice en Roma, y apoyada la base en Atenas y Alejandría, su perímetro abarcó un espacio ubérrimo en vestigios de añejas culturas y empapado de gran acopio de recuerdos históricos y mitológicos. Justamente, el imán de potencia suficiente para sacar al romano culto o ricachón de sus casillas, y decidirle a embarcarse rumbo a Oriente, durante los meses de menos cierzo y más luz solar. Los únicos en que se dejaba navegar el *Mare Nostrum*, el de ellos en aquel entonces y de nadie más. Para por rutas surcadas por Ulises y Eneas, satisfacer las apetencias constitutivas del turismo romano en su más eximia manifestación.

Ningún exceso de simplificación supone el planteamiento geográfico del tema *in partes tres*, conforme abordó Julio César la descripción de las Galias. Al menos coincide con la respuesta que a la pregunta genérica del *Quo Vadis?* del romano, y bajo el epígrafe *tourist travel*, enuncia un texto de historia romana,

(1) Aristides de Smyrna. *Encomium Romae*.

utilizado por largo tiempo en las universidades inglesas:

*While provincials flocked into Rome to gaze at its wonders, Italians peregrinated, guide-book in hand, to the historic sites of Greece, to Troy, to Egypt—* (1).

### Motivaciones

Debido a lo poco —o nada— que ha cambiado la naturaleza humana desde la invención de la rueda, pocas diferencias o novedades se encuentran al indagar la fuerza motriz, las ideas-fuerzas que incitaron a visitar determinadas parcelas de su Imperio al anónimo *viator*, protagonista de este humano menester del viaje turístico. Por el contrario, abundan pruebas de que los estímulos determinantes de los viajes del romano ocioso y adinerado, fueron, en lo fundamental, tan varios y proteicos como los que en la actualidad actúan en el albedrío del turista y de la misma manera.

La pura curiosidad por delante y por descotado. Sin descartar la posibilidad, en tan obvio apartado, de derivarse el *primum movens* o *causa causans* de sus curiosos ires y venires, de la dinámica del tedio, del tanto de esnobismo y hastío, acicate poderoso y nada aturístico en todo tiempo y lugar entre clases económicamente superdotadas, y que superabundantemente se dio entre las clases privilegiadas de la sociedad romana.

Un aspecto de la cuestión que no le pasó inadvertido a un psicólogo del calibre de Tácito. En trance de determinar lo que movió a Tiberio al abandono de Roma para retirarse a la isla de Capri, diagnostica con lucidez de experto: «Los motivos no hubo que buscarlos fuera de él mismo». Asimismo, el carácter de los impulsos que al romano de la edad áurea, o al de la argétea que le sigue, le invitaron a

pasear vista y espíritu por el vasto espacio circundante que les perteneció por derecho de conquista, más parecen de índole endógena que extrínseca. El análisis de sus conductas viajeras hacen sospechar que el factor responsable del abandono de su *habitat* en ausencias prolongadas, vino a ser una especie de cosquilleo interno, con cierta similitud, pongamos por caso, con esa sed nada más que presunta que durante sus horas de trabajo empuja a la mecanógrafa, de manera cíclica o regular, hacia la cafetería vecina. Breves interrupciones de la rutina laboral, que como bien sabe la compañera de trabajo que invariablemente le acompaña, obedecen por general más a unas nalgas cansadas que a las demandas de una garganta reseca. Y que el ansia de distanciarse de la silla del despacho supera la atracción ejercida por el corto de café o la Coca-Cola.

La hipótesis implícita en el símil la intelectualiza Séneca consciente de los motivos de aquella manía de cambiar de sitio por cambiar, latente en los vaivenes de tantos de sus coetáneos, orquestando en la segunda de sus *Epistolae ad Lucilium* una conocida diatriba contra aquel divagar, calificándolo como síntoma de «ánima enferma», extiende en otro de sus escritos una nada cordial bienvenida a un amigo recién llegado de una excursión:

«¿Te extrañas cómo si fuera un hecho anómalo haber vuelto de un viaje tan largo y variado sin conseguir disipar la tristeza de su corazón? No te extrañes. Es de alma de lo que necesitas cambiar. No de clima» (2).

Como buen moralista el cordobés propende a lo reiterativo. De ahí la frecuencia de sus repulsas contra el viaje como placer vital, junto a otras amenidades del existir. Sin motivos para tomar su actitud, eminentemente retórica como todo el estoicismo romano más en serio de lo que merece. Véasele

(1) J. M. Cary. *History of Rome*. 1.<sup>a</sup> ed. (Londres, 1935a).

(2) Séneca, «Epístolas» (III. 28).

reprobar la riqueza con saña, mientras en su calidad de primer ministro de Nerón amasó una de las fortunas más formidables de su tiempo. Los pocos reparos que opuso, y el gran provecho que extrajo, de «cruzar mares e ir de ciudad en ciudad», no fueron óbice para tras mirar enderredor, cálamó en mano, se preguntara recriminatoriamente:

*Quin prodest mare traicere et urbes mutari?  
Quid per se peregrinatio prodesse cuiquam potuit?* (1).

Con la misma elocuencia con que formula en sus epístolas *ad Helvia* y *ad Lucilium* furibundas diatribas contra el viajar por viajar, en su *De Tranquillitate Anima* cambia de registro para hacer su apología con las palabras: *Vectatio, iterque et mutata regio vigorem dant*. O sea: «echarse al camino y cambiar de paisaje, dan vigor».

Contradiciones que más que falta de ilación, exponen la síntesis de contrarios que informan el viaje turístico como evasión. Que tiene cumplida contrafigura en el viaje turístico inducido por simple mimetismo social, que comparece con bastante relieve en los viajes del romano opulento, al configurar a través de los textos las complejas y sutiles púas psicológicas incitantes al viaje. El dejarse modelar conductas propias, por ejemplos ajenos, es consecuencia bastante previsible en el seno de una sociedad clasista y compacta, cimentada en una intensa vida de relación. Así lo sugiere Jannine Assa al indicar: «lo que preponderantemente les interesó fue conocer cosas conocidas e incluso, demasiado conocidas». En efecto, ya en tiempos romanos popularidades como las de las Pirámides revelan el alto justiprecio alcanzado por monumentos calificados por su excepcionalidad de nunca vistos. Con la particularidad de jamás atribuirse el epíteto a curiosidad alguna antes de haberla contemplado considerable cantidad de seres.

(1) «¿De qué sirve atravesar mares e ir de ciudad en ciudad? ¿Qué puede aprovechar a uno un viaje per se?». Séneca. «Epístolas Morales» (CIV).

Configurado lo que se podría llamar el entramado psicológico de sus desplazamientos, o tal vez, y mejor, la sociología de aquel turismo, trámite obligado revisar su proyección en el terreno de los hechos, a través de un repaso tópico a la diversidad de notas que sonaron en el oído del romano invitándole al viaje.

### Turismo cultural

Encomiable apetencia la de instruirse deleitándose por medio de un viaje de placer. El patricio presa de tan notable aspiración convertíase de modo inmediato en blanco vulnerable y preferente de lo arqueológico, al quedar incursos dentro de su imperial dominio los tres máximos focos de la civilización clásica, compitiendo aún y en no pocos aspectos con la suya propia. En armonía con el gusto del romano por lo antiguo, expresado por Séneca en aquel *Senectus in urbis sacra est*, el más valorado atributo en las ciudades que conoció. De ahí que el refinado encanto helénico y decadente de Atenas, Efeso y Alejandria polarizaran agudamente su interés.

Independientemente de que *sensu strictu* se preste a discusión su carácter turístico, cabe incluir en este apartado la costumbre de al final de la República, y al comienzo del Imperio, de enviar el *pater familias* al joven patricio a pasar una temporada completando su educación en las acreditadas escuelas establecidas en los lugares citados y en algún otro del Mediterráneo oriental. Sin que suponga descubrir Mediterráneo alguno apuntar el fuerte paralelismo de aquellos viajes con el *Grand Tour* británico del XVIII, analogía señalada, entre otros, por el especialista francés H. Taylor:

«Los jóvenes romanos que visitaron Grecia, África y Asia Menor estuvieron inspirados exactamente por el mismo espíritu con el que los jóvenes ingleses del XVIII hicieron el *Grand Tour* por Italia».

Paralelismo acrecentado al observar las repercusiones, abiertamente turísticas esta

vez, que aquel tráfico comportó, tan pronto substituyeron en aquellos viajes los padres a los hijos. En otras palabras: cuando los ex estudiantes, ya maduros y socialmente situados, retornaron para visitar de modo más gratificante y aleccionador, lugares conocidos a la fuerza en su juventud. Un hecho turístico de tantos en el que una misma historia se repite en tiempos y escenarios distintos.

### Turismo historicista

En seres tan profundamente imbuidos de sentido histórico como los romanos, sobresalen los efectos impresos en sus itinerarios por la atracción dimanada por lugares prestigiados por densas asociaciones históricas, siempre y cuando de modo real o imaginario los vieran vinculados a su propio ayer.

Razón determinante de la necrofilia subyacente en las visitas a parajes tales como la «villa» en los alrededores de Gaeta en la que asesinaron a Cicerón, y a otra en la cartaginesa Utica, donde Catón se suicidó, motivo presente en las peregrinaciones a la tumba de Diógenes «el Cínico», en Corinto, y en Siracusa, a la de Arquímedes, descubierta personalmente por Cicerón, el año -74, conforme queda referido su hallazgo con todo detalle en una de sus epístolas.

Hállese o no sepultado Virgilio en el columbario situado en lo que podríamos llamar dintel de la *crypta Neapolitana*, o gruta de Possilipo, el túnel enlazando a Nápoles con Baiae, hecho probado que en cumplimiento de orden de Augusto se trasladó el cadáver del poeta desde Brundisium, donde murió, para inhumarlo en los alrededores de Nápoles, donde había nacido. También consta en un epigrama de Marcial, que su tumba, adquirida por Silio Itálico, gran admirador del autor de la «Eneida», era meta de numerosas visitas, posiblemente, no pocas procedentes de la vecina Baiae, sede de tanto ociosos predispuestos a sacudirse el aburrimiento de un día de clima adverso, con una pequeña excursión a la tumba, integrante de modo

prominente, hasta mediados del XIX, del programa de visitas napolitanas del turismo europeo.

Menos exégesis precisa detectar el por qué de las giras al campo de batalla de Cannas al Sudeste de Roma, o las más triunfalistas al de Zama, en las afueras de Cartago, donde cayó derrotado Anibal, vencedor en Cannas. Por más que como sucede en nuestra Numancia, y en el campo de batalla de Maratón, escaso pasto visual ofrecieron aquellos desolados escenarios épicos a la retina del visitante.

Reparando en el estado de ruina en que yacían la mayoría de los puntos atiborrados de asociaciones históricas, favorecidos por la curiosidad del romano, hace pensar en cuán disonante en raza distinguida por su genio mecánico y constructivo resuello, que en ningún caso conocido tradujeran su devoción por los restos arquitectónicos del pasado de manera práctica. Poniendo en juego la cabria, la espuerta, la pala y el azadón, para desescombrar y restaurar algunas de las antiguallas que con tanta asiduidad y reverencia contemplaron. Inhibición que sitúa a los romanos expuestos a merecer el mismo reproche estampado contra los griegos por Spengler en su obra fundamental:

«Destruída Atenas por los persas —dispara iracundo el historiador—, las viejas obras de arte fueron arrojadas a la basura, de donde las estamos sacando, y nunca se vió a nadie por la Hélade que se molestase en llegarse a Mycenae o a Festos con el objeto de descubrir restos históricos. Leían a Homero, pero a nadie se le ocurrió, como a Schliemann, excavar la colina de Troya. Los griegos querían mitos: no historia» (1).

Poco más o menos, lo mismo que los romanos en sus viajes por Grecia. Por mucho que leyeran a Homero, y devoraran la «Eneida» de Virgilio, es claro que de los episodios de la historia griega sólo les interesaron los de

(1) E. Spengler. «La Decadencia de Occidente». (Berlín, 1918).

alguna manera relacionados con la suya propia.

Visto lo expuesto de un modo nada más que somero, cabe anticipar por delante del análisis tópico de sus movimientos, que en sustancia el romano se desplazó por su mundo motivado por el mismo repertorio de alicientes e incitaciones que hoy siguen contando. Fueran educativos o culturales, religiosos, climáticos o terapéuticos. Sin olvidar el factor mimético, plasmado en el prurito de presumir ante vecinos más sedentarios, quienes lo probable es que reaccionaran no quedándose a la zaga renunciando a un acto de gran lucimiento social. O, en algún caso, el más generalizado tal vez, por el simple placer de mudar temporalmente de *habitat*: por lo que se dice viajar por viajar. Incentivo activo cual ninguno en el abanico de opciones turísticas, aunque el predominio de las motivaciones enunciadas en lo más mínimo implicara la exclusión de una combinación con las demás.

Prácticamente negligibles, pues, los riesgos de error o de exagerar que incurre quien diccionario en mano, y esgrimiendo como argumento la definición que del turismo consta en los palabrerros, afirme que con la excepción del alpinismo, de los deportes de invierno, y de modalidades estrechamente relacionadas con el tren, el auto y el avión, no hubo forma de turismo cuya práctica en la época imperial quedara fuera del alcance del romano de posibles. Independientemente del porcentaje de población incurra en dicha categoría, que es cuestión ajena a lo esencial del tema, sin otras variables con el presente que las meramente de orden numérico y material, relativas a volúmenes viajeros y dispositivos técnicos para realizar el viaje, y, hablando de variantes, sobre todo en materia de estilo. Cualidad atesorada por el romano de casta en dosis superlativas.

### Turismo emisor

Cediendo a casi irresistibles imperativos históricos y climáticos, el turismo romano propiamente dicho se orientó desde el primer momento hacia las tierras matrices de su religión y cultura. Pero es durante el reinado de Adriano, y posiblemente estimulado por su imperial ejemplo, cuando con ímpetu renovado se desata una caudalosa corriente viajera desde Roma, y zona de influencia, hacia el Mediterráneo oriental. Alcanzando niveles preocupantes por su densidad en la estimativa de Plinio el Joven, consumado viajero y notorio participante en aquel frenesí por conocer *in situ* vestigios de ilustres y exóticas culturas. Flujo tan uniteral y excesivo a su parecer, como para inducirle a formular un reproche, inopinado por su aplicación a tiempos actuales:

«En Roma, y en los alrededores de la capital, hay multitud de cosas curiosas que nadie ve, y que ni siquiera conoce por referencias. Tendrían muchísimas más probabilidades de ser conocidas si nos las ofrecieran Grecia, Asia Menor, Egipto, o cualquier otro país rico en curiosidades, que supiera hacerlas valer» (1).

Por si sólo se manifiesta, sin necesidad de comentarios, el sentido de la invectiva. Refleja un estado de opinión frecuente en residentes de activos centros emisores de turismo, quienes es habitual lamenten la infravaloración de la oferta turística de su zona, subyugada por el reclamo de la competencia. Sobre todo cuando en la era Antonina tanto romano partía en dirección a Grecia, Siria y Egipto. Curiosamente, y mentadas en el mismo orden, las comarcas que a juicio del propio Plinio, claro está que emitido en otra de sus epístolas, las comarcas que todo romano amante de la cultura tuvo poco menos que la obligación de visitar.

(1) C. Plinio Secundo. *Epistolae*. (Libro VIII-20).

## LA ROMA DEL TURISTA

Una vez determinadas las rutas enfiladas por el romano capitalino, en ocasión de ceder al *nisus* viajero que de vez en vez le espoleó el ánimo, y antes de pasar al contenido de sus viajes de placer, se glosarán primero, y con cierta extensión, el comportamiento viajero de su complemento: el del provincial. Con su punto de destino en Roma capital. La meta que de manera casi exclusiva acaparó los pasos de la peregrinación procedente de las más remotas poblaciones del Imperio, convergiendo en la *Aeterna Urbs*, como enjambre de mariposas atraídas por el resplandor irradiado por todo el Orbe por la Urbe antonómica y por excelencia.

Desde el Renacimiento para abajo abundan panegíricos exaltando literariamente la gloria visual de la Roma cesárea. Válido cualquiera de ellos para concretar el tópico y proporcionar idea del reflejo de su suntuosidad en las estupefactas pupilas de los forasteros: epítome de miriadas del mismo tenor la suscrita en tiempos modernos por un eminente romanista ruso:

«Los edificios públicos destacaban por su tamaño, la belleza de sus líneas y la elegancia de sus emplazamientos. En ningún otro lugar se veían tan nobles templos o foros tan lujosos, adornados con arcos triunfales, columnas conmemorativas y bosques de estatuas; ninguna ciudad del imperio podía mostrar tan inmensos teatros, anfiteatros y circos; ninguna tenía tantas bibliotecas y museos públicos, o una galería de estatuas como la que erigió Augusto en su foro, en honor de famosos caudillos romanos. Distingúese Roma por sus vastos y lujosos baños públicos y también por sus nobles basílicas donde se administraba justicia. Ninguna capital podía rivalizar en parques públicos, mercados y espléndidos comercios. Los palacios imperiales se levantaban en el Palatino y magníficos sepulcros a orillas del Tiber. La vida era fácil y alegre en esta ciudad maravillosa» (1).

Sin perjuicio de escudriñar algo más tarde, y desde dentro, imagen tan brillante y acre-

ditada, como convencional, potente por demás y por exclusión de posibles rivales la atracción ejercida por la reina de las ciudades, otro calificativo vigente en la época. Valgan para ilustrar su poder de captación las referencias de dos escritores hispanos en ella avvicinados. Primero, la del baturro Marcial, y en una composición sobre las diversiones ofrecidas en los anfiteatros de la capital:

*Quae tam, seposita est quae gens tam barbara, Caesar, ex quae spectator non sit in urbe tua?* (2).

Tema, el de los visitantes de Roma, en el que consecuente con su peculiar modo de ver cosas y personas, incide Séneca desde una óptica más torva y menos triunfalista:

«Contemplad esta muchedumbre a la que apenas bastan las viviendas de una ciudad innumerable. Casi exclusivamente formada por gentes no nacidas en Roma. Precipitándose aquí, como un río, desde sus municipios, de sus colonias, de toda la faz de la tierra, unos empujados por su ambición, otros por el desempeño de funciones públicas... no faltan quienes desean satisfacer su gusto por las letras y las artes y los hay que llegan impulsados por su pasión por los espectáculos».

### «Sightseeing» romano

Al tratar de los *monumenta videre*, como sin merma de su connotación esencial se deja traducir el anglosajonismo del epígrafe, obvia la imposibilidad de condesar en una especie de instantánea visual, algo tan cambiante como la fisonomía de la Roma imperial, en el curso de los tres siglos largos que separan el reinado de Augusto del de Diocleciano. Tanto más cuando por pocos que fueron los emperadores no fallecidos violentamente antes de lo previsto, no hubo ninguno que a nada que logró mantenerse en el solio se

(1) M. Rostovzeff, *Rome*. (Oxford University Press. New York, 1960).

(2) «¿Qué pueblo hay, ¡oh, César!, tan lejano o bárbaro, que no envíe algún admirador a tu ciudad?». M. Valerio Marcial. *De Spectaculis*. Lib. III.



Interior del Templo de Júpiter - Capitolino

privara de dar suelta sobre su capital aquella *infinita cupiditas aedificandi* atribuida por Lactancio a Diocleciano.

De sintetizar en el viejo Foro lo sucedido por el resto de Roma, podría decirse que el visto por un abuelo en su juventud, se pareció bastante poco al conocido por su nieto, debido al constante derribo y construcción de templos, basílicas, arcos triunfales y de toda clase de edificios erigidos en el insigne recinto. Impedimento grave para cualquier exposición en regla, que a costa de cierta inconsideración respecto a fechas, se intentará sortear evocando la Roma admirada por el turista dando cierta preeminencia a la de fines del siglo II. Comenzando la evocación, y por todo lo alto, en la acrópolis del Capitolio, fortaleza y santuario a la vez, con la roca Tarpeya a un lado, y erizada la cima de la colina de espléndidas construcciones.

Ninguna del bulto y corpulencia del templo de Júpiter Capitolinus, tantas veces rehecho como consumido por el fuego, recamado su maderamen de mármoles preciosos y broncees dorados, con una imponente imagen de Júpiter Optimus Maximus, copia del Zeus de Olympia. A un costado, y como estuvo mandado, el templo de su esposa Juno, el de Juno Moneta, la vigilante o la monitora, depósito de los troqueles acuñadores de los metálicos discos, perpetuadores en el orden económico de la advocación de la diosa, y al otro lado el no menos meritorio templo dedicado a Minerva, hija de la divina pareja.

Al descender del Capitolio, el mejor observatorio del Foro romano, un hervidero de curiosidades ofrecía a la vista del visitante el máximo escaparate de la gloria del Imperio. No en su actual estado de cementerio de mármoles fracturados, sumido en un hondón,

muy por bajo del nivel de las calles, sino a la altura propia de lo que era el centro neu-rálgico de la vida pública de Roma. De hecho, un conglomerado apretujado y bastante caótico de construcciones, en una mezcla de templos, columnas, arcos, esculturas, por entre las que reptaba la Via Sacra. Particularmente interesantes para los visitantes, objetos como el *Milliarum Aureum*, erigido por Augusto, esculpidas en la superficie del bronceo cilindro, y en letras numerales meramente doradas, las distancias de Roma a las principales ciudades del Imperio. Situado entre la Curia, o Senado, en cuyo interior se discutían en un excelente latín los destinos de la población de gran parte del mundo y el templo de Vesta. Un edículo circular, guardando el objeto más admirado por el romano y que contadísimos seres pudieron ver: el sacro *Palladium*, el gran totem tutelar, una estatuilla en madera de Pallas Atenea, traída desde Troya por Eneas.

Cualquiera pudo en cambio contemplar a las vestales, residiendo semi-conventualmente en un lujoso edificio de dos pisos, justo detrás del templo, encargadas de mantener viva la fogata ardiendo en él. Famosísimas las singulares sacerdotisas, nunca más de seis, ofrendadas desde muy niñas al servicio de la diosa, por las más linajudas familias de Roma. Hacían voto de castidad, pero no de pobreza, cubriéndose su rapada cabeza con un no del todo translúcido velo. Disfrutando de los privilegios adscritos a su elevado rango por espacio de treinta años, pudiendo hacer al término de su sacro compromiso y con las riquezas acumuladas, cuanto les vino en gana. Despachado el viejo Foro, y recorrido el centro comercial de los adyacentes Foros Imperiales, mayestáticos y funcionales, dentro de su unidad estilística, quedaban por ver el resto del cúmulo de curiosidades de Roma.

Arduo seleccionar los monumentos claves del caserío de una ciudad rabiosamente monumental. Cabe destacar en una relación de prolija reseña el complejo de palacios cesáreos erigidos dominando el Foro y el Circo

Máximo en la arbolada explanada del Palatino, el Coliseo Flavio, columnas conmemorativas, como las de Trajano y Marco Aurelio, las únicas que aguantaron los embates del tiempo, labrados en espiral sus fustes con episodios históricos a la manera de *comics*, los exóticos obeliscos transportados desde Egipto, los «Pórticos», copia de las *stoas* helénicas, concurridos puntos de reunión y convivencia al amparo de la lluvia y del sol. En el Campo de Marte, los por su magnitud casi faraónicos sepulcros imperiales. Muy en especial dos por su carácter antológico. El sepulcro de Augusto, compuesto por varios cilindros superpuestos, guardando en su interior los restos de los emperadores de la gens Julia y de la dinastía Flavia, y miembros de sus familias. Perpetuada la familia de Augusto en retratos de impresionante realismo en los relieves del *Ara Pacis* —los más finos de todos los romanos— esculpidos nueve años antes del nacimiento de Cristo, y por disposición señorial, en conmemoración del advenimiento de la *Pax Romana*, obra del buen hacer de Augusto. Al otro lado del río, la todavía más enorme y visible Mole Adriana, panteón de los Antoninos.

Paseos inolvidables en una ciudad poco apta para paseos los realizados por las márgenes del Tiber, enlazadas sus orillas por una serie de puentes, en número y belleza insuperados por ciudad alguna, desfilando bajo sus arcos un tráfico hace tiempo desaparecido: el marítimo llegado aguas arriba del río que hizo de Roma un puerto de consideración. Rebosante de navíos descargando ingentes cantidades de cereales, aceites y otras vituallas precisas para la subsistencia de la capital, descargando en los muelles del *Emporium*, los almacenes del Estado, al pie del Aventino, llamados *horrea* un tanto a la gallega.

Un muestrario, nada más que indicativo, de los más sobresalientes componentes de la fachada externa de la más suntuosa y poblada capital del mundo conocido. Más específicamente conectados con la curiosidad del

turista el contenido de algunos de los edificios recién mencionados de pasada.

### Museos romanos

Únicamente desde considerandos lexicográficos puede imputarse de flagrante anacronía el relacionar a los romanos de la antigüedad con museos. Por más que de sobra justifique el uso hecho aquí del término en cuestión el recuerdo de su etimología, proveniente, como es sabido, del nombre de *Museion* dado en Atenas a cierto templo dedicado a las Musas, provisto, al uso de casi todo templo griego, de su correspondiente «tesoro». Posiblemente, sin pasar a mayores y a nosotros denominación tal, de no haberle llamado *Museion* el que ya en rigurosa concordancia con su contenido fundó Ptolomeo Philadelphos en Alejandría.

El hecho lingüístico de no conocer los romanos otro museo que el alejandrino, carece de relevancia objetiva. Como sucede al vocablo turismo, en nada obstó la demora en la confección del término a que en la capital romana se visitaran establecimientos clasificables como museos, y en cantidad: concretamente los templos y santuarios de la religión oficial del Imperio. Discerniéndose la razón de la concurrencia de público a muchos de ellos, reparando en lo mucho que aquellos sacros edificios, tuvieron en común con los grandes museos modernos, aparte de prosopopéyicas similitudes en su arquitectura externa.

El origen de la vertiente museística de los templos de Roma, idéntica, por otra parte, a la de sus modelos, los griegos, lo expuso con toda claridad, Tito Livio al reseñar los, hacia tiempo erigidos por el general Claudius Marcellus, a su triunfal regreso de Sicilia, *ad externis ad portam Capenam*, y advertir lo visitadísimos que fueron *visebuntur templa propter excellentia eius generis ornamenta*: a causa de las magníficas estatuas (*signa*) y cuadros (*tabula*), traídos consigo a Roma por

el conquistador de Siracusa, tras desvalijar a conciencia a una ciudad griega hasta la médula (1).

Operación reiterada por Roma con tan rapaz fruición y contumacia hizo que al correr de los tiempos, y de las conquistas, sus templos se museizaran más y más, originándose un proceso dividido en dos fases o tiempos, latente en las génesis del museo artístico como es hoy entendido. De modo y manera que si bien al principio la gente debió desplazarse para contemplar obras artísticas de crecido mérito e interés, al reunir las en un mismo lugar desaparece la necesidad del viaje. Nada más que en teoría, al no detenerse el proceso en este punto en el plano turístico. Antes bien, el proceso revierte su curso al estado inicial, debido a que la exhibición de obras artísticas, procedentes de otras tierras y culturas, insuflan en el ánimo de los contempladores el deseo de conocer los climas y paisajes donde se engendraron tales maravillas. Premisa actuante en nuestros días y de seguro subyacente en las iniciativas promocionales hoy plasmadas a través del traslado temporal, de Roma a Nueva York, de la Pietà de Miguel Ángel, pongamos por caso, o el envío desde Madrid y París a Tokyo de una selección de Goyas o de la Mona Lisa.

Volviendo al tema, y a los templos romanos, es preciso tener presente su diferencia funcional con sus equivalentes cristianos, siempre y cuando olvidemos en la presente ocasión la manera con que en el curso de una excursión suelen visitarse los templos antiguos de las localidades, españolas o italianas, que los poseen en abundancia. Los templos paganos fueron otra cosa. En ningún caso lugares de asamblea (*eclesia*), ni de oración; sino el domicilio terrenal de un dios o de una diosa, que pudo ser, en efigie, de un emperador e incluso de un ente moral. En muchas ocasiones, no todas, reclusa su imagen en la *cella* correspondiente, a veces reservada su visión a sus sacerdotes de plantilla. Pero

(1) Tito Livio. *Ab Urbe Condita*. (Libro XXV-39).

quedando el resto del recinto a libre disposición de los curiosos, que parece ser examinaron sus curiosidades descalzos y con las sandalias en la mano. Ya que muchos templos, sin detrimento con el carácter privado del culto y sacrificios, además de estatuaria, exhibieron valiosos conjuntos de vasos, ánforas, camafeos de respetable tamaño y otras piezas preciosas. Joyas que al contemplarlas los modernos en sus museos, y a despecho de formas externas en constante evolución, demuestran cuan leves variantes con el pasado yacen en el trasfondo de numerosas manifestaciones turísticas.

La notoriedad gozada por templos parcos en prestancia arquitectónica hace pensar en que su atractivo primario se basó en el amasijo de curiosidades acumulado en su interior. A veces carentes en su mayoría de significación religiosa alguna, pero dotadas de suficiente coeficiente de rareza para polarizar el gusto del *populus*, rebelde por naturaleza a dejárselo guiar por las valoraciones estéticas de los *connoisseurs*.

Sin indicios de que lo peculiar de la sacra raigambre de ciertos objetos, expuestos en determinados santuarios, imprimiera desfallecimiento alguno en la estimativa de sus contempladores. En parte por el alto precio que tanto griegos como romanos pagaron por el hecho de compartir una religión, nutrida en una mitología delirantemente imaginativa y humanizada al mismo tiempo. Protagonizada, como un relato de ciencia-ficción, por el modo imprevisto y nada convencional del comportamiento de dioses y semidioses en pleno ejercicio de su sobrenaturalidad.

De lo que se derivó la posibilidad de que hubiera templo presumiendo, la mar de ufano, de custodiar un huevo «puesto» por Leda, resultante del idilio de aquí te pilló, aquí te fecundo, vivido por la bella, sujeto pasivo de un ramalazo erótico de Júpiter, cuya violencia indujo al jefe de los dioses a adoptar forma de cisne para satisfacerlo. Hubo otro templo, y que seguro que sin pestañear, mostraba a

los visitantes una copa de ámbar, procedente de Rodas, modelada su concavidad en contacto con uno de los pechos de la legendaria Helena de Troya. En los santuarios engalanados por tales portentos —que ciertamente se prestaban a explicaciones— se encargaron de explicarlas a los visitantes, los *sacerdos* o *custos*, incrementando así, y de paso, su erario personal y el de sus templos.

Recopilando datos dispersos del tiempo, no recogidos por las Historias del Arte por elementales imperativos de seriedad, el templo de Júpiter Capitolinus aparece envaneándose de cosas tales como un descomunal trozo de cristal de roca, donado por Livia, la cuarta esposa de Augusto. Orgullosísimo, por su parte, el templo de Venus Genitrix, de poder exhibir, como preciada reliquia, una vistosísima armadura cubierta de perlas, parte del botín conquistado en Bretaña por Julio César, donante también de seis colecciones de piedras preciosas al tesoro de Venus, su presunta antepasada.

El templo de la Concordia, al parecer el más museístico de todos, ofrecía al visitante visiones no fáciles de olvidar. Por ejemplo, un rarísimo anillo, perteneciente a Policrates, tirano de Samos, montado en una cornucopia de oro, ofrenda de Augusto. Más tarde, y según el historiador judío Flavio Josefo, contemporáneo de los hechos que cuenta, engrosaron el templo, nada menos que, las más sacras preseas del templo post-salomónico de Jerusalén, frecuentado por Jesucristo. Entre ellas el Tabernáculo original, el candelabro de oro de los siete brazos y las rituales trompetas de plata; objetos triunfalmente transportados a Roma por Tito, con la pompa perpetuada con vivido grafismo en el arco triunfal que en el Foro lleva el nombre del reconquistador de Jerusalén, claramente perceptible en unos relieves bastante bien conservados por haberlos esculpido en la curva interna del monumento.

Puede proseguir la lista de curiosidades laicas que acrecentaban el interés de los templos con la mención del candelabro, en

forma de árbol, entronizado en el templo de Apolo, en el Palatino, guardándose en el de la Fortuna Viril la milenaria túnica vestida por Servio Tulio. Consecuente con el carácter sincrético del edificio, el Panteón, llamado de Agripa, se adornaba con multitud de curiosidades, entre ellas una estupenda Afrodita de mármol pantélico, sin otro ornato para su desnudez —según Zerffi— que un pendiente prendido de una de sus divinas orejas, ofrendado por Cleopatra en el transcurso de su visita a Roma. Todo ello y mucho más en un templo-muestrario de heteróclitas divinidades. Sin menoscabo de su ornamentación externa, diríamos normal, en el estilo consignado por Plinio en su «Historia» (XXXVI-4), en su informe sobre el Panteón:

«Decorado por Diógenes de Atenas, se consideran obras maestras las cariátides que se ven en los intercolumnios del templo, así como las estatuas colocadas en su tejado, insuficientemente admiradas a causa de la altura del emplazamiento».

Demasiado decorados tal vez, y a juzgar por las monedas en curso corriente que reproducen su fachada, de modo que hacen difícil no equiparar el conjunto al de una tómbola en día ferial.

Importante la contribución de los particulares al enriquecimiento estético de los sacros edificios, con donativos en especie artística de índole un tanto disonante con usos actuales. Nos lo revela con su habitual exquisitez informativa Plinio el Joven, en epístola dirigida a Annius Severus, participándole la compra en Grecia de una estatua en bronce de Corinto, representando la efigie de un anciano desnudo. Al enviarle la estatua, laica hasta las cachas, Plinio ruega a su amigo gestione su emplazamiento en el interior del templo a Júpiter en su villa natal de Como. Eso sí: muy al estilo en el que los particulares donan hoy estatuas y cuadros a los museos. Sin olvidarse de confeccionar —palabras de Plinio— «un pedestal del mármol que quieras, —y, por supuesto— en el que conste mi

nombre y los títulos oficiales que estimes adecuados» (1).

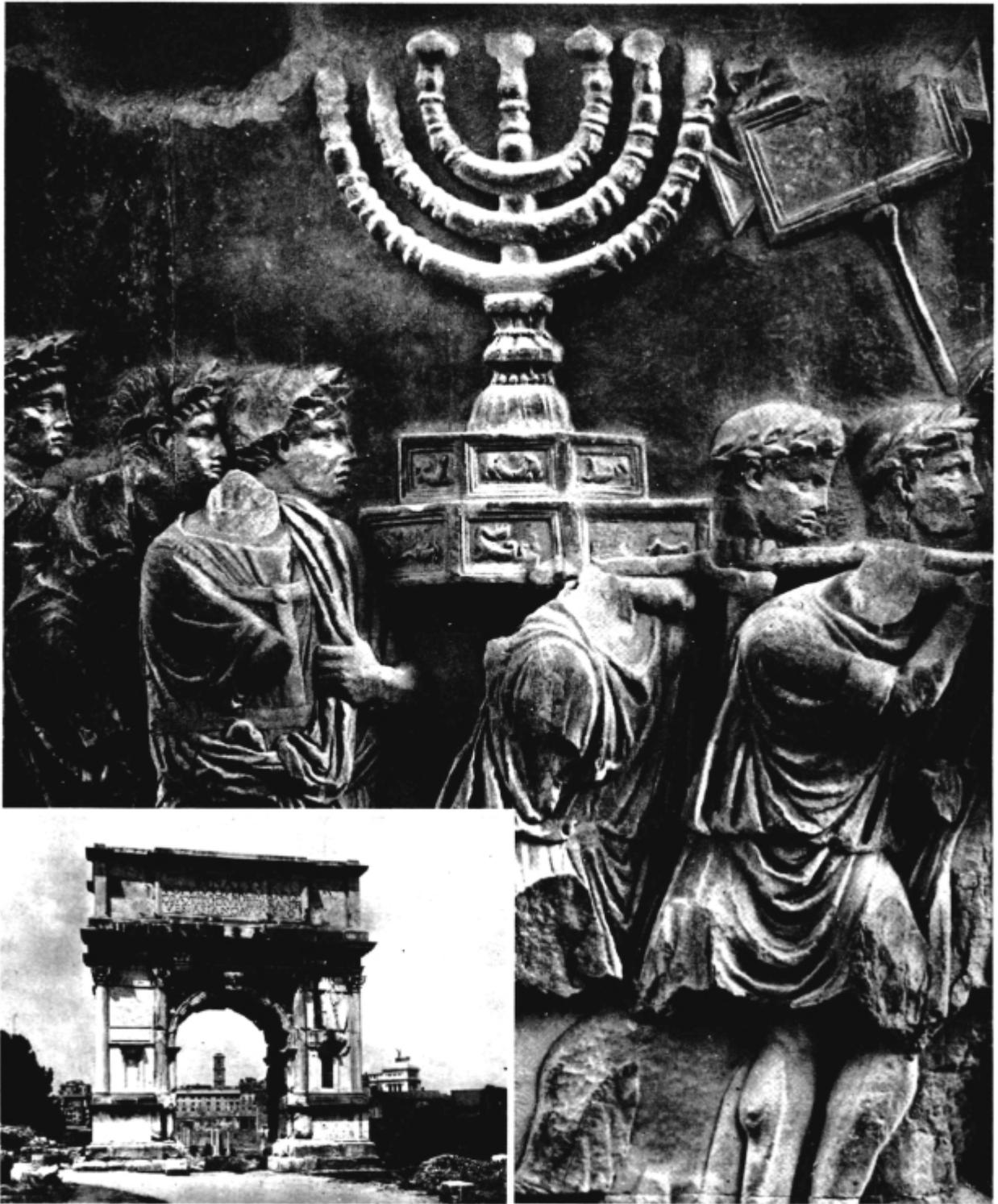
Curiosísimo en el Foro, y en sentido opuesto, el templete circular de Vesta, la Hestia griega, diosa del hogar. El hecho de no ser venerada en efigie no excluyó su visibilidad. Simbolizada en la sacra hoguerilla que debería arder día y noche, atendida por la singularísima institución de las vestales. En una ceremonia, casi continua, como el relevo de la guardia en la tumba de Lenin, constitutiva de uno de los más interesantes espectáculos que pudieron permanentemente verse en el Foro.

La latitud de la gama de los objetos exhibidos en los templos se dilataba lo suficiente para comprender ciertos productos exánimes del reino animal, más de uno codiciado en nuestros días por cualquier museo de Historia Natural. Cocodrilos disecados, parientes de los que hasta principio del pasado siglo pendieron en los claustros del monasterio de Montserrat, o del que pende sobre una de las puertas de acceso a la catedral de Sevilla. Colmillos de elefante de excepcional longitud y grosor, cornamentas de unicornios, plumas del Ave Fénix, etc., aparecen a menudo referidas a los templos de una capital, que al margen de cuantas vicisitudes y acontecimientos compusieron su turbulenta biografía, ejerció en sus visitantes una fascinación intensa e inmarcesible.

### Realidad urbana de la Roma imperial

Sentado lo anterior, y como ocurre en las megalópolis de hoy, y sin perdernos por lo obvio en parangones entre los tiempos romanos y los nuestros, la reina de las ciudades, como el dios Jano en su templo privativo, presentó al visitante una fisonomía dual. De su destreza maniobrera, y de los medios de que dispuso, dependió el que en el recuerdo

(1) Plinio el Joven. «Epístolas» (Libro III-6).



Arco de Tito y el fragmento de uno de sus relieves.

del visitante prevaleciera el de la faz rutilante y deslumbrante de la capital, a costa de sortear la impronta de la cara torva y huraña, en el grado en que le fue posible sortearla. Dado que del reverso de la Urbe se desprende una impresión totalmente diferente a la producida por su anverso, con el obligado resultado de que el verdadero ser y parecer de la Roma cesárea vino a ser una mezcla inarmónica de las dos. En todo caso, muy distinta de la imagen representada en las aduladoras reconstrucciones en celuloide tecnicolor servidas por los estudios de Hollywood, o impresas en forma de maqueta ilustrativa en los textos históricos del pasado siglo.

Para empezar, y en contraste con la magnificencia de los edificios públicos, la vivienda del romano medio era de escasa prestancia y dimensión, y edificada formando calles estrechas culebreando en repecho por las estribaciones de las famosas siete colinas, reservadas sus cimas para residencia de los privilegiados: dioses o humanos. Irritantes por demás y por lo inevitables las molestias producidas en el callejeo por el *casco antico*, en brega constante por entre el *fumum et opes streptumque Romae*, que tanto sulfuró a Horacio, y el *odorem culinarium fumantium* tan ofensivo para el olfato de Séneca. Humos y estrépitos inaguantables para Juvenal, quien en su Sátira III nos legó una secuencia, por su colorido y plasticidad casi cinematográfica, expresiva de las abrasivas incomodidades que en su tránsito callejero asediaron al sufrido peatón.

Nada más que relativo el alivio procurado por la prohibición decretada por Claudio, y mantenida por siglos, suspendiendo durante el día el tráfico rodado dentro del recinto murado de la ciudad. Con la autoridad derivada de la experiencia personal del corto en dineros, el satirista se autorretrata apretujado por una compacta masa humana de transeúntes, que camina embestida por los carros cargados de materiales de construcción —una constante las obras edilicias en el paisaje urbano de Roma— mientras rezu-

mando sudor, enojo y reconcomio avanza esquivando como mejor pudo los estacazos asestados por el insolente y corpulento eunuco, que aporreando a la muchedumbre, abre paso a los portadores de la silla de manos (*sella gestatoria*), transportando el epicúreo patricio, o la litera cerrada (*lectica*), en cuyo interior, invisible y fisgona, cruza reclinada tras el dosel de damasco la opulenta matrona, casada por descontado, por prohibirse a solteras, viudas y divorciadas el derecho al uso de aquel medio de transporte urbano. De aquí la conveniencia, o el imperativo de utilizar en la visita a Roma la silla de manos o la mulilla: en todo caso, caminando por el centro lo menos posible, precaución y gasto en absoluto superfluos visto el informe de Juvenal.

Hasta en tiempos preimperiales, la Roma republicana era ya como residencia una auténtica pesadilla para seres de un sistema neurovegetativo normal. Principalmente, a causa de su poco envidiable ubicación para florituras urbanísticas, agravada por la falta de planificación constructiva necesaria para encauzar su incensante expansión. Merecedora en conjunto de un bastante desfavorable juicio de alguien que conoció a fondo la ciudad, al compararla con la villa favorita de Aníbal, y de bastantes veraneantes romanos:

«Los capuanos —escribe Cicerón— ensalzan la excelencia de sus campos y la abundancia de sus cosechas, la salubridad, orden y belleza de su ciudad... ridiculizan y desprecian a Roma, construida sobre un amasijo de colinas y cañadas, colgados sus pisos y boardillas sobre pésimas calles y angostos pasadizos: todo muy inferior comparado con su Capua, extendida sobre terreno llano y admirablemente situado» (1).

Más tarde, y en tiempos imperiales, y para colmo de inconvenientes la capital del mundo apeataba terriblemente. Tanto así, que el éxodo de los ricachones en *villeggiatura veraniega*, constituyó por igual una vía de escape al rigor de las temperaturas como una medida profiláctica, por incorporarse a las

(1) Cicerón. *De Lege Agraria* (II-35).

molestias de los ruidos, de los malos olores y del tráfico incontrolable y demencial, una amenaza aún más grave. El mortífero azote periódico de las palúdicas y epidemias, hijas de un deficiente sistema de alcantarillado. Totalmente insuficiente pese a la Cloaca Máxima, y a sus hediondos afluentes, en relación con la magnitud del censo urbano de la metrópolis más metropolitana del mundo conocido.

### Roma de noche

Sin despejarse la situación al declinar el día y empeorando tan pronto apuntaba el anochecer. Ya previno un trotacalles del pelaje de Juvenal al trasnochador en ciernes *alia ac diversa pericula noctis*, escribiendo de seguido en plan de experto consumado en *Rome la nuit*:

*Possis ignarus haberi  
et subiti casus improvidus, ad cenam  
si intestatus eas...*

motejando de insensato a quien sin antes otorgar testamento abandonó su *domus* de noche, para cenar en la del prójimo. Toda precaución poca para el noctívago. Amén de atracos y otros sobresaltos, nunca imprevistos por calles angostas, precariamente alumbradas con teas, en el mejor de los casos. Levantada la veda al tráfico rodado, no pudo ser insólito que en su prisa por llegar a la *mansio* amiga, donde le esperaban para la *caena*, algún joven y atolondrado patricio casi atropellara con su utilitaria *biga* de dos caballos, a algún ciudadano de a pie, o quizá a algún *edil*, quien maldiciendo bajo la toga mancillada por las salpicaduras del barro —raras más bien las calles decentemente pavimentadas que tuvo la «Urbs»— mascullaría indignado y con harta razón, *Quid hercle faciamus de obstructione?*, tomado de cierta *comedia* del tiempo, interjección, que actualizada pasa a ser un «¿Qué diablos vamos a hacer con el incordio del tráfico?», juicio marcadamente revestido de modernidad.

¿El silencio nocturno? Pura metáfora de poetas quebrado el de la noche romana por los balidos y mugidos de los densos rebaños de reses camino de los mataderos, hormigueando por entre las reatas de carromatos envueltos en un estruendo de mil demonios, acarreado las ingentes montañas de leña precisas para mantener bien calientes los *tepidarium* y *calidarium* de las monumentales *thermae* públicas, en las que el *cives* romano, impenitente glotón, gustó derretir durante el día sus grasas.

Ni siquiera al aproximarse la madrugada remitía el bullicio de la noche romana. Antes bien, se acrecentaba por el tránsito de carruajes dispuestos para viajes, de longitud varia, apresurados en cargar y descargar impedimenta, con el fin de abandonar la capital al amanecer, pues una de las muchas cosas realizadas por los romanos con notoria eficacia y diligencia fue el percibir impuestos y multas.

«Muchos enfermos mueren aquí por falta de sueño» (*Plurimus hic ager moritur vigilando*), suspira Juvenal aludiendo a la barraúnda callejera nocturna, que debió ser infernal, convirtiéndose al noctámbulo Marcial el trasnochar en una pesadilla diurna:

«No se puede dormir por la mañana — protesta en el epigrama XII— con los maestros de escuela, ni por la noche con los panaderos. La gente que pasa riendo me despierta» y rubrica su protesta con una frase estupidamente gráfica: «Tengo a Roma en la cabeza de mi cama».

Se comprende perfectamente que en otro epigrama posterior, autobiográfico como tantos de los suyos, consigne su aspiración a retirarse a su Bilbilis bucólica y rural, *rure vero barbaroque*, que es como elogiosamente califica el rudo paisaje bilbilitano, con el objeto de *somniusque quae magna negabit Roma mihi*; en simple y liso castellano, para recuperar parte del mucho sueño perdido en la Roma de sus ensueños.

Evidentemente, consiguió la *nox cum somno* (Epig. II-90) de sus ansias, de lo contrario, este hombre que como buen aragonés impregnó a sus textos de enorme sinceridad, no habría escrito ya de retorno en su pueblo natal:

«Gozo profundo, prolongado sueño  
Que a veces dura más de la hora tercia,  
Y aquí reparo todas las vigiliás,  
Sufridas en el curso de treinta años» (Ep. XII-18).

Trasladándonos al polo socialmente opuesto, y muy superpuesto además al abigarrado mundo abisal por el que brujuleó un bohemio congénito y a la cuarta pregunta como Marcial, se aprecia que las incomodidades de Roma y a despecho de afirmación en contra de Juvenal, —*magnis opibus dormitur in urbe*— las molestias urbanas fueron padecidas en sus lechos respectivos al igual por ricos y pobres. Cuestión en la que el linajudo y opulento cordobés Séneca coincide plenamente con el cinico y desgarrado baturro, al confesar que una de las razones que le indujeron a pasar cuanto tiempo pudo en sus *villae rusticae*, de las que por cierto poseyó una verdadera colección, era para resarcirse del insomnio padecido en Roma. Ya en su villa de Nomentum, el distinguido estoico exulta de epicúreo placer al redactar allí su epístola CIV, en la que celebra haber podido zafarse de «la opresión de la ciudad y de los humos apesados de sus cocinas», o como él puntualiza, libre al fin de la *gravitatem urbis et illem odorum culinarium fumantium*.

Independientemente de lo bien o mal que durmiera por la noche, el ciudadano romano, no perteneciente al núcleo de los que trabajaran, hubo de madrugar. Así se lo impuso el rígido ritual del ritmo social de su urbe, del que formaba parte la rentable *salutatio matutina* a su protector. En cambio, a la hora sexta, o mediodía, gozó de su siesta, como su etimología delata, invención no tan española como se repite.

Quedaría un tanto incompleto el cuadro de las diversiones nocturnas sin un recuerdo a las *puellae gaditanae*, las procaces y bulli-

ciosas *Baeticae crotallistriae*, postre favorito de las orgiásticas *coenae* de los patricios en plan de refocilo y francachela, en el preciso momento en que los vinos y la ausencia de inhibiciones fluyeron en desmadrada profusión, constituyendo sus danzas, al metálico repiqueteo de sus ancestrales castañuelas, la más picante salsa de toda juerga romana que se respetó... por su falta de respeto.

Los textos latinos que las evocan indican con nitidez lo poco que la popularidad gozada por las peculiarísimas danzas de aquellas casquivanas compatriotas nuestras, entre la plebe y el señoritismo romano, tuvieron que ver con efluvios orientales ni con la estética, al informarlas la libido porno y doscocada, con algo de folklore atlántico por imperativos geográficos. Leídas rectamente las referencias directas a las *puellae*, denotan que el arte cultivado por las *gaditanae* —gaditanos jamás— se caracterizó por su despampanante lubricidad a palo seco. Reducida la coreografía a un remeneo lascivo de los glúteos, más sísmico que rítmico, capaz de escandalizar a seres ostensiblemente vacunados contra toda clase de espantos, como Juvenal y Marcial, quienes si mencionaron en sus escritos a las «bailaoras» proto-andaluzas, fue para vituperarlas como practicantas de un arte, a su juicio, de un mal gusto inenarrable.

Pero ejercido con un éxito singular. Cifrada su magnitud en el increíble número de «bailaoras» afinadas en Roma, entrado el Imperio en su decadencia. La profusión del gremio consta a través de una estupenda noticia, respaldada por la autoridad de un buen historiador, al reseñar en trance tan imprevisto como al hablar de las plagas de hambre provocadas por las depredaciones vándalas y visigodas que azotaron a Roma en el siglo V. En el curso de una de ellas, y para reducir al mínimo el número de bocas que alimentar, las autoridades de la ciudad abordaron el problema expulsando del recinto ciudadano a todos los extranjeros o *peregrini*, incluidos los profesores de artes liberales, griegos y galorromanos en su mayoría. Pero

—y *relata refero*— autorizando a permanecer intramuros a tres mil bailarinas, con *magister*, los contratistas o apoderados de las mozas, auténticos tratantes de blancas y de morenas, explotadores de las avisadas explotadoras del aburrimiento del romano (1).

### Turismo festivo

Inevitable comentar con el detenimiento debido el atractivo turístico ejercido por los festivales romanos primordialmente para-deportivos denominados genéricamente *ludi*, cuyo alto potencial para atraer forasteros aparece consagrado en los propios orígenes de Roma. Pese al tiempo transcurrido, ni siquiera los niños italianos en edad escolar ignoran que el célebre episodio del rapto de las Sabinas no fue un acto de gamberrada erótica perpetrado por sus antepasados contra sus antepasadas, sino pura fábula simbólica de la fusión de dos clanes rivales, latinos y sabinos, por medio de connubios, a lo sumo algo más forzados de lo que es normal en todo tiempo y lugar. La realidad oculta bajo todo gran mito, tampoco le priva a éste de valor informativo, al comparacer en la fábula las Sabinas en plan de incautas espectadoras de un festival cívico-deportivo, destinadas a ser raptadas en su curso por los astutos latinos, sufriendo al parecer un serio déficit femenino en su censo tribal. Se trataba en suma de un simple problema demográfico resuelto a las bravas y con extrema simplicidad. Una vez reducida la cuestión a encandilar a las muchachas del cerro de enfrente al Palatino, con el señuelo de un programa de festejos con alicientes capaces para inducirles a abandonar, por unas horas, sus inaccesibles villorrios empinados en las colinas del Capitolino y del Quirinal. La existencia de Roma prueba el éxito de la treta. Las jóvenes descendieron como corderillas a un prado existente entre las tribus rivales, que con el nombre de Foro

Romano sería el solar inicial de Roma. Concluido el festival como el Rosario de la Aurora, figuraría en la conciencia histórica del romano transmutado en el acta natalicia de todo un Imperio.

Trasladándose del mundo de la fabulación al de los hechos, más tarde no fueron precisas añagazas ni subterfugios de ninguna especie para que desde remotos puntos del Imperio acudieran verdaderas muchedumbres para presenciar los *ludi romani*. Suetonio, escritor *engagé* a probar que cualquier tiempo pasado fue peor, al evocar los celebrados en tiempos de la dinastía Flavia escribe: «Tal multitud acudía a estos espectáculos que muchos forasteros tenían que acomodarse en tiendas levantadas a lo largo de los caminos... y era tan grande la aglomeración que muchos perecieron, a veces, aplastados».

Sin pasar de ser en su esencia aquellos atrayentes *ludi* otra cosa que los juegos helenos, tomándose los romanos, insignes copiones, adaptándolos a su imagen y semejanza. Dada la infidelidad del plagio, se derivan las diferencias que distanciaron a la copia del original. Estribó una importante variante en la actitud del espectador del romano ante el deporte. Otra en que las olimpiadas panhelénicas, además de reducirse las competiciones a cinco días, cada cuatro años, se fundamentaron en el atletismo puro, en el desnudismo integral, con exclusión absoluta de estamento femenino tanto en pista como en graderíos. Los *ludi*, en cambio, en un profesionalismo mercenario, provisto de bastante adminículo y faldamento, con múltiples ocasiones para satisfacer la afición del romano y de la romana a apostar como descosidos desde su asiento en el anfiteatro, mientras se desrriñonaba sobre la arena el bárbaro que para ganarse la vida hubo de jugársela divirtiéndoles.

También difirió del gusto griego, nada malo en materia de festivales, que se erigieran en reinas de los deportes-espectáculos romanos las carreras de caballos, inevitable-

(1) Samuel Dill. *Roman society from Nero to Marcus Aurelius*. (Londres, 1904).

mente tirando de carros los animales, modalidad con la que se hallará adecuadamente familiarizado\quienquiera no le incapacitó su edad para librarse de contemplar las sucesivas versiones cinematográficas del «Ben Hur».

Era en la elipse de los *circus* donde aquellas pruebas tuvieron lugar. En lo arquitectónico, fieles réplicas del *stadion* griego, pero auténticos hipódromos atendida su función. Pálidos remedos cuantos circos existieron del *Maximus* de Roma, activo por siglos en el hoy inmenso descampado apraderado en la herbosa explanada que separa al Palatino del Aventino.

El fenomenal éxito de masas obtenido por los *circenses* radicó en su gratuidad para el espectador, llegándose en una década determinada al punto de que más de la mitad de los días del año hubo *ludi* en Roma, sufragados casi siempre con cargo al *fiscus* o erario imperial. Imperando Calígula, las carreras alcanzaron cimas de exaltación popular, por lo delirantes, acaso muy por encima de las más enfervorizadas horas de pasión futbolera. En sintonía con la pasión por los caballos que aquel demente, no carente de cierto extraño sentido del humor y de la política, cumplidamente probado, según el *sic dicitur* de Suetonio, al ascender a uno de los cuadrúpedos de su cuadra, «Incitatus» de nombre, al rango consular.

Otros espectáculos funcionaron simultáneamente para diversión del *populus* y entretenimiento de los *peregrini* de visita. De gran acepción y aforo los anfiteatros, creación típicamente romana tanto en lo arquitectónico, como en el tipo de atracciones por lo general programadas en su arena, al servir de escenario para las luchas de gladiadores, uno de los rasgos más repulsivos y al mismo tiempo expresivos de aquella civilización, principal substrato de la nuestra.

Tópico resobado ya señalar, a despecho de la intempestiva ornamentación moruna que externamente las reviste, la ascendencia ro-

mana de nuestras plazas de toros. De modo más evidente su interior, parentesco acrecentado por la *pompa*, o desfile inicial de gladiadores, quienes tras el *Morituri te salutant*, del ritual, sustituían sus vistosos equipos de paseo por los genuinos trastos de matar: de matarse unos a otros, en su caso.

En su conjunto áspera y chabacana, sin disputa, la tónica dominante en aquellos *ludi*, de los que los *scaenici* formaron parte. Merced a esas afinidades que en literatura suelen entrelazar sujeto y objeto, pudieran explicar que artista tan exquisito de la palabra escrita y hablada como Cicerón, usara términos, por los chulapones, desusados en el purísimo léxico del meticuloso prosista, al informarle desde Roma a un amigo ausente: *Omino ludi, si quaeris, apparatissimi, sed non tui stomachi* (1).

Prueba la vitalidad de los *ludi* en Roma capital que subsistieran en pleno auge hasta en los momentos en los que el Imperio se venía abajo desvenecijado por todos los lados y fronteras. Hay una impresionante referencia a la perdurabilidad de los *circenses* en los hábitos del pueblo romano, fechada en el año 419, campando ya imparables y por toda Italia los invasores bárbaros. En el poema viajero que con el título *De Redito suo* compuso Rutilius Namatianus, que entre otros cargos desempeño en Roma el de *Praefectus Urbi*, o alcalde de la capital, relata el retorno por *mae* a su Galia natal, alejándose de Roma en uno de los más críticos momentos de su historia. Dramático contrapunto con el hecho de que al izar anclas el barco en el *Portus Ostiensis*, y con los bárbaros a las puertas de la ciudad, resonaran en los oídos de Namatianus *saepius attonitas resonant cercensibus aures*, el estrépito de los *ludis circenses*, cotidianamente celebrados en el anfiteatro vecino (2).

(1) «Si bien es cierto que todos los juegos han sido espectaculares, no al gusto de tu estómago». M. T. Cicerón. *Ad Familiares*. (VII-1).

(2) Jérôme Carcopino. *Recontres de l'histoire et de la littérature romaines*. (Paris, 1963).

El viajero, ex alcalde al fin y a la postre, no se escandaliza. Y estampa su adiós postrero, complacido, anotando, *Nuntiat accensus plena theatra favor*. Es decir: «las olea-

das de entusiasmo anuncian hallarse las gradas repletas». Un buen soporte al tópico de que la ciudad alegre y confiada agonizaba entre espasmos de placer.

## LA GRECIA DEL ROMANO

Lord MacAuley, historiador de pro y ducho sintentizador en conceptos claros y rotundos el intríngulis de complejas cuestiones, escribió en 1860: «El espíritu de las naciones más famosas de la antigüedad fue marcadamente exclusivista. Es hecho cierto que los griegos sólo se admiraron a sí mismos: los romanos únicamente a sí mismos y a los griegos».

Admiraciones por lo ajeno, tanto más si moderadamente ignoto y distante, acostumbra cristalizar en el ámbito turístico, estimulando a las gentes receptivas al estímulo a conocer *de visu* lo admirado. De ahí que lo que pudo entonces decirse *turismus*, con absoluta corrección léxica, se diera por Grecia con mayor pureza y plenitud que por parte alguna del Imperio. Viniendo a ser su provincia de Achaia, para el patricio romano, lo mismo que la Italia del XVIII para un *gentleman* inglés del *Grand Tour*, o Europa para un americano venido a más del XIX en adelante. El lugar que era menester visitar para ser tomado en cuenta en círculos mundanos de alto coturno o de alto nivel intelectual: por tratarse de la excursión que automáticamente confería al viajero cierta prestancia o barniz cultural y social.

La falta de relatos viajeros sería más de lamentar de no suplir la carencia la misma literatura latina y las biografías de sus más eximios cultivadores, logrando entre todos que pertenezca al lugar más común y consabido la asiduidad con que desde Cicerón a Plutarco, pasando por Virgilio, Horacio y Petronio, más los dos Plinios, y sin incluir

emperadores, y tantos otros personajes de rango y notoriedad inferiores, visitaron la patria natal de los dioses y héroes de su panteón oficial.

Los suficientes como para dudar que existieran miembros del elenco del *haute monde* romano, que osaran arriesgar su *status*, permitiéndose lo que pudo ser la contraesnobría de desconocer la patria de Homero, Sófocles, Fidias y Pericles. Tan sólidas las constancias de sus viajes como los indicios para localizar uno de sus móviles más efectivos. Cifrado en el embeleso que debieron sentir, ya de regreso al lar, reviviendo entre sus pares las impresiones personales recogidas ante las glorias arquitectónicas de Delfos, Epidauro y el Partenón, perorando en el patio de su *domus* o *villa*: adornado con toda probabilidad con objetos artísticos adquiridos a modo de *memoranda* o *souvenirs*, en parajes donde tanto abundaron.

Viaje casi rutinario y perfectamente organizado, por otra parte. Máxime a partir del día en que Trajano estiró la Appia hasta Brundissium, como para que no pudiera decirse en lo sucesivo, y en la moderna acepción, que el viaje de Italia a Grecia fuera obra de romanos. Cuando se hizo tan factible y hasta delectable de acompañar la suerte. Un buen madrugón en Brindisi, combinado con vientos propicios y vigorosas remadas, permitían a un navío ordinario cruzar el Adriático antes del anochecer, y anclar en Dyrrachium, en la costa ilírica o albanesa. Para empalmar allí con la Vía Egnatia, rozando el Norte de Grecia, tras atravesar los Balcanes,

y terminar en el Hellesponto. Sin lograr la gran carretera desbancar en viajes a la Hela de la íntegra utilización de la vía marítima, con mucho la más favorecida. Por la cortedad de la distancia a Corinto, navegando en cabotaje por el normalmente plácido y archipiela-guizado mar Jónico.

### La cara fea del turismo

Al principio, que principio requieren las cosas, en las postrimerías de la República el magnetismo ejercido por la Grecia romana entre sus dominadores no tuvo consecuencias demasiado perniciosas para el terminal receptor. Turista altamente representativo de aquella época Cicerón, abogado brillante y prometedor, embarcado en un *tour* por Grecia y Asia Menor para reponer su salud: episodio del que guardó imborrable recuerdo durante el resto de su existencia, con oportunidad de servirse de sus experiencias viajeras al poco de su excursión.

Al intervenir como fiscal en el proceso incoado contra Caius Verres, *praetor* de Sicilia, acusado ante el Senado de un cúmulo de tropelías en el desempeño de su prebenda. Entre otras, la de haberse apropiado, *pro domo sua*, de un importante acopio de estatuaria griega. En la furibunda requisitoria contra el rapaz gobernador (*Verrinae. Actio Secunda. Liber Quartus. De Signis*), Cicerón puso en hábil juego su experiencia turística al valorar en sextercios, como el más competente de los anticuarios, el hurto masivo del *praetor*, en ciudad tan intensamente griega como Siracusa. Entre las estatuas apropiadas por Verres, mencionó Cicerón cierto Cupido de mármol, atribuido a Praxiteles, hermano gemelo de otro, *propter quem Thespieae visumtur*.

Excepcional valor informativo de un dato que permite entrever la forma en que invirtieron su ocio, en sus andanzas por Grecia, turistas del paladar y clase social a la que Cicerón perteneció. Porque dicho más en

cristiano, lo que significó el fiscal al aludir a una escultura que no mucho antes de mentarla debió admirar en un *villorrio* cercano a Atenas, es que a aquella estatua «se debía el que Tespia fuera visitada», añadiendo para remachar el clavo la interesantísima coletilla de que *num alia visendi causa nulla est*; o sea, «pues no hay ninguna otra razón para visitar la población». Referencias posteriores suscritas por autores griegos y romanos certifican la veracidad del tajante dictamen de Cicerón, alusivas al número de viajeros que se desplazaban desde Atenas a Tespia, con el exclusivo objeto de admirar el Eros conservado por la por tantos otros conceptos insignificante villa natal de Phriné, la modelo favorita de Praxiteles. Circunstancia repetida en las escalas en el puerto de Cnidus, por muchos romanos rumbo a Rodas y Efeso, desde Atenas, sin otro propósito que el de contemplar la celeberrima Aphrodita de Praxiteles, cuyo renombre, y por ausencia de la escultura original, perdida en Constantinopla durante la Edad Media, ha llegado a nuestros días gracias al acopio de copias, más de una adquirida de fijo por algún turista romano.

De todos modos, y visto lo expuesto, habremos de convenir que si semejante tipo de excursiones no fueron turísticas, convendrá invitar a Zeus a bajar del Olimpo para sustanciar el pleito.

La facilidad con que en aquellas calendas se realizó el tránsito de la admiración estética pura, al latrocinio descarado —cuestión de tiempo— pone elocuentemente de manifiesto el simple hecho de que aquel sobresaliente Eros, elogiado por Cicerón, terminó sus días en Roma, al llevárselo allí, y por las bravas, un amante de la estatuaria griega del calibre de Nerón.

Un episodio aparentemente anecdótico de ja de serlo por constituir uno de tantos que sumados forman parte del monumental expolio artístico llevado a cabo en Grecia durante el siglo I de nuestra era. Ninguna saca más monstruosa, por premeditada y alevosa, que la perpetrada por la cleptomía artística de

Nerón, empeñado en adquirir por la vía rápida objetos de alta calidad para decorar su soberbia *Domus Aurea*. Un insolente palacio, según algunos arqueólogos, de extensión superior a Versailles y El Escorial, que se construyó el emperador tras aquel memorable incendio de Roma, que en un puñadito de días convirtió a gran parte de la capital del Imperio en un inmenso solar calcinado... fácilmente edificable. Para ornamentar con arreglo a su delirante fantasía los aposentos, patios, baños y jardines de tan espectacular mansión, que de tan corta existencia disfrutó, el emperador destacó a Grecia una especie de comisión artística con la consigna de arrambalar con cuanta obra maestra transportable que digna del capricho imperial encontraran por allí. Acaudillaba la expedición un liberto asesorado por el filosofastro Carinas, cumpliendo el mandado en los términos evocados por un moderno comentarista:

«Jamás se reunió con mayor rapidez y reparando menos en gastos tan fabulosa colección de esculturas, pinturas y objetos de arte. Más de dos mil estatuas fueron a poblar las galerías de la *Domus Aurea* tras escudriñar la pareja hasta la última aldea griega. Sólo de los templos de Delfos extrajeron quinientas. Por aquí y allá surgieron protestas por el secuestro masivo de dioses y héroes. En algunos casos Acrato y Carinas tuvieron que pedir protección a las guarniciones locales contra la multitud enfurecida. La «Venus de Milo» perdió sus brazos en la disputa, cuando una noche un grupo de ciudadanos fue a rescatarla al puerto donde estaba embalada para su embarque, y la escondieron tan bien, que durante casi dieciocho siglos la mutilada Venus, permaneció perdida para la humanidad» (1).

Estampa válida de pasar por alto la circunstancia, secundaria al fin y al cabo, de que la buena moza quedó manca mucho después, en el curso de una reyerta librada en 1820 entre los vecinos de Melos y los arqueólogos franceses que se llevaban al Louvre la estatua de Aphrodita que acababan de redescubrir.

Para desventura del acervo artístico de Grecia poco desmereció de la expedición de

Acrato la despaciosa *tournee* por la patria de Fidias realizada en el año 66 por Nerón, acompañado del refinado y escéptico Petronio, amigo suyo por algún tiempo y más tarde víctima de aquel verdugo. Virajes afectivos nada infrecuentes en tiempos neronianos, como además de los del propio Petronio dan fe los postreros suspiros de nuestros paisanos Séneca y Lucano, integrantes del censo de quienes perdido el cesáreo favor dieron por terminados sus días seccionándose las arterias dentro de una bañera. Por venir de la pluma del autor del «Satiricón» no tienen desperdicio los detalles de la gira imperial que en cartas escritas desde Grecia comunica Petronio a su amigo, el gramático Marco Valerio, resaltando el carácter turístico del viaje en su estilo elegantemente zumbón:

«Al pasar cerca del lago Alción, en el Peloponeso, "nuestro Divino" —así denomina de vez en vez el incisivo satírico al excéntrico emperador— decidió medir su profundidad. Obtuvo unas cuerdas de más de un estadio de longitud y las arrojó al agua con un gran peso amarrado a uno de sus cabos».

Noticia expresiva de loable curiosidad por arte del augusto viajero, merece muy diferente calificación otra consignada por Petronio en otro párrafo de la misma carta, en la que reaparece la escultura del diocesillo del amor, celebrada páginas antes por Cicerón:

«De Tespia nos llevamos la estatua de Eros, obra de Praxiteles, pero en Micenas hemos ofrecido a Juno una corona de oro y una túnica de púrpura. En Pisa, cerca de Olimpia, Nerón se apoderó de la estatua de Ulises, del grupo de representa a los capitanes griegos decidiendo quien de ellos debía aceptar el desafío de Héctor».

Aquellas reprobables depredaciones masivas tuvieron por lo menos ciertas atenuantes, de cara al romano, digamos medio, a cargo de su obligado corolario: las repercusiones turísticas que comportaron. Lógico imaginar que su familiaridad con tanta excelsa joya del arte griego, desplegada ante su mirada en los más públicos lugares de Roma, si no la engendró, hubo al menos de fomentar y vulgarizar más tarde, el auge de una moda consistente en la visita sistematizada de los focos matrices de tan sublime belleza.

(1) Carlo Maria Franzero. *The Life and Times of Nero*. (Londres, 1954).

## La Grecia del turista

Periclita un siglo, el I, para ceder paso al que sucede. En el paisaje heleno ya no son ruido, sino ecos de un ayer, el chocar de espadas y cesa por los caminos de Grecia el chirriar de carretas *spolis Orientis onustos*, transportando a los puertos, con destino a Roma, enormes cargamentos de obras maestras de estatuaria clásica.

Cambiaron los tiempos tanto como las romanas gentes que en son de paz visitan la provincia más insigne del Imperio. La nueva grey se desplaza impelida por el más potente incentivo turístico de acción interna de cuantos se conocen: visitar una comarca previamente visitada por muchos más.

Los de ahora son más numerosos, menos belicosos y con mucho sextercio. En lugar de procónsules, estudiosos y autoridades de altas ínfulas y coturnos, acompañados de voluminosos séquitos, los *optimates* —mírese la como se la mire, pésima clientela para las comarcas obligadas a soportarla— integran el nuevo alud visitante promociones patricias de nuevo cuño, los *honestiores*, imitados por libertos enriquecidos en el negocio y el agio. Todos preocupados en cambiar de aire y ambiente, cultivarse un poco, realizar compras y pasarlo bien.

El expolio a los griegos de su patrimonio artístico adopta formas inocuas. Lejos de retornar al latrocinio abierto y descarado, los visitantes encargan a buen precio copias de las obras originales que más les placen, bastantes de las cuales figuran hoy con lucimiento único en las salas de estatuaria griega de los principales museos.

Conviene señalar, para situar los sucesos en su punto y sazón, la evolución registrada en el gusto viajero en el siglo II, que es cuando la especie laica y andariega del *peregrinus*, antecedente directo del turista, adquiere los semánticos perfiles que le distinguen. En fechas previas, no parece fuera al principio el placer de contemplar obras archi-

tectónicas y artísticas lo que primordialmente orientó hacia Atenas y alrededores los pasos de la mayoría de los turistas romanos, de tomar literalmente una de las epístolas de Atticus a su amigo Cicerón:

«Ejercen fuerte impresión en nosotros los lugares que preservan huellas de quienes admiramos y revere-nciamos. No me atrae tanto mi querida Atenas por sus edificios y monumentos del antiguo arte griego, como por los sitios en los que sus grandes hombres vivieron, hablaron y yacen enterrados».

Entrado en años el Imperio se acentúa la transferencia del gusto viajero de lo histórico a lo estético. Un anónimo vate del tiempo de Nerón, y en un poema, *Aetnae* de nombre, al exaltar las maravillas panorámicas del volcán siliciano, cambia de tercio para enfrascarse en una interesante disquisición acerca de los motivos inductores del viaje a Grecia. Tras exponer en lugar preferente los estímulos de tipo histórico, aduce de seguido otro motivo adicional:

«Numerosos también los seres atraídos por las pinturas y estatuas de los griegos. La "Anadiomene", con sus cabellos chorreando, la terrible "Medea", con sus hijitos jugando a sus pies, el sacrificio de Ifigenia, con su padre que oculta la faz tras el velo, y alguna obra de Myron, son obras que a muchos incitan a cruzar tierras y mares para contemplarlas».

Aprovechando los servicios marítimos prevalentes, el turismo romano camino de Atenas se ahorra varios días de navegación, renunciando a contornear las arideces de la costa Sur del Peloponeso, estableciendo contacto con su Grecia a través de una ciudad, la más poblada y rica de todas las griegas, que conservaba muy poco de helena.

## Corinto la descocada

Capital administrativa de toda la Achaia, como denominó la burocracia imperial a lo que poetas y vulgo siguieron llamando Grecia, era Corinto y sin disputa, la ciudad más próspera, cosmopolita y desenfadada de toda la provincia. Destruída por Mumnius, en un acto de vandalismo integral perpetrado siglo

y medio antes de nuestra era, lo poco que pudo quedar de la Korinthos griega es más que probable desapareciera al reconstruirla Julio César, en el año -46, a los cien años justos de su destrucción. Para renacer a una opulencia y bienestar desconocidos en tiempos helenos.

Asentada equidistante entre dos puertos —*bimarismi Corinthi* la llama Horacio en una Oda— sitos a cada lado del istmo por el que circuló enorme flujo y reflujo de mercancía y personal, a principios del siglo II el peculiar atractivo de la Corinto romana se hallaba en plena ebullición, y a su paso por ella, en tiempo de Marco Aurelio, anotó puntual en su guía un griego romanizado:

«Corinto no está ya habitada por ninguno de los antiguos corintios, sino por colonos enviados por los romanos» (1).

Y por sirios, alejandrinos, áticos, espartanos y judíos, entre quienes tantos prosélitos para su credo reclutó San Pablo en un año y medio de estancia. Lo de que la frecuentara tanto turista de paso se lo debió a su reputación. Por brindar creación tan típicamente romana, al romano distante a la Roma de sus pecados, oportunidades sin tasa para, sobre suelo extraño, y a la vez familiar, gozar de las mismas diversiones que en su capital. En ninguna otra ciudad de Grecia encontró el visitante tan generosas ocasiones para el placer y el desenfreno organizado y comercializado, llegando la hospitalaria Corinto al significativo extremo de implantar en su recinto luchas de gladiadores, espectáculo, pese a que se intentó, imposible instaurarlo en Atenas ante la efectiva repulsa de aquellas carnicerías por parte autóctona.

Sin tener que superar el romano de la metrópoli traba alguna para compartir con el vecindario y población flotante de la por-

tuaria y vinícola ciudad las eróticas *eutrapelias* que tan escandaloso renombre le procuraron. *Non cuivis hominis adire Corinthum*, escribió Horacio en vena epicúrea, dando cabida con aquel «no está al alcance de cualquiera ir a Corinto», a un proverbio romano traducido del griego. Que el sabelotodo Aulo Gelio atribuye su razón de ser a los precios prohibitivos en que las *hetairai* locales tarifican el usufructo momentáneo de sus corporales encantos. Lo que con la fuerza probatoria de todo refrán, refrenda el grado que como lugar de pasaje y de moda, la Corinto romana permaneció fiel a sí misma y a su reputación.

Merced en gran medida al número y celebridad de su aún famosas ramerías, instalado su centro de operaciones en las dependencias adjuntas al templo de Aphrodita Pandemos, advocación pintiparada para la patrona tutelar de los *pandemoniums* nocturnos que tan verduzca notoriedad dieron a la disoluta capital. Que como recuerdo de tiempos aún más despreocupados preservó en el interior del santuario la tumba de Lais, la legendaria prostituta. Como señala Pausanias, que asegura lo vio, rematando su sarcófago, con exquisito sentido del símbolo, por la efigie de una desafiante y erecta leona, apoyadas sus garras en el lomo de un cabrito, por las muestras, extenuado, posando el bajo vientre contra el suelo en posición de en su lugar descanso.

Patentiza el influjo de Corinto en los gustos del romano, que en cuestión de estilos arquitectónicos, entre todos los griegos, escogiera para la mayoría de sus construcciones de rango el llamado orden corintio: el menos griego de todos. La trascendente función turística de Corinto no se circunscribió a la juerga y al relajo. En materia de entretenimientos de más respetable índole que los que le hicieron famosa, la ciudad celebró cada dos años los Juegos Itsmicos, en honor de Poseidón, compitiendo en pruebas de fuerza y destreza los más fornidos atletas del Mediterráneo oriental.

(1) Pausanias. *Ellados Periegesos*. Lib. II. Pág. 135. (Ed. Peter Levi S. J. Londres, 1971).

### Excursiones radiales

Estrategicamente situada, avezada al transporte de personas por tierra y mar, Corinto ofreció al visitante cómodos medios para conocer diversos puntos cercanos de acreditado interés. A la villa de Argos, próxima de los semi-mitológicos restos de Mycenae, capital de la trágica dinastía de los Atridas, y al balneario-santuario de Aesklepios en Epidauró, por citar tan sólo los puntos más sobresalientes en aras de la brevedad.

No mal punto de partida Corinto para llegarse hasta Olympia, donde mientras el Imperio aguantó, continuaron celebrándose, cada cuatro años, sin interrupción, y por espacio de varios siglos más, las milenarias Olimpiadas. Sin que lo estricto del calendario de la programación le supusieran al romano visitante de Olympia, fuera de plazo, pérdida alguna de tiempo y dinero. Ampliamente remuneró su excursión inspeccionando las pistas de las pruebas, la gigantesca estatua sedente de Zeus (Olimpico), esculpida por Fidias en oro y marfil. Una de las siete maravillas del mundo antiguo, enjuiciada por nuestro Quintiliano (Inst. Orat. XIII), opinando que «la majestad de la imagen igual a la del dios», y de Epicteto la opinión de que «morir sin haberla visto deberá ser considerado como un infortunio».

Portento desaparecido en el siglo V por un incendio que dejó malparado a su templo, el mayor de la Grecia continental. Hasta sufrir Olympia su golpe de gracia, bajo el reinado de Teodosio, un hispano de tendencias anti-paganas y antiturísticas, que decretó la suspensión de las olimpiadas atentatorias a las buenas costumbres.

También ofreció Corinto al visitante la oportunidad de acercarse al santuario de Delfos, de modo más racional y ameno del que hoy se emplea. Por vía marítima, en lugar de atravesar desde Atenas uno de los más monótonos y desangelados paisajes helenos. En tiempos romanos, se prefería navegar desde Corinto por las mansísimas aguas del mara-

viloso golfo de su nombre, y tras desembarcar en Kirra, «el puerto de Delfos», según Pausanias, ascender a lomo de caballería al principal centro peregrino de Grecia en cómoda caminata.

### Atenas la bien amada

Corta la distancia que a la orgiástica Corinto separó de Atenas, la esteta y cerebral. De *splendidissima civitate*, la calificó en tiempos monumentalmente esplendentes Cornelio Nepote, contertulio y biógrafo de Nerón, a la meca suprema de la peregrinación del romano. Pese a la proximidad itineraria radicalmente distinta la forma en que ambas ciudades fueran visitadas. Por lo visto, no con la necesaria veneración e información en el caso ateniense para satisfacer a un pensador de la talla y talante de Spengler. El modo de entender el turismo prevalente entre romanos, frívolos y superficial a su personal entender, le vino al pelo para con su pesimismo característico resaltar con un buen ejemplo práctico su tesis medular acerca de la indole interna de las crisis sufridas por la civilización occidental, tan pronto como las «élites» dominantes dejan intelectualmente de serlo.

Frunciendo el ceño reprobatoriamente ante la imagen del visitante pudiente de Atenas, Spengler arrojó el ascua de su indignación a su aristocrática sardina conceptual, arremetiendo con el regusto con que el ideólogo puro gusta embestir, contra el turista corriente y moliente, acomodando a su tesis el tipo de relaciones mantenidas entre visitantes y visitados sobre el más entrañable pedazo de suelo heleno:

«En la despoblada Atenas —denuncia el historiador desenvainando su más acre tono apocalíptico— que vivía de los turistas y de las fundaciones de extranjeros opulentos, se enseñaba a la plebe viajera de los nuevos ricos romanos las obras del siglo de Pericles, de las cuales el ricachón romano entendía tan poco como los americanos que visitan hoy la Capilla Sixtina entienden de Miguel Ángel. Ya entonces todas las obras de arte habían sido sustraídas o compradas a precios fabulosos, a precios de moda,



Stoa de Attalos. Atenas.

levantándose, en cambio, colosales y presuntuosos edificios, junto a las profundas y humildes obras del tiempo pasado» (1).

Cabe suponer que, de conocerla, la exposición del profesor alemán hubiera merecido socarrón refrendo por parte de algunos atenienses que tan buena maña se dieron para resarcirse de su condición de súbditos, explotando a mansalva a sus acaudalados visitantes. De modo especial los *periegetai* locales, aludidos por el profesor Day en su magistral estudio de la economía ateniense durante la denominación romana (2).

No hay, sin embargo, razones objetivas de peso para aceptar como de recibo el deprimente cuadro de la vida ateniense esbozado por Spengler y sólo a medias el presentado por Friedlander al incidir en el mismo tema:

(1) Oswald Spengler. «La decadencia de Occidente». («La Revista de Occidente». Tomo I. «Introducción»). (1923).

(2) *Undoubtedly some Athenians earned a livelihood by acting in the capacity of guides for tourists.* John Day. «An economic History of Athens under Roman Domination». (Columbia University Press. New York, 1942).

«Mera sobra de su antigua grandeza, la decadencia de Atenas pareció atraer con más intensidad que nunca a los visitantes romanos. Su quietud y soledad realizaban las memorias de su gran pasado».

Ambas no van más allá que de reflejar unilateralmente un aspecto de una más compleja realidad. Ciertamente el alto relieve que el aura crepuscular de la ciudad revistió ante la consideración del romano. Incitándole a visitarla en actitud anímica comparable a la sentida al entrar en contacto con su pasado por los más leídos segmentos de la población viajera de media América, en sus *tours* por Inglaterra y los de la otra media en sus recorridos por España y Portugal. Pero sin llegar al punto de que en momento alguno de la dominación romana le sentaran a Atenas ni medio bien epítetos como los de Brujas la muerta o Toledo la despojada.

Indudables las pérdidas de población y de hegemonía política y económica sufridas por ella tras el asalto y toma, en -146, por las tropas de Sila, en castigo de la intentona de sacudirse el yugo romano aliándose al momento victorioso Mitridates VI, el rey del Ponto en guerra contra Roma. Pero aparte de

la carnicería realizada por los asaltantes entre los resistentes, y el desplazamiento a Corinto del centro de operaciones mercantiles y marítimas, pueden reputarse de veniales las mermas padecidas por Atenas en un inmenso tesoro artístico.

Hasta sufrir el vandalismo en el año 267 de una invasión de godos acaudillada por Alarico, la ciudad conservó prácticamente intacto el conjunto monumental de la Acrópolis, sobre el altivo pedestal de roca viva que tanto contribuye a su belleza. Aun en su sitio, en el exterior del Partenón, los frisos y relieves de Fidias, con su chillona policromía, y en su interior, erecta como un obelisco, la gran efigie, en madera revestida de oro y marfil, de Athenea Parthenos, de Atenas la Virgen, patrona de la ciudad que lleva su nombre. Sembrada la superficie de la plataforma en roca viva de estatuas y templos dominados por los nueve metros de alto bronce de Athena Promachos, apoyada en su lanza dorada. La más excelsa expresión de la Atenas de Pericles, de la que le separaban cinco siglos de historia, y la que buscó para admirarla el visitante romano.

Por otra parte, y aún sumida en su ocaso, Atenas no cesó de recibir repetidas pruebas de homenaje o de compasión en el transcurso de su declive. Empezando por la amplia autonomía administrativa otorgada y mantenida por el Senado romano. Relevante, bien a la vista del turista de nuestros días, y en pleno Agora, la *stoa* en rico mármol, de dos pisos superpuestos y porticados, construida en -138 por Attalos II, un reyezuelo helenizado del Asia Menor, en cuya familia persistió viva su veneración por Atenas en años particularmente duros para la ciudad (1).

Con el Imperio se redoblan las pruebas de respeto a Atenas. Por no quedar de él más

(1) Hermosísima estructura, completamente restaurada en 1956, y por móviles sentimentales o de prestigio personal en nada dispares a los de Attalos, con dólares en gran parte suministrados por John Rockefeller Jr.

que los cimientos, no hay otra opción que suponer la prestancia del Odeón, o teatro cubierto, erigido en el año 18 en el Agora, por Agrippa, en nombre de Augusto. En el 40 Caligula hizo más soportable la notoria dureza de la ascensión a la Acrópolis, dotándola de una hermosa escalinata de mármol, con un ancho rellano entre los Propyleos, mostrándose Nerón, a su paso por Atenas, marcadamente circunspecto en sus requisas. En el siglo siguiente Atenas se beneficia a tope de la cesárea generosidad, durante las dos largas estadias del emperador Adriano, filoheleno perdido. Por citar tan sólo obras aún visibles en diverso grado de conservación, hizo levantarse próxima al Agora, una *stoa* más, con una suntuosa biblioteca pública, haciendo que Atenas recibiera por vez primera en su historia agua potable en abundancia, transportada desde Kephissia por medio de un valiente acueducto. Con escrupuloso respeto al estilo en que fue comenzado, Adriano reemprendió las obras del gigantesco templo de Zeus Olímpico, término o divisoria de la nueva Atenas que en terrenos deshabitados se empezó a construir, con la finalidad, deliberada y declarada, de no alterar el aspecto y espíritu de la antigua Atenas que tanto idolatró. «Atenas resultó malamente herida en su guerra con Roma —resumió Pausanias poco después—, pero de nuevo floreció durante el reinado de Adriano». Que es cuando arrecian las visitas turísticas a la capital.

Ni en décadas en las que empezaron a rodar las cosas bastante mal para el Imperio se vio Atenas privada de dádivas que aumentaron su patrimonio monumental. El año 180 enriquecía su colección con un rico y espacioso Odeón, al pie de la Acrópolis, construido a expensas propias, y en memoria de su esposa Regilla, por Herodes Atticus, un acaudalado negociante y banquero local.

Como es propio en comarca tan saturada de historia, amplísima la relación de excursiones posibles de realizar desde Atenas. De todas ellas, moralmente ineludible para el romano de casta la efectuada en el día a la

llanura de Maratón, al Norte de la ciudad, con el fin de edificarse ante el «monumento a los caídos» —eufemismo usual entre griegos para distinguir aquella clase de monumentos— en la ocasión a los caídos en la decisiva batalla. De hecho, con casi nada que ver, excepto un cónico montículo artificial de tierra, todavía visible, con unas tabletas de mármol —ya desaparecidas— con los nombres de los guerreros atenienses que lanza en mano perdieron la vida cerrando el paso al persa invasor.

Bien exprimida, la literatura de la época ayuda lo suyo a determinar lo mucho que Atenas significó para el romano que vino a verla. La bella polis decadente y venida a menos, que a quien la visitó por gusto o placer, confirió elegante notoriedad. Cabe añadir algo que no dice la literatura. La ciudad de la que se regresaba cargado de compras valiosas, adquiridas con divisa fuerte, a precios aparentemente ventajosos.

#### «Ubi Troia fuit...»

Una excursión bastante favorecida por el visitante romano de Grecia, muestra la posibilidad de discernir la frecuencia con que tras muchas eclosiones de turismo, provocadas o espontáneas, polarizadas en determinados lugares, suele esconderse en última instancia una mitificación a gran escala de algún gran lugar común: fruto, casi siempre, de la acción de la en tiempos modernos llamada propaganda, término de rancio abolengo latino si los hay.

Procede indicar en un apartado donde los ejemplos proliferan, que a este equívoco linaje de impulsos pertenece la fuerza que en tiempos de Augusto catapultó a primer plano de los viajes, la visita turística a Ilión, un olvidado villorrio en la costa mediterránea del Asia Menor, episodio ilustrativo de la explotación turística de un oscuro acontecimiento a caballo entre la historia y la mitología.

Debe recordarse que a principio de nuestra era nada quedaba de la Ilión griega, lo que no quiere decir homérica. La ciudad, o lo que fuera, la redujo a pavesas el general Mario, azote de Atenas, al ocuparla durante las guerras civiles que dieron al traste con la República, en castigo del apoyo de Ilión a la causa de Sila. Como escribió el historiador Arrianus, «ni siquiera Agamenón causó tanto destrozo a la ciudad».

Sin que entre romanos se olvidara el recuerdo de que al visitarla Jerjes y Alejandro el Grande, celebraron sacrificios en honor de Palas Atenea, patrona de la villa, sobre la tumba de Aquiles, de cuya muerte no dice ni palabra la «Iliada».

Como en tantos otros *booms* computados por la historia privativa del turismo, la popularidad de Troya, Ilium más exacto, figura estrechamente ligada a la literatura, y en el caso romano, más que a la «Iliada», a la publicación de un *best seller* del rango de la «Eneida», en cuyo segundo libro consta con todo lujo de detalles, hasta itinerarios, el informe personal facilitado por Eneas, fundador de Roma, a la sentimental Dido, acerca del célebre sitio y aniquilamiento de su villa natal.

Si bien el interés turístico del romano por la Troya física data de la publicación de la «Eneida», al poco lo intensificó la aparición de la «Farsalia», poema en el que sin venir muy a cuento proliferan viajes y peripecias por el Mediterráneo oriental, narrados, sin duda, por alguien conocedor de primera mano de aquellos parajes. En el épico cordobés se dio de lleno el poético don de adelantarse a los tiempos vaticinando acontecimientos venideros, al retratar a Julio César, protagonista del poema, visitando a «Ilium madre de Roma», al poco de ganarle a Pompeyo, en Farsalia, la batalla que denomina a la obra. No obstante, tratarse de licencia de literato, desvela una pista válida para fijar el inicio del curso seguido por un claro proceso de mitificación turística.

Porque en tiempo previo a la publicación de la «Eneida» y de la «Farsalia», a ningún romano normal se le ocurrió aproximarse a un lugar, sin nada interesante que ofrecer a la vista fuera de un paisaje, por su aridez, poco en concordancia con su gusto en la materia. Situación radicalmente cambiada al decidir Augusto, el más ávido lector de Virgilio, elevar a la aldea de Illium, con el nombre de Alejandrina Troada, al entonces codiciado rango de colonia, en memoria del presunto origen troyano de Roma, y del no menos presunto de su imperial familia. Como complemento de una resolución, al fin y al cabo administrativa, e inspirada por motivaciones políticas de carácter personal, hizo que sus arquitectos erigieran, en una elevación de no muchas pretensiones cercana a la costa, un simulacro de la Ilión de Priamo y de Ho-

mero (1). Plantada la semilla, en forma de piedra labrada, el resto, las visitas, serían mera cuestión de tiempo, como irónicamente señala un moderno historiador:

«Reconstruida la vieja Troya en una colina, como la "Nova Illium", el lugar se convirtió en meta para numerosos turistas, cuyos guías les iban señalando el punto exacto en que ocurrió cada episodio de la "Iliada", incluida la cueva en la que Paris falló el concurso de belleza entre Hera, Afrodita y Athena» (2).

(1) Por supuesto, distante del Hissarlik, la colina en que practicando Schliemann lo que jamás hicieron los romanos —excavar ruinas— descubrió, como deshojando un pastel de hojaldre, no la que andaba buscando, sino nueve Troyas superpuestas, con algunas condiciones, el piso sexto, a contar desde abajo, de ser la Ilión de Homero.

(2) Will Durant. *The Story of Civilization*. Tomo III. Pág. 516. (Nueva York, 1944).

## EL EGIPTO DEL ROMANO

Toda la problemática del ingreso de Egipto en el turismo, y por la puerta grande, cabe esquematizarla en la acción de tres tantos decisivos y un resultado que al país le vino por sí sólo y de añadidura. A saber: era diferente, fácilmente abordable y el romano lo supo.

Y sin posibilidad alguna de que su Aegyptus le defraudara. Tierra de religiones enigmáticas y esotéricos ritos, fertilizada por las puntuales inundaciones del Nilo, cuyas fuentes nadie conocía, sus extraños monumentos y gentes, su flora y su fauna, todo sedujo a la imaginación del romano orientándola hacia una provincia bien uncida a su Imperio, enlazado con ella por unas comunicaciones marítimas de excepción y dotada de un clima invernal prodigiosamente seco y soleado. Particularidades convincentemente llevadas a su lógica consecuencia en una obra, por su valía, difundida con merecida amplitud:

«En la época imperial romana, se visitó el valle del Nilo por pura moda y con la misma superficial

atención que despierta hoy entre el turismo internacional. El rico senador, la voluble cortesana, el hombre de ciencia y la muchacha joven, intelectual emancipada, como los viajeros de nuestros tiempos, quisieron conocer aquel país famoso, que era la cuna de la humanidad. El viaje se hacía cómodamente por mar hasta la boca del Nilo, y después se remontaba el río hasta el Alto Egipto; los templos de Filé, asentados en la primera catarata, están llenos de nombres y grafitos de los turistas de la época romana. Escritores como Plinio hablan de las pirámides como de un monumento muy conocido y aún familiar» (1).

Consecuencia, parcial al menos, de la publicidad más o menos indirecta o subliminal gozada por los viajes turísticos a Egipto, en cuyo lanzamiento hubo de jugar algún efecto promocional la fuerte presión icónica ejercida hacia aquellos territorios, y tanto sobre el romano capitalino, como en el ánimo del visitante de Roma, por el formidable plantel de obeliscos, rigurosamente faraónicos en su mayoría, que en función de pétreos signos de

(1) J. Pijoan. «Historia del arte». Tomo I. (Salvat Ediciones. Barcelona, 1973).

admiración puntuaron con su esbelta verticalidad el paisaje urbano de la capital del mundo.

Importados los dos primeros, desde Heliopolis y en el año diez de nuestra Era, por el propio Augusto. Procurándole a uno de ellos, hoy en la piazza del Popolo, multitudinaria visibilidad al replantarlo sobre la *spina* del Circo Máximo, dedicando el otro al menester de servir de «aguja», marcando la hora del día en un reloj de sol, diseñado sobre el pavimento del Campo Marzio, en Montecitorio.

Renunciando a relacionar los obeliscos perdidos o reerigidos en diversos emplazamientos de la capital, famoso por su ubicación actual el de la plaza vaticana de San Pietro, transportado de Heliopolis por Calígula, y en el año 37, para decorar la pista de carreras de cuadrigas en un gran circo cercano.

Acción publicitaria, la de los obeliscos, que tuvo su contrapartida o complemento al estampar el tráfico turístico a Egipto honda impronta en la plástica de la época, a través de la multitud de frescos y de mosaicos de la llamada escuela nilótica. Ninguno más espectacular, por su temática y tamaño, que el descubierto en Praeneste (Palestrina), representando al país del Nilo como uno fabuloso, pleno de *couleur locale*, poblado de seres, animales, plantas y edificios de formas insólitas y aire imprevisto.

El acusado carácter de *affiche* del mosaico de Palestrina, anima a establecer equivalencias entre la profusión de ornamentación egipcia en las viviendas de bastantes romanos y la actual costumbre, obviamente más económica, de empapelar con carteles turísticos alguna sala o habitación, de quienes, como Ulises, hicieron *un beau voyage*. En un marco insuperable para interpolar el discurrir de una vida ordinaria un episodio exótico y sensual.

### Exotismo del Aegyptus cesáreo

Los viajes turísticos a tierras egipcias nos confrontan con la manifestación primigenia de la acción de un ingrediente subjetivo, profundamente imbricado en la entraña del viaje del occidental de todas las épocas: la nuestra inclusive y muy en particular. Se cifra en una especie de constante animada por el sortilegio ejercido por lo exótico en la erótica del viaje. O, de examinar la cuestión desde la ladera opuesta, en el magnetismo irradiado por los entornos ambientales, por lo general de clima cálido, considerados por el viajero potencial antipodamente dispares al suyo propio. Atracción ineluctablemente traducida en el orden turístico en una corriente viajera impelida por la síntesis de dos componentes de signo contradictorio. En el deseo de conocer, generalmente de modo superficial, lugares ofertando máximos coeficientes de contraste y rareza, combinados con mínimos de riesgo y de incomodidad.

Función desempeñada a la perfección por el Egipto romano, enfáticamente diferente y apenas romanizado. Cumplido catalizador de la más aguda querencia del romano hacia lo *exoticus*, término de raíz griega usado por Plauto y otros, como sinónimo de *extraneus*: lo extraño, lo extranjero (1).

Orientación viajera cuyos contradictorios ribetes afloran al observar que no fue el Egipto más frecuentado por aquella corriente el faraónico, sino el ptolemaico: el Bajo Egipto, en el delta del Nilo, Alejandría y su *hinterland*: capital de una provincia rica y desarrollada, regida por un *praefectus* nombrado en directo por el emperador, sin intervención del Senado. A mayor abundamiento, auxiliado en su gobierno por un re-

(1) Recordemos, por si de algo sirve, que el término exótico, y a través del francés, se acomoda en las principales lenguas europeas hacia mediados del siglo XIX, poco más o menos, por las mismas fechas, y siguiendo iguales cauces de penetración léxica, que el vocablo turismo.

ducido número de funcionarios enviados desde la metrópolis, más unas guarniciones no muy nutridas, respaldo de su autoridad y garantías de que en las vías de comunicación interior imperaran el orden y la seguridad.

Condiciones propicias para el que visitante se aferrara al hecho cultural de ser el Bajo Egipto una extensión ultramarina de Grecia, entendiéndose sus habitantes en griego. Contribuyendo a acentuar el carácter diferencial de Egipto, con el modelo romano, lo poquísimamente construido allí en estilo propio por los máximos urbanistas de la antigüedad. Carreteras al mínimo, apenas anfiteatros ni puentes de relevancia, circunscribiéndose su acción colonizadora a dejar las cosas a su aire y a organizar la explotación intensiva e integral del granero principal de Roma.

La escasa romanidad del *Aegyptus* romano se tradujo en una baza subjetiva, poderosa y elemental, de notoria eficacia en el turismo occidental de todos los tiempos. Afianzándose la popularidad turística de Egipto por ser la región del Imperio donde sin merma de confort se saboreó con intensidad ese sentimiento, un tanto irracional y vago, pero placentero, denominado por los franceses, de modo expresivo e intraducible, *dépaysement*. La sensación de encontrarse temporalmente inmerso en otro plano, físico y moral, distinto al habitual.

### Los comienzos del turismo en Egipto

Se inició considerablemente más tarde que por Grecia, pero con lucimiento y brío. Aneccionado Egipto, más que a un imperio en formación, al patrimonio personal de Augusto, el atractivo natural del territorio contó con la complicidad de ser por algún tiempo *hortus clausus*, factor muy positivo en estos lances.

Un emperador de talante tan suspicaz como Augusto no pudo ver con buenos ojos la eventualidad de verse privado de políticos claves en caso de necesidad y mucho menos

situados próximos a las llaves de la despensa de Roma. Frescos en su mente los nefastos efectos políticos producidos por el voluptuoso ambiente de la región, en sus allegados Julio César, Pompeyo y Marco Antonio, le inspiró grandes recelos que las clases dominantes del Imperio que acababa de estrenar se entregaran a goces conturbadores del *dépaysement*. Temió que la molición del *habitat* del delta del Nilo implicaba serias amenazas de desromanización en el espíritu de los visitantes metropolitanos. Un hipotético peligro resuelto de modo expeditivo. A su regreso de Egipto (20 a.d.J.C.), y curándose en salud contra los riesgos de la *contaminatio*, el sobrino del amante de Cleopatra adoptó la inusitada medida de prohibir la visita a Egipto, sin obtener antes su autorización personal, sin reparo alguno, en ocasiones, en negársela a más de un emperingotado senador.

Circunstancia expuesta por Tácito al anotar en sus «Anales» la severa reprimenda que se ganó Germanicus, de su tío el emperador Tiberio, por haber realizado un viaje incuestionablemente turístico por Egipto, «sin consentimiento suyo e infringiendo la disposición de Augusto que prohibía a senadores y a ilustres quirites entrar en Egipto sin su licencia».

Consta, no obstante, ya antes de fallecer Augusto, la flexibilidad con que se aplicó la exigencia de proveerse de un documento equiparable a un pasaporte con visado, para la visita del imperial dominio, a personas de rango medio. Sin que numerosos pacientes pudientes y catarrosos, tropezaran con impedimentos de monta para obtener de los médicos de Roma prescripciones para pasar invernales en la exótica y accesible capital de Egipto. Apasionante excursión, ¡qué duda cupo! En nada ensombrecida, antes al contrario, que el capricho de visitar tierras egipcias llevara aneja la obligación de pasarse en ellas cuando menos todo un invierno: y a ver qué vida al interrumpirse la navegación por el *Mare Nostrum*, hasta bien entradas en días las primaveras.

### La Alejandría helenizada

Hasta sucederle lo que a la Cartago original, y luego a nuestros Gades y Cartago Nova, materialmente deshechos y asolados al fuego lento de la desidia musulmana, en tiempos romanos Alejandría preservó cuanta pujanza y esplendor poseía al pasar a sus manos. Sin apreciarse mermas sensibles en su prestigio cultural en años en los que ascendieron a la fama el gran filósofo judío. Philo, y el no menos afamado geógrafo Claudio Ptolomeo.

En gracia a la fidelidad a sus orígenes, la neoplatónica Alejandría se mantuvo intelectualmente superior a la propia Roma, añadiéndola su conquistadora un especial distinguo al convertirla en un poderoso imán turístico. Lo más probable por lo poco que tuvo de romana, después de la Urbs, la segunda población del orbe en población. La singularidad capital de Alejandría radicaba en el aire helenístico que privaba hasta en su caserío. Construida de nueva planta, cuadrículadas sus calles en retícula, por los urbanistas de Alejandro el Grande, derivó su opulencia y riqueza de su puerto sin par, principal proveedor de Roma de cereales, frutos y de productos procedentes de Oriente. El puerto adoptaba la forma de una T muy mayúscula, debido a la isla de Pharos que protegía su doble bocana, unida a la ciudad por el Heptastadio, una pasarela-paseo casi a ras de las aguas. Sobre una peninsulilla de la isla resplandecía la gala suprema de la capital de Egipto. Un blanquecino portento arquitectónico de altura desmesurada. Elevándose sus cuatro pisos de mármol, en el centro de un gran patio porticado, sustentáculo en su cúspide de una inmensa fogata de leños encendidos, marcando durante el día una gran humareda el recto derrotero a los vigías de las naves e iluminando por las noches la negrura del mar. Hasta extinguirse para siempre y perder sus mármoles y su luz víctimas de más de unos cuantos siglos de ocupación mahometana.

El hecho de figurar el Faro por antonomasia catalogado entre las siete maravillas del mundo antiguo, constituye exponente de una magnificencia glosada brillantemente por un novelista inglés de relieve, en una poca conocida guía de la ciudad:

«Causaba impresión tremenda. Afectada a la vez al sentido de la belleza y al gusto por la ciencia típico de la época. Poetas e ingenieros lo encomiaron. Al igual que se identificó al Partenón con Atenas, y a San Pedro con Roma, el Faro devino Alejandría y Alejandría al Faro. Nunca en la historia de la arquitectura fue un edificio civil admirado con tal intensidad, adquiriendo una vida espiritual propia. Iluminó la imaginación, no sólo de los navios en el mar, sino que mucho después de apagarse su luz, resplandecería su memoria en las mentes humanas» (1).

Numerosos edificios de porte soberbio enriquecieron la monumentalidad de Alejandría. Unica en su género la gran Biblioteca del Museion, formando parte del Serapeum, un complejo plantado en el montículo, soporte hoy, de «el Pilar de Pompeyo», erigido en loor del emperador Diocleciano: de hecho, una columna superviviente de las doscientas, o más, similares del templo primado de Alejandría.

El romano amante de su historia pudo darle en Alejandría un emotivo repaso en el curso de una visita a unos cuantos monumentos de imborrable recuerdo. Empezando por el *Caesareum*, dedicado al culto de Julio César por su amante Cleopatra, y el Heroon, restaurado por Adriano, y dentro un sarcófago con la cabeza de Pompeyo, el gran rival de Julio César asesinado cerca de allí por el primer marido de Cleopatra; cuyo cuerpo, el de Cleopatra, en unión del de Marco Antonio, su compañero en suicidio, se conservaba en el panteón de los Ptolomeos.

Exhibiéndose en su interior, y parece ser que no ante la vista de cualquiera, ni mucho menos, el «Soma» de Alejandría, el cadáver momificado de Alejandro el Grande, funda-

(1) E. M. Forster. *Alexandria. A History and a Guide*. (Alejandría, 1938).

dor de la ciudad. Transportado desde Persia, y luego desde Menfis, por Ptolomeo Filadelfo, para algo más que para presidir el panteón de la dinastía que fundó el lugarteniente del gran conquistador macedonio. En el interior de una urna de cristal, y al estilo de las momias de Lenin, Dimitroff y Mao, si bien inmersa la de Alejandro en un baño de miel constantemente renovada: como lo vio hacia el año 24 el geógrafo Strabo. Habiéndolo visitado pocos años antes Augusto, y luego también Caracalla, quien, abarrocado por naturaleza como sus termas, acrecentó la colección de ofrendas donando al tesoro del «Soma» su manto púrpureo, el cingulo imperial y otras joyas de gran valor. Hasta desaparecer la segunda atracción monumental de Alejandría, allá por el siglo IV, y esta vez, como la Biblioteca, a manos cristianas, en una de las infinitas convulsiones padecidas por una ciudad desde siempre poblada por un ebulliente conglomerado de razas, creencias y sectas polémicas que se llevaron literalmente a matar.

Orgullo de la Alejandría cotidiana y normal la «Platea», o gran avenida, de cuatro millas de longitud y respetable anchura, atravesando recta como una saeta el caserío de la gran ciudad, cuyo nombre de Canópica no le vino así como así o por eruditismo edilicio. Sino por conducir directamente a un lujoso suburbio, sito en el Delta, en un brazo del Nilo próximo al mar, denominado Canopus en memoria del piloto de uno de los buques participantes en la guerra de Troya.

### El hechizo alejandrino de Canopus

En primer lugar, no hay por qué tomar al pie de la letra el sacro significado del Canopus oficial, una población formada en torno al templo erigido en loor a Serapis, contracción helenística del buey Apis y Osiris, el esposo de Isis, en el año -235, por el helenizado Ptolomeo III. Un aditivo los báquicos y festivos cultos y ritos, en su versión ptole-

maica, para que ciertos residentes habituales de Roma, y de otras ciudades del Imperio, acostumbraran pasar algún invierno que otro en Canopus, terminando por convertir a una villa, en origen, suburbana y residencial, en una especie de Baiae, corregida pero no aumentada. Abigarradamente cosmopolita y permisiva, con una industria hotelera en forma, sustituyendo la carencia de *thermae* con óptimas instalaciones piscinarias, colectivas y al aire libre, para baños de agua marina y de sol.

Altamente apetitosos los términos en que el geógrafo Strabo, conspicuo vecino de la capital de Egipto, describe el ambiente imperante en la sana barriada, «a 120 estadios de Alejandría (alrededor de 22 kilómetros) por vía terrestre», conforme precisa el autor en un párrafo que transcrito continúa así:

«Existe en Canopus un templo de Serapis muy concurrido y afamado por sus curaciones. Gran multitud de visitantes llegan a él navegando por un canal abierto desde un brazo del Nilo... el espectáculo más curioso es el de la muchedumbre que durante las panegyrias acude de Alejandría Canopus por el canal, que día y noche aparece cubierto de embarcaciones, cargadas todas de hombres y mujeres que al son de instrumentos musicales se entregan sin reposo ni tregua a las danzas más lascivas, mientras que en el mismo Canopus los hoteles que bordean el canal ofrecen a todos los recién venidos facilidades para disfrutar de las danzas y de la buena comida» (1).

En dos ocasiones residió Adriano en Canopus, ofrendando en una de ellas, en el *Serapeum* local, una hermosa efigie del buey Serapis, una de las tantas devociones que profesó profesar al caprichoso viajero, promoviéndola vigorosamente entre sus súbditos masculinos, quizá para contrapesar la fuerza con que los cultos a Isis prendieron entre doncellas y matronas romanas.

Sin en momento alguno asentar Canopus su fama entre romanos en su célebre *Serapeum*, sino en la óptima vida que se disfrutaba por la bondad de sus playas, en la

(1) Strabo. *Geographika* (Lib. XVII-17).

bocana de una de las desembocaduras del Nilo en el mar. Responsables de las consecuencias venteadas en su Sátira XV por Juvenal, hablando *ipse nobis*, por experiencia propia:

«Horrida sane Aegyptos, sed luxuria  
Quantum ipse notavi, non cedit turba Canopo...»

Nada queda hoy en pie de la lujosa Canopus. Gracias a la manía constructiva del emperador Adriano es hoy posible contemplar, no lejos de Roma, en su supervilla de Tivoli, un atisbo, si no fiel del todo, indicativo al menos de la suntuosidad de su canal. Lo que en Tivoli se enseña consiste en un estanque oblongo y rectangular, ornado de estatuaria, reflejando sus aguas una alta nave semicircular, cubierta por una bóveda de mármol artesonado. Reproduciendo en versión más o menos libre y estilizada, el celeberrimo *Serapeum* de Canopus, cuya celebridad, y por razones desveladas por Estrabón, emuló entre cierto tipo de visitantes la fama del de Alejandría.

Producto de los trabajos de desescombros y de restauración, practicados entre 1954 y 1958, vuelve el conjunto de la Villa Hadriana a ser cosa de ver y admirar por el turismo actual. De nuevo flanquean el canal gráciles facsimiles de las cariátides del Erecteón, escoltadas por barbudos y musculosos Silenos, junto a la petrificada mueca dental de unos cocodrilos, con las fauces abiertas, tintando a la residencia favorita del más turístico de los emperadores, con un toque oportuno de exotismo y nostalgia.

### Cruceros por el Nilo

Los mármoreos cocodrilos de la Villa Hadriana hacen bastante más que bostezar. Su incongruente presencia entre excelentes ejemplares de estatuaria helena sirve de recordatorio de hallarse el Egipto esencial tierra adentro y distante del romano-helenizado delta del Nilo. Cuyo curso era menester remontar para materializarse ante la vista del

turista, y por razón de peso, la incitante promesa de Herodoto, en el libro «Euterpe» de su «Historia» íntegramente dedicado a Egipto:

«Porque posee más maravillas que cualquier otra comarca y monumentos, tan grandes algunos que escapan a cualquier descripción».

Maravillas a la espera de los visitantes en posición económica y social para hacer uso de las facilidades, que según un moderno historiador americano, reacio a sentar afirmaciones desprovistas de adecuado respaldo documental, tuvo a su disposición: «la Alejandría romana era un centro turístico equipado de hoteles, guías e intérpretes para los visitantes que acudían a ver las Pirámides y los majestuosos templos de Tebas» (1).

Indefectiblemente navegando por las aguas del Nilo. Es de lamentar la carencia de relatos viajeros de giras por el gran río egipcio, incluso las de personajes de alto relieve histórico, como el crucero organizado por Cleopatra, en beneficio de Julio César, en la hora estelar de su fugaz idilio erótico-político. Laguna subsanada en texto tan imprevisto a bote pronto como los «Anales» de Tácito, historiador de vena moralizante y opuesto por principio a frivolar su pluma informando a la posteridad acerca de hedonismos de ninguna clase. Debilidad en la que incurre al historiar un episodio de la breve biografía de Germanicus, personaje que en vida y muerte gozó de una popularidad, que para sí la hubiera querido su tío Tiberio, emperador distinguido por Tácito con la más acerba de sus repulsas. Al reseñar la excursión egipcia del malogrado heredero al solio imperial, Tácito facilita un interesante dato sobre un crucero típico por el Nilo, al precisar, «durante el consulado de Silenus y Norbanus partió Germanicus para Egipto *congoscendae antiquitates*». Motivación en impecable armonía con el itinerario seguido a través de paisajes faraónicos por Germanicus, idéntico

(1) Will Durant. *The Story of Civilization*. Tomo III. (Nueva York, 1944).

en todas sus partes al recorrido hoy por las excursiones en vapor por el más famoso río de la antigüedad:

«Salió Nilo arriba, desde Canopus, visitando los diversos afluentes del río consagrado a Hércules, para llegar hasta los grandiosos restos de la antigua Tebas, donde en testimonio de su antigua grandeza, todavía se elevan los soberbios obeliscos, en los que esculpidos en letras egipcias se menciona la pasada opulencia de la ciudad» (1).

Tonificado el ánimo del sobrino del emperador, con tan elocuente lección práctica sobre el carácter perecedero de los grandes imperios, de provecho sumo para un romano de la clase dirigente, el viajero dirigió su atención hacia curiosidades de interés más tópico y general:

«También quiso ver Germanicus las demás maravillas de la región, las altas pirámides erigidas en forma de montaña por la riqueza de los antiguos reyes, que luchan contra el tiempo en medio de yermos arenales peinados por el viento: los lagos excavados para recibir las aguas rebosantes del cauce del Nilo y estrechos desfiladeros, impenetrables para quien desee medirlos».

Las Pirámides, medidas y requetemedidas ya, constituían saliente etapa en el viaje. Por su carácter oficial de maravilla, una de las siete, para ser exactos. Se abordaban anclando el navío en algún paraje ribereño del Nilo próxima a ellas. O, en su defecto, y a falta de población de importancia por los contornos, en la ya en declive, pero fascinante y levítica Menfis, cuartel de un destacamento legionario, preservando aún destellos de viejos ritos faraónicos. Suetonio retrata el emperador Tito sacrificando un buey a Apis, tocado con una mitra faraónica. Marcial elige a la ciudad para el verso inicial de su poema *De Spectaculis*:

*Barbara Pyramidum sileant miraculum Memphis...*  
«Enmudezca la extraña Menfis ante la maravilla de las Pirámides...».

Una semana poco más o menos de navegación Nilo arriba, para llegar a Tebas (Lu-

xor), «la de las cien puertas». Desierto y despoblado el pugnaz reducto faraónico a consecuencia de su resistencia a doblarse a la férula de los Ptolomeos, exteriorizando ya claros síntomas de ruina su formidable pareja de super-templos. Exceptuado el estupor causado por la vestustez, rareza y magnitud de los monumentos, virtualmente incógnito para el romano el sentido de la civilización que los construyó. Misterio parcialmente vislumbreado quien contó el auxilio, que según Tácito dispuso Germanicus, al confrontar su curiosidad con los enigmáticos jeroglíficos de los pilones y obeliscos de Karnak:

«Ordenó a uno de los ancianos sacerdotes le interpretase aquellas inscripciones, todavía legibles, enterándose de los tributos impuestos a los pueblos vecinos, el peso del oro y de la plata entregados, el número de armas y caballos, las ofrendas de marfil y de especias para el culto de los templos, productos no menos valiosos que los que se hace pagar el poderío romano».

Nada sorprendente el silencio sobre los hipogeos del Valle de los reyes, justo al otro lado del río. Mutismo que pudiera tener explicación cumplida en lo indelicado entre romanos de pro reconocer, de modo explícito, haber violado la paz de las tumbas, sepultadas bajo tierra, exentas de identificación exterior. Y sin duda alguna de haber sido violadas más de una, leídas las incontrovertibles pruebas aducidas por Friedländer en su espléndido estudio del turismo romano:

«Más de un centenar de inscripciones han sido halladas, apresadamente esculpidas a la luz de antorchas y pintadas en bermellón. La mayoría romanas, fechadas desde el reinado de Trajano al de Constantino, y ninguna anterior a los Ptolomeos.

Muchas son simplemente nombres y fechas y alguna exclamación de estupor. "Los que no han visto esto, no han visto nada", reza una inscripción griega en la tumba de Ramsés IX —felices los que la vean» (1).

En el programa de visitas de Germanicus en Tebas, recogido por Tacito, destaca, la realizada a «la colosal estatua en piedra de

(1) Tacitus. «Anales» Lib. II.

(1) Ludwig Friedländer. *Darstellungen der Sittengeschichte Roms in der Zeit von August bis Ausgang der Antonine*. (Leipzig, 1862-70).

Memnon, que al ser herida por los rayos del sol naciente, emite un sonido semejante a la voz humana». Alusión a lo que bien pudo ser, no sólo el objetivo cumbre de la excursión por el Alto Egipto del joven aprendiz del emperador, sino el de bastantes otros romanos, «descendiendo» Nilo arriba, hasta paralelos y latitudes, por muchos siglos venideros, inaccesibles al turista normal.

### Natalicio y óbito de la octava maravilla del turismo romano

En contraposición a las dificultades que entraña determinar, de modo preciso, el influjo ejercido en las rutas turísticas del romano por las siete maravillas del mundo antiguo, diversos textos de la época coinciden en patentizar la fama disfrutada por la estatua visitada por Germanicus. En una sátira íntegramente de temática egipcia, Juvenal, que pudo conocerlo, menciona el sitio «donde mágicas cuerdas resuenan del medio del truncado Memnon, cerca de donde las cien pueras de la vieja Tebas yacen en ruinas» (1).

En su guía turística de Grecia, Pausanias recoge testimonio concluyente del «gancho» viajero adscrito al momento. A su paso por Megara, y en cumplimiento de la obligación que se impuso el autor de enumerar las particularidades que la ilustre villa ofrecía al turista de su tiempo —no muchas que digamos— menciona cierta piedra embutida en la muralla de la ciudad, que al ser golpeada con un canto sonaba como una lira. «Aunque me maravilló —reconoce el exhaustivo informante del mundo antiguo— no tanto como el coloso de Egipto».

Si bien las propiedades acústicas del pedrusco megarense, imposible reunieran rele-

vancia bastante para justificar un viaje a Megara con el objeto de comprobarlas, al menos brindaron al autor magnífica ocasión para presumir de experiencia viajera. Oportunidad que aprovechó para intercalar por entre la explicación de Megara una interesante adquisición de las suyas:

«Cruzando el Nilo por la Tebas egipcia —informa Pausanias— vi una estatua sedente que omitía un sonido. Muchos la llaman de Memnon, que dicen conquistó Egipto desde Etiopía, hasta más allá de Susa. Los tebanos, sin embargo, aseguran que no es una estatua de Memnon, sino de un nativo llamado Phamaenoph y oí decir a algunos que de Sesostris. La estatua fue partida en dos por Cambises, y en el presente está destruida desde la cabeza a la cintura; pero el resto permanece, y cada día, al ponerse el sol, hace un ruido comparable al de la cuerda de un arpa o lira que se rompe» (2).

De sobra se sabe hoy que la insólita estatua era una de las dos gemelas erigidas a sí mismo por Amenothep II, el magnífico, bajo cuyo teocrático mandato la civilización faraónica se remontó a impresionantes cumbres de brillantez. Y a la que pertenece otra maravilla para el turismo moderno: el ajuar mortuorio de Tut-Ank-Amon, descubierto no muy lejos del lugar donde los célebres colosos, y en un patético duo de silencio, continúan dando la bienvenida a los turistas procedentes de Luxor.

Monumentos reveladores de que la afición del turista romano por la arqueología en general, y muy en particular por la egipcia, no era del todo sana ni sería tampoco. Evidencia su peculiar naturaleza que tanto Pausanias, como Plinio y Estrabón, y cuantos certificaron la veracidad del fenómeno, al narrarlo se refieren única y exclusivamente al partido por la mitad: al *dimidio Memnonae* de Juvenal. A lo que no era entonces más que la parte inferior de una de las dos estatuas del faraón, ignorando por completo a la vecina. Más merecedora de atención por parte del genuino amante de la antigüedad por conservarse virtualmente intacta, bien que mordida ya entonces por quince siglos de intemperie.

(1) Juvenal. (Sátira XV. 5-6). *Dimidio magicae resonant ubi Memnonae chordae, atque vetus Thebe centum iacet obruta portis*. En sus *Zeitschrift* (18444), opinó K. F. Hermann que la Sátira en cuestión atacaba la egiptomanía que invadió Roma durante el reinado de Adriano.

(2) Pausanias. *Periegesis*. (Attika. XLII).

A estas dos gigantescas estatuas sedentes, apoyadas en las rodillas la palma de las manos y los antebrazos en los muslos, los griegos las llamaron *stelae*, o columnas de Memnon. Un personaje mitológico involucrado en la guerra de Troya, a quien para complicar aún más las cosas se le hizo hijo de Eos: la aurora en latín. Por saber los romanos de historia egipcia tan poco como los griegos, los llamaron a su vez *colossi*, y el que de veras les interesó, es el de la derecha según se les mira de frente: admirado, mejor que a pesar, a causa de perder de resultas de un terremoto ocurrido en el año 27, su parte superior, del talle para arriba; accidente del que data un curioso fenómeno acústico, de sencilla explicación natural, pero que por lo leído trajo de cabeza a turistas e investigadores romanos.

Sucedía al poco de amanecer. Al calentar el sol naciente las piedras del desmochado monumento. O dicho más en consonancia con la fantasía de los visitantes: al surgir la aurora por el horizonte, y besar sus tibios rayos de luz, con ardor maternal, la efigie de su hijo Memnon. Y habas contadas el resto. Al dilatarse el aire encerrado dentro de su granítico corpachón, de las entrañas de la estatua, y perfectamente audible, emergía una especie de silbido prolongado y agudo. Un sonido que en el tímpano de los muchos que lo escucharon les sonó como el vagido de un recién nacido.

De las numerosas visitas al coloso de las que existe noticia, ninguna documentada con el detallismo de la del emperador Adriano, quien en el invierno del año 130 de nuestra era, tras presidir el sepelio de su hijo adoptivo Antinoo, navegó centenares de kilómetros Nilo arriba, acaso con la finalidad primordial e emocionarse oyendo el célebre vagido matinal. Lo soportable de las incomodidades inherentes a tan prolongada excursión por paisajes semidesérticos parece encontrar harto sustento en el hecho de que le acompañara su esposa, la emperatriz Sabina, formando parte del séquito la poetisa Julia Balbilla,

execrable, pero a quien debemos interesantes datos sobre el *tour* imperial. Gracias a mencionarlo en dos poemitas elegiacas, esculpidos en la pantorrilla de un Memnon, todavía legibles, sabemos que Adriano, y por dos veces consecutivas, escuchó lo que vino a escuchar. Incorporadas a estas composiciones, otras más sencillas, grabadas antes y después, algunas con un escueto *audimos Memnonem*, sobre un nombre y una fecha, se sirve de ellas un moderno biógrafo del trashumante emperador para extrapolar interesantes estimativas turísticas:

«La visita de Adriano hubo de estimular no poco el tráfico turístico hacia el lugar, pues si se computan las inscripciones esculpidas en el pie izquierdo de Memnon (que puede el curioso examinar en las láminas de la *Description of the East*, publicada por Richard Pococke en 1743) y que abarcan desde los tiempos de Nerón hasta los de Caracalla, observará que no menos de veintisiete pertenecen al reinado de Adriano» (1).

Curiosamente irónico el destino de esos *grafitti*, con los que cuando nadie le ve o se lo impide, gusta el viajero de todos los tiempos macular momentos de importancia, en el mejor de los supuestos, esculpiendo nada más que su nombre y apellido. En el caso de las Pirámides y de otros monumentos egipcios, y a falta de otros datos, estas vandálicas manifestaciones de egotismo suministran al investigador prueba irrefutable de la intensidad del turismo romano en Egipto, y de lo poco que se paró en barras el romano para llegarse hasta donde le fue preciso, para edificarse y apuntalar su orgullo regalándose con el capricho de contemplar restos de misteriosas y remotas civilizaciones, uncidas al yugo de la suya.

Mentalmente incapacitado en multitud de casos para comprenderlas. Pues las expresiones de admiración estampadas en el sonoro monumento parecen dan a entender que un simple fenómeno acústico, disparó su aten-

(1) Stewart Perowne. «Hadrian». (Londres, 1960).

ción con fuerza mayor que el cúmulo de maravillas arquitectónicas que sin cruzar el Nilo pudo admirar en Tebas, hoy Luxor, y entonces una soledad fantasmal y funeral, entre dos templos de impresionante grandiosidad. Indiferencia inexcusada en tan apasionado amante del pasado por el hecho de separarle, ya entonces, más de mil quinientos años de aquellos recuerdos de la XVIII dinastía.

Hasta extinguirse el plañido de Memnon a los dos siglos de exhalar el primero. Y a fe que no por designio deliberado. Seguía el lacerante lamento saludando los amaneceres del Valle de los Reyes, hasta dar otro im-

perial visitante, Septimius Severus, en la flor de empeñarse en mejorar una ruina, que, como la mayoría, lucía mejor en estado ruinoso. La reconstrucción con sillares de asperón de la mitad perdida por el monumento, tuvo desastrosos resultados para el turismo del tiempo. Vuelto a su estado original el Memnon enmudeció. La presión de los macizos bloques superpuestos obturó de cuajo las vibraciones acústicas producidas en su interior por los bruscos cambios diarios de temperatura propios de los climas desérticos. Con lo que de resultas de la bien intencionada reparación, jamás volvió a escucharse el alucinante gemido en las auroras del semidesierto tebano.

## PLAYISMO Y TERMALISMO

La aserción de que el espectro del turismo romano, de puro vario, engloba prácticamente cuantas facetas caracterizan al turismo moderno, encuentra relevante apoyatura en la necesidad de cambiar estacionalmente de *habitat*, autoimpuesta por quienes se hallaban en posición económica de huir temporalmente del ajetreo y hacinamiento de la capital del Imperio. Sin aminorar en un ápice esta tendencia a la evasión, lo mucho que la monumentalidad y animación de su esplendente capital pasmó a los forasteros de visita o de paso.

El romano poseedor en abundancia de *otium* y de *denarius*, contó con varias opciones vacacionales para satisfacer su anhelo de supervivencia, disfrutando de aire puro y de tranquilidad en parajes más soleados y salubres que el encerrado en el vasto recinto amurallado, lamidas las bases de sus siete célebres y archiedificadas colinas, por un Tiber maloliente y contaminado. Si así lo deseó, y de no impedírselo imperiosas obligaciones sociales o políticas, siempre le cupo el recurso de mudar de paisaje y de tono de

vida, distanciándose por algún tiempo de la Roma de sus ruidos y de sus pecados, para congregarse, a la vera del mar, en cualquier eslabón de la cadena de auténticos edenes playísticos que tuvo a su disposición.

### «Seaside resorts» latinos

Para empezar, y a cómoda distancia de la capital del mundo, le esperaba «el lugar en que el mar se halla tan cerca de Roma», como en el libro V de sus epigramas lo identifica Marcial, al referirse al *gratus quae regis Antium*, que es como en su Oda primera saluda Horacio al Anzio de hoy. En aquel tiempo, una extensa playa, humedecida su arenosa cadera por la rítmica caricia del Tirreno, recostada en inevitable guirnalda de *villae*, en una de las cuales se les apareció a los renacentistas el Apolo del Belvedere; como para recordarles el lujo y buen gusto que reinó donde nacieron Calígula y Nerón.

Algo más al sur venía la playa de Nettuno, aún hoy denominada de tan adecuada manera.

Millas más abajo la de Astura, donde, y ¡cómo no!, poseyó Cicerón una «villa» de su colección. Y en zona excepcional además, *in locus amoenus et in mare ipse*, según precisó el eximio grafomano a su amigo Atticus, al indicarle que desde su finca contemplaba el *mons Circeis*, como supo todo lector de Homero, sin necesidad de aclaración, la residencia de la maga que sin más encantos que los de su cuerpo serrano, demoró más de la cuenta el retorno de Ulises al hogar conyugal. Esta es la villa en la que, «contando las olas», buscó Cicerón consuelo de la muerte de su hija Tulliola.

A primera vista, o *prima facie*, tentadora sobremanera la playa de Antium, por su proximidad con el principal foco emisor del turismo romano. Demasiado cercana a Roma para competir en el mercado turístico de la capital con otra playa mucho más distante, y más selecta por ende, pero que en breve viaje por la *Appia Via*, a quien con intenciones de pasárselo en grande lo emprendió, le condujo a lo que en todos los órdenes funcionó como un gigantesco centro de esparcimiento para la gente verdaderamente adinerada de la Ciudad Eterna.

Obvio que en su propagandista fervor Statius exageró más de lo permisible, incluso a poetas, al versificar: «al viajero que saluda a la Aurora al pie del palacio del Palatino, puede despedir a los últimos resplandores del día, retirándose tras la colina de Cumae», ciudad y colina, que a dos mil años de distancia, se visitarán tal y como en tiempos de Statio fueron visitadas. Pero verdad es que recorrer ciento cuarenta millas, en medio día de luz solar, aunque posiblemente hacedero, parece demasiado recorrido para un romano en plan vacacional. Si bien pudo despacharlas, sin innecesaria fatiga, en un par de días, a bordo de un ligero *carpentum*, o en una rauda *raeda*, tirada por un par de mulas o caballos canjeables por otros de refresco, en las *mutatios* instaladas en la ruta mejor del Imperio.

De pernoctar a medio camino, en cualquier *hospitium* de los de Anxur (Terracina), otro

punto playístico en el único punto tagante de la Appia con el mar, una jornada más y el viajero, a punto de finalizar el viaje, tendría ocasión de presenciar lo prometido por Estacio: ver acostarse al sol, en lecho de aguas marinas, en un paraje de maravilla, al abrigo del promontorio Miseno, domador de las brisas norteñas que oreaban el golfo de Neapolis. Lo que significaba haber rendido etapa en el punto de destino: en una bellísima bahía donde al decir de los más, la vida resultaba divina para los menos.

### «Divina Baiae» (Horacio)

Escasos los restos de la pasada grandeza de Baiae subsisten hoy en el extenso litoral, presidido por las *Acquae Cumanae*, su denominación geoturística original. Una sucesión de terremotos, maremotos, más unas cuantas invasiones, entre ellas, tres siglos de hidrófoba ocupación sarracena, transformaron a un paraje en tiempos atractivo, en el alucinante amasijo de tierras removidas que hoy se divisa.

Lo hasta ahora exhumado y recompuesto confirma lo que de siempre se supo. Que aquel imponente complejo turístico —Baiae en puridad nunca fue ciudad sino una gran zona vacacional dependiente de Puteoli— debió en sus buenos tiempos parecerse horrores a un Marbella a la romana antes de la invasión de los vuelos *chartered*. *Mutais mutanda* lo imprescindible, se adivina que vino a ser una especie de *resort à la mode* un edénico oasis subtropical para el epicúreo friolento y pudiente, con ciertos toques de Sodoma, Górra, Baden-Baden y el Saint-Tropez de los años cincuenta. Un voluptuoso litoral plétorico de archipámpanos, mandamases y mandamemos, celebridades y desaprensivos, todos y todas tan preocupados en mantener en forma su *corpus*, añejo o juvenil, como en sustraer a la *mens* del *taedium* que acibaró el *otium* de quienes poseyeron todo cuanto con dinero se pudo comprar.

Pudo imputárseles que como buenos romanos limitaron sus relaciones con el mar a contemplarlo desde distancia prudencial. Practicando en seco un rito playero incapaz de suscitar sorpresas a estas alturas, motivado por la afición del romano elegante y coquetón a exhibir, vuelto a sus lares y penates, una epidermis bien tostada por el sol. Todo hacer suponer que los *piscinarii*, como despectivamente los llamaba Cicerón, satisficieran su propósito exponiendo el cuerpo a los rayos dorados de Helios, preferiblemente tumbados al borde de la *piscina aestivaria* de su *thermae* particular, mientras regalaban la mirada con el retozar de las matronas de buen ver, ataviadas con breves y funcionales «bikinis»; tal como las retratan los mosaicos descubiertos en la localidad siciliana de Piazza Armerina. O sin necesidad de ir tan lejos en pos de pruebas, visitando el «dos piezas» que lleva la buena moza reproducida en otro mosaico de tema marinerío, hace algún tiempo aparecido en la «Casa del Mithreum», junto a la plaza de toros de nuestra Emerita Augusta.

### Veraneo romano

Como en Las Palmas, Torremolinos y previamente en la Costa Azul, la *saison* en Baiae durante la época republicana y hasta Augusto en la imperial, fue, en principio invernal, sin extenderse al estío hasta descubrir los romanos el veraneo a orillas de mares cálidos. Acontecimiento producido por lo menos un siglo antes de que Aulo Gelio iniciase un capitulito de sus «Noches Aticas» con el dato siguiente: «El retórico Antonio Juliano y yo nos trasladamos a Nápoles durante el estío, huyendo de los calores de Roma».

Acto colectivo bastante incongruente, desde el punto de vista climático, emprender rumbo hacia el Sur, para evadirse de las furias térmicas del verano, en el que volverían a incurrir los europeos a los veinte siglos de practicarle la buena sociedad ro-

mana. En lo que a Baiae respecta, no antes de concluirse las ingentes obras de infraestructura (palabra desconocida por los romanos pese a su prístina latinidad), ordenadas por Augusto, para desecar unas mefiticas marismas y malolientes solfataras, demasiado vecinas a la zona residencial, cuando le daba a Eolo por soplar recio e insoportables con el calor estival. Obras y problemas concluidos al penetrar las aguas del Tirreno en los lagos Lucrinus y Avernus, aventando sus miasmas y convirtiéndolos en amenos y salubres parajes, tanto para el sudoroso paseante, como para el flemático pescador.

Superado el escollo de la estacionalidad, la afluencia a Baiae recibió fortísimo impulso sin necesidad de recurrir a la *propaganda*, al menos tarifada. Su publicidad corrió a cargo de la rutilante nómina de clientes, que difundieron *urbi et orbe*, su fama. En lo referente a emperadores, el *rooming list* de Baiae resplandeció. En la villa de su tío Julio (César) en el cabo Misseno, buscó Augusto respiro para los mordiscos de la ciática, en la residencia luego frecuentada por Calígula y Tiberio. Una netamente neroniana se construyó Nerón para proseguir degradándose y a otra ajena se retiró Adriano desde su fastuosa villa de Tivoli para morir.

Descendiendo un peldaño en el escalafón de las celebridades, Mario, Sila, Pompeyo, Lúculo y Crespo (este último, por supuesto y descontado), poseyeron allí su *villa* respectiva, así como Cicerón y el retórico Hortensio. Ambos enfrascados en mantener al rojo vivo su rivalidad senatorial, renunciando los eximios charlatanes a una excelente oportunidad de conceder a sus lenguas un bien ganado descanso.

Como en tantos otros *apartheid* costeros, de la denostada sociedad de consumo, que no es preciso especificar, los *optimates*, como los grandes por su casa o sus méritos, se autodenominaron en Roma, prefirieron edificar sus residencias discretamente distanciadas del mar y de la pleamar de los advenedizos.

Terminando por tener que mirar el mar por encima de las terrazas de la *villae* de los demás. Sobre todo, al hacer acto de presencia la más desaforada especulación de suelo, llegada a extremos suficientemente agudos para que más de un plutócrata de la política, dueño en algún remoto lugar del Imperio de media *provincia*, se las vio y deseó en Baiae para en zona de *grand standing* adquirir, a precios inflacionados por la demanda, una única y no muy extensa parcela.

Penuria de terreno agudizada por la hiperurbanización desatada al borde del mar, donde la escasez de espacio edificable obligó a construir no pocas *villae* sobre plataformas sustentadas por pilones anclados bajo las aguas. Para desesperación de Horacio, adalid de la conservación del paisaje y acérrimo enemigo de la polución, quien entre las insensatas extravagancias que en una de sus Odas imputa a un anónimo *nouveau riche*, blanco de sus sarcasmos, le censura con marcada insistencia: «te crees poco rico porque sólo te pertenece tierra en la orilla y contratas mármoles para construirte casas haciendo retroceder al mar rugiente de Baiae» (1).

Denuncia confirmada por la moderna arqueología submarina, al descubrir en el fondo del mar, donde finalmente yacen, los restos de la opulenta fachada marítima y en *corniche* de Baiae, donde quedó sumergida bajo las nada rugientes aguas de la bahía, en el curso de un maremoto de tantos padecidos por la zona.

### Baiae turística

Una vez instalado el recién llegado en villa propia o alquilada, tiempo de sobra dispuso para ir descubriendo la prodigalidad con que los alrededores del lugar escogido para vacar le ofrecían sitios y pasatiempos para sacudir

el hastío y la hipocondría; fuese cultivando la mente a través de los ojos o dándole gusto al cuerpo a fuerza de jarana, francachela y diversión.

Para empezar, y hallárase donde se hallara, nunca a gran distancia de la ciudad portuaria de Puteoli. Ya en la «Roma chiquita» (la *pusilla Roma* de Cicerón), podría entregarse al disfrute de un quehacer típico del turista contemplativo, desocupado y bonachón. Pura y simplemente: presenciar en calidad de mirón el trabajo de los ocupados. Bien las faenas de carga y descarga en los muelles de uno de los puertos principales de Italia con Oriente o a la servidumbre esclava acaudillada por el *maiordormus* proveyéndose de vituallas en el supermercado central. El nombre que mejor le cuadra al enorme *macellum* de comestibles local, que por su espaciosidad y lujo, incluso en el destartado estado en que hoy se encuentra, siguen celebrándose guías y artículos como templo de Serapis, malinterpretando la función ornamental de la deidad egipcio-romana que se limitó a decorar el interior del establecimiento.

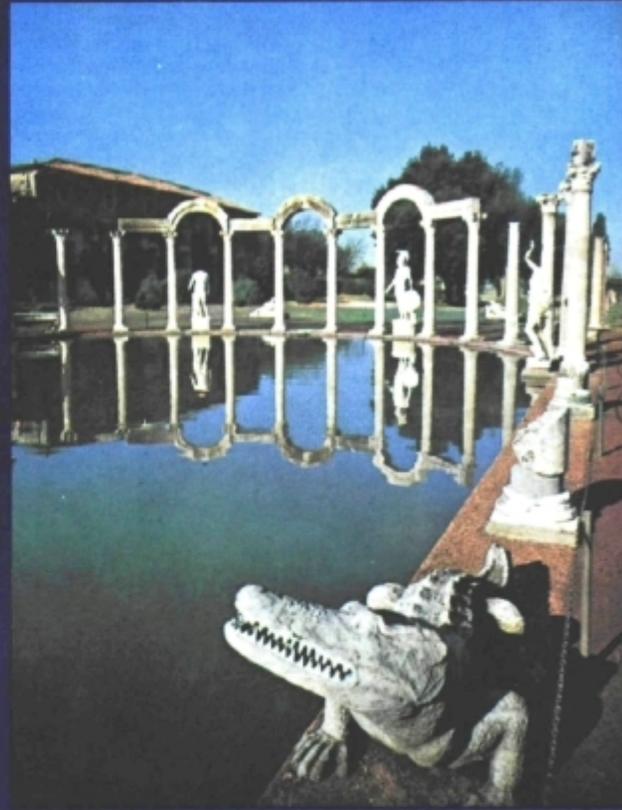
Mucho más excitantes espectáculos pudo presenciar el turista, primero, en el viejo anfiteatro de Puteloi, famoso por la ferocidad de sus luchas de gladiadores, y asistiendo acaso, cuando se terció, y como para hacerle recordar a uno otras costas de hoy, alguna *buthysia*, una especie de corridas de toros, de *urus* silvestres y de gran cornamenta y trapío. Quizá aquella en la que según el historiador Dion Casius dejó Nerón estupefacto al reyezuelo de Armenia al que agasajaba, al saltarse el imprevisible emperador el protocolo y la barrera, como un espontáneo cualquiera, plantificándose en la arena del ruedo para matar a dos toros con una misma jabalina.

Índice expresivo de la demanda para la diversión del contingente vacacional de Baiae y contornos, cierto sucedido, relatado por Suetonio. Dice el historiador que debido al llenazo producido en el anfiteatro de Puteloi

(1) *Tu secunda marmora locas sub ipsum struis domos marisques Baias, parum locuplex continente ripe.* (Horacio. Oda II-18).



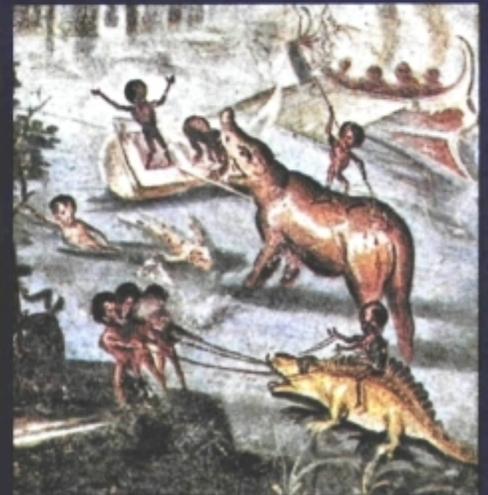
Colosos de Mennon. Luxor



Canal de Canopus. Villa Adriana (Tivoli)



Mosaico nilótico y uno de sus detalles. Palazzo Barberini. Palestrina





El Foro Romano desde  
el Capitolio

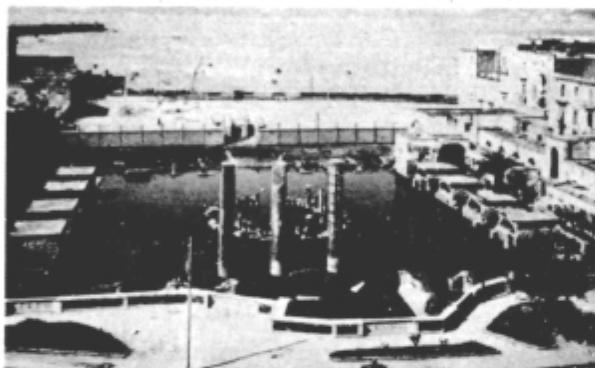


Ara Pacis de  
Augusto en Roma



Mercado del Foro de Trajano

por los *celeberrimi ludi* que allí tuvieron lugar, ni siquiera todo un señor senador romano pudo ocupar un triste tendido, por llegar un poco más tarde que el *populum* de a pie. Afrenta que el emperador Augusto reparó instrumentando por medio de una ley al efecto, un sistema de prioridades jerárquicas, aplicable a las localidades de todos los circos



El mercado o «Templo de Serapis».



Lago Avernus.

y anfiteatros del Imperio. Problema resuelto en Puteoli más tarde, en tiempos de Vespasiano, al construir el anfiteatro cuyos restos aún se ven, con un aforo de 40.000 espectadores, el tercero de Italia.

La polivalencia con que Baiae satisfizo toda suerte de gustos y apetencias turísticas exige enumerar por separado otro tipo de alicientes contribuyentes a su popularidad. Además de su clima, termas y de su vegetación subtropical, otro de sus máximos incentivos radicó en un ingrediente al alcance de la comprensión de cualquier admirador nórdico de las playas andaluzas o tunecinas de hoy: Baiae era diferente.

#### La Baiae histórico-cultural

Al romano de pro Baiae y su entorno le embriagaron con un atractivo de raíz exótica e índole subjetiva. Como su toponimia entera lo denota, la *Campania Felix* preservaba

diluido en su ambiente el sello vagamente oriental, impreso por sus primeros ocupantes, los griegos. Un estímulo más para la imaginación y sensibilidad del romano medianamente instruido, consciente de ser la «Magna Grecia» comarca civilizadísima mucho antes de que Eneas pusiera en su capital el primer ladrillo fundacional.

Lo que salvó al turista intelectualoide y amante de los recuerdos históricos de hallarse en aquel emporio de lujo y hedonismo lúdico como gallina en corral ajeno. En materia de turismo cultural la zona, como se decía entonces de las cosas dignas de ser vistas, poseyó «videnda» para dar y tomar. Un paseito por la *Via Domitiana*, el ramal que enlazaba a Baiae con la Appia, rodando por una calzada de lastras poligonales en parte todavía visibles, le conducía hasta la vecindad de la semiabandonada ciudad griega de Cumas, la más antigua de Italia, la *ianua Baiarum* de Juvenal. En todo caso, el decadente escenario escogido por el elegante Petronio para morir en tiempos de Nerón, en una bañera, abiertas las venas de los brazos por la misma mano que escribió el «Satición»: estupendo retrato de la complicada y costosa manera en que se entretuvo matando el tiempo sobrante, la sociedad que para sus orgías gustó hacer rancho aparte en aquellos parajes.

Insuperable guía para visitarlos con fruto el libro VI de la «Eneida», más que probable redactado en la villa allí poseída por su autor. Gracias a describir Virgilio el paisaje tal y como lo vio, según se acercaba el turista a la



Cumas. Ingreso al antro de la Sibila.

ciudad muerta de Cumas, vería, elevarse ante su vista como Eneas en su desembarco

«... quibus altis Apollo  
praesidet horrendaquae procul secreta Sybylla»

una colina coronada por el templo de Apolo. Y ¡por Júpiter poderoso! No sólo continuaba allí el templo, sino que restaurado a conciencia por Augusto, sin posibilidad de yerro, el más atento lector de cuanto cantó y contó Virgilio, por redactar el poeta sus versos *ad majorem gloria* de su emperador. Ingresando por un largo túnel o *dromos* de unos 200 metros de longitud, en forma de V invertida, excavado en la ladera de la montaña, le llevaría hasta el mismísimo antro de la Sibila, de la Sibila de Cumas, vividamente descrito por Virgilio que debió visitarlo más de una vez, cuando los oráculos de la pitonisa no eran más que puro recuerdo entreverado de mito y leyenda.

En este antro (redescubierto con su galería en 1932), el turismo romano se encontraría en el corazón de uno de los más emotivos e impresionantes lugares del mundo antiguo que tanto le gustó explorar. En el pétreo y

fantasmal cubículo donde entre Eneas y la Sibila se desarrolló la dramática escena de la profecía, emitida —según la «Eneida»— por unos orificios en el flanco de la colina, que no pudo menos de percibir, aunque en número



Cumas. «Dromos» o galería que conduce al antro de la Sibila.

bastante inferior a los *centum ostia* por los que según Virgilio, en función de profeta del pasado, fluyó al exterior la sobrecogedora voz de la interlocutora de Eneas: multiplicada por cien, prediciendo, a dos mil años vista, con impecable exactitud, los destinos del pueblo romano: justamente hasta los tiempos de Augusto.

Libro en mano, y alertas el ojo y la imaginación, el excursionista experimentaría la inefable emoción de introducirse por el bello pasado de su raza penetrando en otra galería

todavía mayor, la *crypta de Cocceius*, construida por dicho arquitecto perforando en línea recta la base de una colina. Mejor informado que los turistas neoclásicos y románticos, desconocedores del auténtico, no se le ocurriría pensar que aquel túnel abierto al tráfico rodado, era el antro de la Sibila, que acababa de abandonar. Le enteraría su «Eneida» hallarse transitando por el *locu nigro, nemerumque tenebris*, por el que Virgilio, inspiradamente anacrónico, hizo pasar a Eneas con su Sibila, camino de lago Averno, situado al final del túnel.

Efectivamente, *¡Facilis descensus Avernus!*, como dijo el poeta. Tanto más desde la apertura del túnel. Llegado al lago en cuestión, contemplaría un viejo cráter volcánico, de austera solemnidad, y desde las obras urbanísticas de Augusto, depósito de aguas más claras y translúcidas que las humeantes por las que el esforzado Eneas, como Orfeo tras su Euridice, tuvo que sumergirse para descender a los infiernos.

Cosas menos fantásticas y espeluznantes regalaron la curiosidad del turista por la zona costera. La *Piscina Mirabilis*, por ejemplo de cosas todavía visibles. Una cisterna cubierta, ciertamente maravillosa y porticada, excavada en la plataforma rocosa del cabo Miseno con el fin de suministrar a los residentes, y a los buques de la flota imperial estacionados en su base del *Mare Morto*, agua corriente y potable a discreción. Óptima atalaya para extasiarse contemplando en todo su paisajístico esplendor la mayestática bahía de Baias o Baiae, con el Vesuvius al fondo de la villa de Neapolis más a mano. Recordando consejos como las recogidas por Plinio el viejo, a quien a menudo se le vio por allí: la última, aquel mal día que salió en una embarcación para observar de cerca la erupción del Vesubio que acabó con Pompeya y con la vida del minucioso catalogador de curiosidades de todo tipo y pelaje. Entre todas las leyendas, bella como ninguna, aquella del del fin que a caballo en su lomo azul acostumbraba trasladar matinalmente a su escuela,

desde Baiae a Puteoli, y regreso al atardecer, al muchacho, cuya muerte prematura —según Plinio— lloró con tan audible amargura el servicial cetáceo.

Inolvidable repaso a la Historia, romana por supuesto, pudo darle su devoto colocándose en manos de algún *cicerone* o *ductus* profesional, para que le fuera mostrando, entre otras cosas, ilustres moradas de insignes personajes, como la «Academia», como afirman la tradición y los guías que hoy muestran sus restos, la «villa» en la que Cicerón compuso algunas de sus obras de mayor nombradía. Estremeciéndose de horror, si tal fue su gusto, al descender a la playa de Bauli, en el camino de regreso, mirando una semicueva de cara al mar. La tumba de Agrippina según decía y dicen, estrangulada por orden de su hijo Nerón, erigida a la chita callando, como Tácito explica, «por los criados de la difunta, camino al Misseno, cerca de la villa de César que domina el golfo».

Dadas las buenas relaciones del turismo con la gastronomía, ¡qué mejor remate de la excursión que enfrentado a un refrigerio en otro lugar no menos historiado! En las *cauponiae* del lago Lucrinus, sede de los criaderos de las *ostrae lucrinenses*, elogiadas por Cicerón, engordando en sus viveros compartiendo aguas comunes con los mejillones ponderados por Horacio y Juvenal. Manjares, como un placer más de los ofrecidos por Baiae no precisamente baratos. Palabra de Marcial (Ep. I-XIX):

«*Dat Baiana mihi quadrantes sportulacenum  
Inter delicias quid facil ista fames?*».

al quejarse de la insuficiencia de la *sportula*, el donativo cotidiano en dinero repartido por el administrador del rico mecenas entre los *clientes* de su amo. Suma que «inter delicias» del lugar, apenas le llegaba al poeta para malcomer. Al preguntar quejumbroso a su amigo Flaccus,

«*Tam male cum coenem, cur bene, Flacce, laver?*»

«¿De qué me sirve bañarme tan bien, si luego he de comer tan mal?», Marcial declara con una especie de retruécano, interrogativo, lo caro que solía salir, para el no sobrado de *denarius*, el veraneo en Baiae.

### Baiae balnearia

Consecuentes con su genio para armonizar lo útil con lo grato, amén de enormemente divertida e instructiva, para muchos romanos Baiae actuó como un centro terapéutico de primer orden, gracias a sus *thermae* de monumentalidad aún perceptible y de eficacia reconocida. Entre otros agüistas y bañistas, por el plácido Horacio, menos plácido en su realidad que el tono de sus poesías dan a entender. Llegado a Roma con un tremendo déficit de sueño y al borde del colapso el sistema neurovegetativo, corroído por el tráfico y bullicio de la capital, en el verso *Nullus in orbe sinus Baiis praelucet amoenis*, proclama en su Epístola I la sin igual belleza del *sinus*, del golfo, pórtico de un encendido panegirico empapado de resabios publicitarios de buena ley. Elogio cuya sinceridad corrobora en la Epístola XV, exclamando al abandonar el lugar: «Dije adiós al agua sulfurosa de Baiae que infunde paz a los nervios enfermos»; textualmente, *nervus elidere morbum*.

Los enemigos de la humedad en todas sus formas, y más sobrados de achaques que de olfato, tuvieron opción a tratarse asma, reumas, bronquitis y sinusitis, introduciéndose con sus adiposidades a cuevas, en las penumbras de las luego llamadas *Stufe de Nerone*, rehabilitadas hace algún tiempo, con fines declaradamente turísticos, para uso de germanos y escandinavos. Unas saunas naturales consistentes en unas angostas grutas, en zona de solfataras, caldeado su lóbrego interior por ardientes corrientes de aire, exhaladas por aguas plutónicas o submarinas.

### «Baiae dissoluta»

El auténtico significado de Baiae en el turismo romano quedaría un tanto desvirtua-

do por una especie de malentendido, de no jerarquizar las motivaciones viajeras, como es sabido, sometiéndolas a la que parece fue la decisiva y fundamental. Suponer fueran el clima, la terapia, el paisaje o las antiguallas, todo junto o por separado, lo que en verdad posibilitó aquel *milagro* turístico, como se diría hoy, equivale a infligir al sector más friolero y desocupado de la buena sociedad de la Roma pagana un insulto a todas luces inmerecido. Porque en su realidad «la divina Baiae» de Horacio se comportó muy humana, y hasta demasiado humana hubiera pensado Nietzsche, de hacerla conocida cuando mereció la pena. En el mercado de las preferencias turísticas de su clientela, bien claro dejó establecido cotizarse más alto su función de *refugium peccatorum* que como *salus infirmorum*.

Cotejados los vejámenes, escarnios, denuestos y dicerios que la zona provocó, con sus restos arqueológicos, cuyas magnificencias, aunque malparadas, a la vista están, la compulsión conduce a una conclusión, deprimente o alegre, según el ángulo desde el que se la mire. Pura y simplemente: que como luego les aconteció a Ischia, Ibiza o a Saint Tropez, y como les ocurre a ciertas revistas y comedias teatrales hodiernas, en las que con vestimenta mínima actrices y actores profieren malsonancias de alto calibre sin venir a cuento, no cabe duda de que la clave del éxito fenomenal del Baiae dimanó por encima de todo de su mala reputación.

Negligibles en el trance el valor informativo de los panegíricos de Horacio y de Virgilio, poco proclive éste a echar piedras a su napolitano tejado, aparte de escribir ambos en tiempos de Augusto, severo e intransigente como casi todo aquel para quien es normal andar mal de salud. La literatura no oficialista que privó bajo emperadores no tan austeros como el sobrino de César, miran a Baiae con óptica más realista mostrándola a su verdadera luz. Explícito y lapidario cual ninguno Marco Terencio Varro, al afirmar en una de sus sátiras, que en Baiae las doncellas

eran propiedad común, que los viejos se convertían allí en muchachos y los muchachos en la viceversa.

Muy en su papel de *custos morum* del prójimo, y de adusto aguafiestas del placer ajeno, síguele Séneca, escribiendo para un tipo muy específico y atípico de turista en tiempos de Nerón:

«El sabio no irá a Baiae porque es la guarida y el cuartel general del vicio. Es allí donde la impudicia se toma las mayores licencias y hay reuniones que deberá el sabio evitar por contrarias a las buenas costumbres. Yo la he abandonado por ser lugar donde es peligroso residir».

Óptima la doctrina y como conducta ejemplar. Pero prerrogativa de sabios el cambiar de opinión. El mismo *locus diabolicus*, del que rezumando escándalo y desprecio por todos los pliegues de su toga, afirmó el gran estoico haber escapado el mismo día de su llegada, es el caso que después lo visitó con bastante asiduidad, pues es de suponer que para algo se compraría allí una de sus *villae* más caras el multimillonario cordobés. A mayor abundamiento, en otra *villa* de la vecindad, y al lado de su ex discípulo Nerón, le sorprenden los eruditos punto menos que *in fraganti*, redactando a la luz de un velón, cierto escrito, dirigido al Senado, con el que el moralista andaluz intentó justificar al imperial matricida de lo injustificable. Del asesinato de su madre Agrippina, recién perpetrado no muy lejos del lugar de la escena de la redacción del escrito. Un recordatorio de tantos, como diría Séneca, de lo mucho que acortaron distancias el vicio y la virtud en la promiscua Baiae.

Salidas más tarde madre de las gentes y las costumbres de la buena sociedad romana, y acusar Baiae síntomas de *pollutio* y de masificación, predecible no hubiera cálamo puntero en la *Urbs*, que no pusiera a parir al no del todo inocente paraje, proporcionándole, de paso y de rebote, como es habitual, publicidad impagable. Lo conseguido con toda probabilidad por Marcial, en uno de sus más caústicos e ingalantes epigramas, fin-

giendo deplorar la suerte de la casta Livia, cándidamente refugiada en Baiae para proteger su virtud. De sobra unas semanitas junto al mar napolitano, para crucificarla el maldiciente bilbilitano en el verso:

«*Relicto conjuge, Penelope venit, abit Helena*».

De modo y manera que por referirse a Baiae todo el mundo en Roma le entendió: en especial los *cónyuges relictos*, o abandonados, a quienes por aquello del *do ut des*, y del de donde las dan las toman, no pareció preocuparles demasiado el regreso de sus Penélopes al lar conyugal, transmutadas en Helenas.

Eventualidad que nada más pensarla atormentó lo indecible a Propercio, poeta sacarina y masoquista, de los de ni contigo ni sin ti, previniendo una y otra vez a su Cynthia no fuera a *Baiae littora inimica puellis*. A juzgar por las ocasiones que su amada le brindó para seguir dedicándole poemas añorando su ausencia, es de presumir lo mucho que a su Cynthia le encantó «la costa enemiga de las doncellas», circunstancia explicativa del sonoro improprio de Propercio, contra el protervo lugar:

«*Ah, pereant Bajae crimen amoris aquae...*».

maldición contra las aguas asesinas del amor, que dos o tres siglos después de proferida estaba en vías de consumarse (1).

### Termas y balnearios

Entre enterados, hace tiempo archiprobada la inexistencia en el cuadro de las civilizaciones la ninguna capaz de competir con la romana en su pasión por conectar el cuerpo humano con aguas tibias. Ya en su tiempo, exageró el viejo Plinio muy poco al escribir: «durante seiscientos años los roma-

(1) Interesantes precisiones sobre el turismo romano en Baiae en: Luis Fernández Fuster. «Teoría y Técnica del Turismo». Tomo II. Págs. 729 y ss. Sexta edición. (Madrid, 1981).

nos no han conocido otro médico que sus baños». Baños que entendidos de aquella manera carecen de relación con la afición constitutiva siglos después del principal núcleo del turismo moderno. En primer lugar, por lo reacio que el buen romano se mostró a satisfacer su manía por los baños zambulléndose entre olas marinas. Prefirió gozar sus aguas dulces y no salobres, humeantes y bien calentitas, recluido con sus pares dentro de sus *thermae*, vocablo de estirpe griega, válido para designar tanto las irrigadas por aguas caldeadas artificialmente, como las emergentes del suelo naturalmente calientes: como la madre Tierra las parió.

Plutarco, griego al fin, trató de clarificar cierta confusión léxica estableciendo distingos entre aguas plutonianas y neptunianas. Por bien que se le entendiera, la cosa estuvo más clara para su contemporáneo Vitruvio, el arquitecto de Augusto, hombre castizo y formalista como sus edificios, amigo de llamar *panis* al pan y *vinus* al vino, denominando en su tratado «*De Architectura*» *thermae* a las salas de baños, públicas o privadas, y *balnearia* a los balnearios. Cae de su peso que únicamente estos últimos, que con el nombre de *acquae* o *thermae* funcionaron doquier circularon romanos o romanoides, revisten evocados a distancia significado turístico. Y en alto grado.

No es preciso resaltar la tendencia de la historia humana a repetirse para detectar en el resurgir del termalismo europeo del XIX, las funciones desempeñadas en el ordenamiento social, y por razones extrínsecas a las terapéuticas, por los *balnea* romanos. Cuando tantos romanos y romanas acudieron *ad aquas*, como entonces se dijo, por motivos en gran parte vagamente relacionados con la higiene y la salud, al menos corporal. Del mismo modo con que el *dictum* de que *Acquas condunt urbes*, aparece confirmado por la geografía del termalismo europeo, a través del número de Balnearios, ubicados muchos de ellos a considerable distancia de poblaciones importantes, convirtiéndose al correr

de los tiempos en ciudades de respetable entidad. Supuesto en el que se inscriben desde Vichy, Wiesbaden, Baden-Baden, y varios Baden más, hasta el de Bourbon, en la Auvernia, elogiado por Marcial, al escribir *Omnia Borbonis cedant miracula thermis...*, así como el Bath británico, cuantos Aix figuran desperdigados por territorio galo y todas nuestras Caldas y Alhamas sin excepción. Generadores todos y todas en tiempos romanos de flujos viajeros de densidad suficiente para inscribirse de lleno, los *balnea* y sus flujos, en ámbitos turísticos. Animó la uniformidad del rango social de quienes frecuentaron unos parajes amables por naturaleza y vocación, la diversificada procedencia de la clientela que recibieron. Suetonio sitúa al endémicamente enfermizo Octavio, enemigo de las *thermae* artificiales, disolviendo sus patogenias en las aguas de Albula y las *Acquae Tarbellicae* (Dax), se jactan de haber desbravado por algún tiempo las ninfomanías del temperamento de Julia, su hija.

En justa reciprocidad ciertos balnearios itálicos recibieron agüistas de puntos lejanos del Imperio; por ejemplo, las *Acquae Apollinares*, hoy Vicarello, al Norte de Roma. Evidencia la remota oriundez del tráfico al que atendieron el famoso trio de «Vasos Apolinales», de plata maciza, allí descubiertos en 1852, en compañía de muchos más. De unir el carácter de ex votos, atribuido a los recipientes por los arqueólogos, el hecho demostrado de haberse fabricado en Cádiz, en tiempos de Trajano, su reaparición en el corazón de Italia se interpreta como prueba tangible de la boga del balneario entre agüistas procedentes de la Baetica.

El termalismo de alto bordo y luengo recorrido dio vida a tipos de viaje considerados *prima facie* como peregrinaciones. Erróneo supuesto en el que quedan comprendidos, entre otros, los viajes desde Italia a Epidauró, próximo al centro portuario y excursionístico de Corinto, un superbalneario cuajado de historia y mitología, cuyo significado religioso era un factor secundario en tiempos



Balneario de Bath (Inglaterra), el *Aqua Sulis* romana.

romanos. Sin otorgarle los visitantes de la era imperial especial importancia al hecho de haberse erigido aquel espléndido conjunto arquitectónico, hoy destrozado, en torno a unos milagrosos manantiales presididos por un santuario dedicado a Esculapio. Es de suponer más decisivo en su popularidad la calidad de sus hospederías o *xenodochios*, y los actos programados en su célebre teatro, virtualmente intacto a excepción de su *scae-*

*na*, construida por los romanos. Un teatro superior en aforo y monumentalidad a cualquiera de los erigidos por cualquier balneario europeo, del XIX en adelante, para diversión y solaz de los agüistas.

Bastante débiles, pues, los fundamentos para calificar *sensu strictu* de peregrina a la clientela romana que por generaciones concurrió al bello paraje griego, con intención de desoxidarse el hígado y los pulmones, en

selecta compañía, amenizándose el tratamiento con el disfrute de succulentas raciones de paisaje, clima y diversión.

Sin tener el caso de Epidauro nada de excepcional por repetirse en diversos puntos en los que la proximidad del mar redobló los goces del termalismo a la romana, por lo general en lugares reedescubiertos por el turismo muchos siglos después. Un aspecto de la cuestión ilustrado por la insólita magnitud de los romanísticos establecimientos termales de Cemenelum (hoy Cimiez), dominando desde una panorámica prominencia el puerto ex griego de Nikaia (hoy Niza).

Sin olvidar la imposibilidad de interpretar en su plenitud la razón de la sobresaliente fastuosidad del *resort* playístico de Baiae, cercano a Nápoles, sin vincular la delicia paisajística del litoral a su riqueza en aguas sulfurosas. Plinio, siempre el viejo en estos particulares, no es ante su lujosa franja de *villae* ante lo que extasía en su «*Historia Naturalis*» (XXXI-2), sino ante su abundancia de *thermae*, punto de arranque del formidable centro turístico ya evocado.

En cuanto a las termas urbanas, por ejemplo, las fantásticamente grandiosas de Roma, que despojadas incluso de bronce y mármoles, aún infunden sus osamentas de ladrillo estupor y respeto por su monumentalidad, por inmensa la trascendencia social y hasta cultural que en sus tiempos atesoraron, y como sucede con la moderna eclosión de piscinofilia masiva desencadenada en las metrópolis de secano, resulta mínima, por no decir nula, su incidencia con la cuestión aquí analizada, por su total desconexión con el viaje.

### El romano ante el paisaje

Noción, la del paisaje, por subjetiva y surta en la psique de cada contemplador, fluctuante y sujeta a modas y modos en el sentir colectivo. Un sentimiento de inspiración mayormente literaria motivó que los romanos en plan de viaje pagaran bastante caro el precio

de haber nacido mucho antes que los románticos, los verdaderos descubridores del paisaje tal como es modernamente entendido.

En sus viajes el romano lo entendió de manera mucho más primaria y elemental. Hombres amantes del campo, saborearon visualmente una naturaleza de aguas mansas y verdísimos prados: del tipo cuya contemplación tanto entusiasmó a don Quijote y a Lamartine, y que conmueve por igual a señoras de natural efusivo y a gentes de secano integral. Con base a semejante predilección, muy bien pudiera achacársele «el inaceptable prejuicio de no considerar bellos más que los paisajes donde la verdura triunfa», que señala Ortega y Gasset, prejuicio de honda aceptación en las preferencias del turismo ambulante, ya percibido entre sus conciudadanos por Séneca, por Séneca padre o el viejo, al escribir sobre los *topia*, o pinturas de paisaje decorando a menudo, y al fresco, los muros de los domicilios de sus coetáneos:

«Me cuesta trabajo creer que quienes copian en sus casas bosques, mares y ríos, hayan admirado en sus vidas grandes extensiones de tierra irrigadas por un río calmoso o torrencial o visto el mar desde una altura en la placidez del verano o en una tempestad Invernal. Pues, ¿quién, tras ver tan magníficos espectáculos se conformaría con una mezquina reproducción?».

Debido a la ausencia en su esquema mental de la noción de lo pintoresco en la naturaleza, en sus viajes el romano se resignó de buen grado al goce de panoramas moderadamente aparatosos, aptos para la tarjeta postal y el fresco pompeyano: dos representaciones de la naturaleza distantes en el tiempo, pero más próximas entre sí de lo que aparentan.

Puede precisarse más y no como timbre de sensibilidad en el sujeto. Pragmático hasta en sus exteriorizaciones sentimentales, el romano disfrutó del paisaje con mentalidad semivacuna y agropecuaria, deleitándole la visión de campos poblados por faunas y botánicas productivas y pignorables en el mercado. Disposición de ánimo frecuentemente detectable en

Horacio y también en el excelso Virgilio, hombre éste capaz de redactar en versos impecablemente épicos un tratado de Agricultura, con el nombre de «Georgicas», y por igual afectuoso con sus dioses y héroes como y también con sus abejas y ovejas. Suceso que multiplicado por dos acaece en la prosa epistolar de Plinio el joven, uno de los textos latinos donde el paisaje se menciona con mayor sentimiento y reiteración, pero entendido siempre como terrenos feraces, provistos de sombra en abundancia y exuberante vegetación, y valorado principalmente, y desde perspectivas turísticas, en razón directa con la cantidad de confort susceptible de proporcionar al viandante o al mero contemplador.

Este posicionamiento utilitario ante una naturaleza domesticada y vestida de sus mejores galas escenográficas se patentiza en los elogios y ditirambos de Plinio al visitar uno de los paisajes consagrados por la mejor literatura del siglo anterior. El nacimiento del río Clitumno, un afluente del Tiber, en los alrededores de Spoleto: cercano a Roma, por consiguiente, y de benevolente clima estival en gracia a su altitud.

En sus *Geórgicas* Virgilio dedica unos cuantos versos panegíricos al *albi, Clitumnos, flumine sacro*, y en una elegía del tenor, y al enumerar las maravillas de Italia que despliega ante un amigo ausente, Propercio incluye una mención a los *formosa Clitumnus flumina luco*.

Un siglo más tarde, y ya en el terreno de la prosa, Plinio ofrenda al popularísimo *lucus* una epístola entera, en la que la sacra faceta del lugar aparece gravemente diluida, al iniciarla, dirigiéndose a su amigo, Vaconius Romanus, con un *Vidistine aliquando, Clitumnus fontem?*, pasando de seguido a referirle, y en un texto que suena como el de un folleto de propaganda turística, lo mucho que se perdía de no acudir a contemplar el nacimiento del río, convertido en un centro de deportes fluviales, con todos sus dispositivos y agravantes.

Lo cuenta la existencia, en medio de un bosque de cipreses, de un templo dedicado a Clitumnus, con una estatua de la divinidad fluvial vistiendo toga de magistrado, rayadas las columnas del edificio por inscripciones de visitantes. Las translúcidas aguas se remansan en una lagunilla dejando ver los guijarros del fondo y las monedas arrojadas por quienes no es necesario señalar. Hasta el puente que separa a la corriente del río en dos partes tiene asignada una función ordenadora:

«Destinada la superior a la navegación y la de aguas abajo a la natación. En los terrenos concedidos por el divino Augusto a los ciudadanos de Hispellum, existe un balneario público, o municipal, y un hotel (1).

Fiel a su manía reprobatoria de conductas ajenas, una vez más toca a Séneca quintaesenciar con máximo vigor la recta actitud ante el paisaje en general:

«El viajar te beneficiará al darte conocimiento de las gentes, la forma de las montañas, las llanuras que se extienden hasta lejanías ignotas, valles con aguas internas que se filtran, o algún insólito río, como el Nilo con sus inundaciones estivales, o el Tigris, que se desvanece de la vista, para remerger tan ancho como siempre».

Exposición rematada con una observación, más o menos aguda, pero reveladora de la postura del intelectual romano ante las salidas de madre de la naturaleza:

«Estos ríos atraen viajeros, no por su belleza, sino por su magnitud, fama o cualidades extrañas, pero no te harán más sabio o mejor».

En cuanto a las altas montañas el romano adoptó una actitud incuestionablemente de rechazo. Imitando a los griegos, mucho las admiraron, pro desde lejos. Fijaron en ellas la residencia predilecta de sus más poderosos dioses, pero absteniéndose de treparlas para rendirles sus respetos. De no ser alguna curiosidad turística protuberante y bien dotada

(1) «Superiore parte navigare tantum, infra etiam natate concessum. Balneum Hispellates, quibus illum divus Augustus dono dedit, publicae praebant et hospitium». C. Plinius. «Apistolae» (Lib. VIII-8).

de accesos y refugios como el Etna, la ascensión a cumbres de altitud por encima de lo normal estuvo fuera de lugar. Inhibición demostrada con harta claridad por el hecho de que aunque en muchos de sus viajes no tuvieron más remedio que trasponer los Apeninos o los Alpes, las posibilidades estéticas latentes en la experiencia naufragan en sus escritos invariablemente ahogadas por el recuerdo del terror y los sobresaltos sufridos en el trance. Silius Italicus describe a los Alpes como un horrendo desierto inhóspito, y Tito Livio les aplica el adjetivo *foeditas*, o sea, el colmo de la fealdad.

Inéditos aún los violentos conceptos románticos de la naturaleza, la exaltación de lo espectacularmente bravo, de lo abrupto y desgarrado, poquísimos lo que las serranías atrajeron a aquellos señores, y, por el contrario, todo contacto viajero con ellas, por tangencial que fuese, les produjo un pánico de

fondo supersticioso, que se tradujo marginándolas de sus itinerarios cuanto les fue posible.

La confrontación del romano con la gran montaña halla correlato exacto en su actitud frente a la palpitante infinitud del mar. Bello como espectáculo y numen socorrido en poemas y prosa de finos quilates literarios. Pero «burlador de las humanas esperanzas», le apellida el realista Petronio en el «Satiricón», al narrar la espeluznante escena del naufragio. Ambivalencia que en vena humorística e inmisericorde compendia un hombre de la seriedad de Lucrecio (*De Rerum Naturae* XXXI-1), al escribir:

«*Suave, mari magno turbantibus aequore ventis  
E terra magnum spectare laborem*».

Que, aproximadamente, queda en un: «Dulce el contemplar desde la tierra la lucha del prójimo con las turbulentas aguas y vientos del mar».

## EL CAMINO Y LA POSADA DEL VIAJE ROMANO

Si superabundantes las fuentes coetáneas expresivas de los dispositivos del viaje romano denominado por la terminología actual infraestructura turística, linda con lo inmanejable la plétora de modernos estudios que sesudamente los glosan. Estudios éstos que poca ayuda prestan en trances como el presente, por concretar su punto de mira, más en las vertientes estáticas del viaje, que en su dinámica: justamente la que incide con el turismo. Por tanto, raro que estos exhaustivos trabajos, mayormente ingenieriles, proporcionen datos utilizables para enterar al interesado del comportamiento viajero de la parcela humana que los utilizó.

La literatura de la época, de tratarla con la consideración debida, suele mostrarse bastante generosa dándonos ideas de los modos y maneras de viajar del caudal humano, que

fluyendo por aquella pétreo red arterial viaria inundó de *romanitas*, o de latinidad, los más dispares puntos del Imperio.

### Carreteras romanas

Al esbozar el entramado material del viaje del romano en plan turista, comparece muy en primer plano la carretera, no en vano una de las creaciones más típicas y perdurables de aquella civilización. La mayoría de los emperadores, o, en su defecto, los mandos militares y el Senado en pleno, y por la cuenta que a todos les tuvo, tuvieron muy presente que del mantenimiento en forma de una tupida red de comunicaciones dependía la subsistencia del Imperio.

Al principio, durante la república, la cons-

trucción de las *viae*, aún consulares, respondió en todo momento y lugar a imperativos primordialmente castrenses, empleando en la tarea al ejército y enormes sumas de dinero. Hasta promulgarse más tarde leyes transfiriendo la carga de mantenerlas en condiciones, bien onerosa por cierto, a los municipios adyacentes a sus recorridos, siguiéndose procedimiento similar en materia de puentes, el *tour de force* ingenieril del arquitecto romano.

En las *provinciae*, y en campo abierto, la responsabilidad del orden viario, y de la seguridad personal del *viator* en tránsito por las carreteras estatales, persistió siendo cometido militar, garantizado por destacamentos de soldados, situados en cruces importantes (estacionados sería más adecuado), por albergarse en unos edículos, *stationes*, que vinieron a ser una mixtura de caseta de peones camineros y cuartelillo de la Guardia Civil. La labor puramente técnica de preservar las *viae* en buen estado de rodaje y conservación, corrió a cargo del ilustre cuerpo de *curatori viarum*, subsistente contra viento y marea, hasta la extinción del Imperio, por nacer dotado de las enormes reservas para la supervivencia características a los organismos estatales bien remunerados.

Las principales carreteras estuvieron perfectamente señalizadas. Infinitamente mejor y con mucho que en la Edad Media y en algún que otro siglo posterior, en los que entre otras desfavorables circunstancias el analfabetismo proliferó. Las carreteras romanas corrieron jalonadas por las famosas estelas militares en las que acostumbraba figurar el nombre consular del Emperador a quien se le adjudicaba la gloria de su construcción, o de su modernización, además de unas cifras, precedidas de las letras MP, indicando las *millia passuum*, o los mil pasos, aún conservados con el nombre de millas por los marinos del todo el mundo y los pueblos de habla inglesa. Distancias todas referidas a una columna, más bien dorada que de oro, la *miliarum aureum*, erigida por Augusto en

Roma y en el centro del Foro por antonomasia.

A las ventajas informativas de las estelas miliarias podría añadirse otra más, de utilidad señalada por nuestro compatriota Quintiliano:

«Cuando se viaja por los caminos, distraemos la fatiga leyendo las distancias en las piedras miliarias. El placer de apreciar la pesada distancia ya recorrida, y el saber lo que falta para llegar, hace que recorramos más animadamente el resto de la etapa».

Además de a las *viae*, también contaron con tan útil dispositivo las carreteras secundarias, que al igual que las *strade* de nuestros días, sus herederas, se denominaron en origen con el nombre genérico de *strata*. Término a cuya perdurabilidad deben su toponimia no pocas ciudades europeas de clara genealogía carreteril, tales como Stratford (Inglaterra), Strassbourg (Alsacia), Strasskirchen y Strassenhaus (Alemania) y La Estrada (Pontevedra).

Otro rasgo distintivo de las vías romanas, herencia griega al parecer, y de seguro que por vía etrusca, el discurrir a la entrada y salida de las ciudades flanqueadas de hermosos sepulcros. Así lo impuso la religión, la ley y la costumbre, al prohibir enterrar dentro del perímetro habitado por los vivos. Del hecho de erigir los mejores sepulcros en respuesta a un diseño ornamental de la ruta salió altamente beneficiado el turismo moderno que visita el tramo inaugural de la Appia para contemplar la colección de elegantes tumbas que lo decoran. Costumbre ejemplarizada dentro de nuestra casa y modestia en la alineación del grupito de entrañables sepulcros exhumados hace algún tiempo en la recoleta plaza barcelonesa de la Villa de Madrid, a cuatro pasos de las Ramblas, donde tras atravesar la diminuta Barcino la Vía Augusta reemprendía rumbo hacia la opulenta Tarraco.

Los conjuntos sepulcrales romanos tuvieron poco o nada de funeral, liberándose de fúnebres resabios para testimoniar un concepto del mundo pagano frente a la muerte

radicalmente diferente del nuestro. Los muertos romanos, cuyo caudal o el de sus deudos les eximió de ser sepultados en una necrópolis o en la fosa común, no quedaron aislados del todo de la comunidad de los vivos, como puntualiza una autoridad en el tema:

«Los romanos depositan sus muertos a lo largo de sus grandes vías, cerca de las puertas de las ciudades, donde sintieran a los viandantes y el ruido de los vehículos. Al sepultarlos a la vera de las carreteras más frecuentadas, no era su deseo, como han querido interpretar algunos filósofos, recordar su destino final a los mortales. Por el contrario, lo que querían es hacerles olvidar su destino a quienes ya no existían. Lo demuestra así un epitafio que reza: "Veo y contemplo a los que van y vienen de la ciudad". Y otro en el que se lee: "Lollius ha sido colocado al lado del camino para que todos los transeúntes puedan decirle "buenos días, Lollius"» (1).

Ya en plena ruta, un atributo de las *viae* afectando directamente al usuario su propensión a la línea recta. Norma que si bien en terreno llano procuraba obvias ventajas al viajero, no así en tramos montañosos, donde engendraba empinamientos o cambios de rasante, con consecuencias para el tráfico rodado de dureza fácil de imaginar. Confrontado más de un experto con la notoria tendencia ingenieril a tirar por el cerro de en medio (*quae proxima iter est*, que decía César), en pos de la más corta distancia entre dos puntos, los hay que atribuyen esta tendencia a una simple razón: al desconocimiento universal del eje variable en el juego de lantero de ruedas de los carruajes.

La rectitud a ultranza de las vías romanas es condición brillantemente demostrada en 1957, y sobre el terreno, por un investigador holandés, tras varios años de estudios practicados en un trecho de la Valeria que unía a Roma con el Adriático, coronando casi por derecho las cotas apeninas y las de los Abruzos. Midiendo cuidadosamente la distancia entre Roma y la miliaria 62, conservada *in situ* en el recinto de Alba Fucens, el arqueólogo holandés evidenció que los 113 kilóme-

tros de la Vía Valeria separando hoy a Roma de su vieja colonia, al incrementarse con muchas más curvas que la vieja, la nueva carretera supera en más de 12 kilómetros las sesenta y dos millas de la vía original (1).

Sin arredrarles a los romanos en tramos distinguidos por un tráfico denso y cualificado darle fluidez por medio de túneles excavados en roca, reduciendo a la horizontalidad, y a fuerza de pico y pala, obstáculos de bulto. Perforada en roca por Agrippa, una especie de ministro de obras públicas vitalicio de Augusto, todavía conserva su carácter turístico la por siglos celebrada *grotta de Paussilipo*, que tanta distancia sigue acortando entre Nápoles y Pozzuoli. Túnel que contó entre sus distinguidos usuarios a Séneca, no muy marinero como buen cordobés, quien prefirió recorrerlo en tinieblas, antes de recurrir al barco que pudo trasladarle de Baiae a Nápoles. Famosa por su valor descriptivo la epístola en la que con marcado disgusto refiere la opresión moral sufrida al atravesar la *crypta Neapolitana*, al resplandor de unas antorchas.

Cuantos datos se poseen sobre el sistema viario romano reafirman la noción, por otra parte hace mucho arraigada, de su magnificencia, tanto en concepción como en ejecución, como en eficacia y belleza, mereciendo en su conjunto elogiosa calificación de un historiador británico, inclinándole a suponer, brincando por encima de varios siglos de no generalizado progreso: «hasta la aparición de los ferrocarriles y vapores, es dudoso hubiera época en la historia en la que fuese el viajar más fácil y general» (2).

Opinión coincidente con la de la autora del estudio *Rome in Albion*, quien tras deslizar un vistazo comparativo a las congestionadas carreteras inglesas de veinte siglos después de

(1) Franz Cumont. *After Life in Roman Paganism*. (Yale University Press, 1922).

(1) C. C. Van Essen. *The Via Valeria from Tivoli to Collarmate* (1957).

(2) Samuel Dill. *Roman Society from Nero to Marcus Aurelius*. (Londres, 1904).

la ocupación romana, llega a la conclusión de que en la Gran Bretaña sólo existieron dos periodos en los que las carreteras respondieron de modo adecuado a las exigencias del tráfico: «Uno, en el siglo XVIII, al producir las diligencias las carreteras pavimentadas, y el otro durante los cuatro siglos en los que Britania fue colonia romana. De los dos, no hay duda cuál fue la época mejor. La romana».

Veredicto aplicable hasta no hace mucho, y acaso con mayor literalidad a nuestra península, singularmente favorecida en materia de carreteras durante aquella dominación, en violento contraste con la desidia musulmana en cuestión de caminos y puentes. Sin que esté de más resaltar que por imperativos turísticos se empezara a rehabilitar en nuestro suelo el fundamento del viejo sistema viario hispanoromano, recortándole sus infulas centralistas al kilómetro cero de la Puerta del Sol, con la construcción de la gran autopista mediterránea, que, como la *Vía Hercúlea*, y bordeando el *Mare Nostrum*, va camino de enlazar en su día a la Tarraconense con la Baetica.

### La «Regina Viarum»

Los romanos, y con toda justicia, denominaron la reina de las carreteras a la más célebre e historizada *vía* del orbe clásico, paradigma arquetípico de las miríadas de rutas construidas por ellos en sus dilatados caminos. Inaugurando una ilustre costumbre, la primera de las grandes calzadas romanas ostentó el nombre del cónsul que en -312 la construyó: Appius Claudius Coecus, o el ciego, por serlo. Aunque como todas las de la época republicana, el trazado de la Appia respondiera a imperativos militares, la «*vía*» terminó atendiendo a demandas tan turísticas como pudieron ser el unir a Roma con Capua, estratégico nudo viario para distribuir el tráfico entre la *Urbs* y los tibios *resorts* vacacionales de la cálida Campania.

Orgullo de la Appia su pavimento, firmísimo y especial, compuesto por un ciclopeo mosaico de lastras poligonales de bien pulido granito o basalto. Hollado preponderantemente en sus inicios por las *caligae* de las centurias legionarias, que marcharon marcando el paso reflejando el sol en sus yelmos, escudos y coseletes de escamas metálicas. Al fin y al cabo, la principal razón para construirla. Más tarde, el tráfico castrense fluyó hacia el Norte por la *Vía Flaminia* o bien desfiló hacia el mar por la Ostiense, para embarcarse y cosechar laureles y tierras por remotos ultramares. Tras la derrota de Aníbal, un imprevisto usuario de las *viae*, la Appia incluida, y verse la península libre de sobresaltos procedentes del exterior, transcurrió poco tiempo para sobre su bruñido envés deslizarse las *raedae* y *carrucas* transportando romanos y romanas a lugares de clima benevolente, sitios al mediodía de la capital. Pavimentada de modo garante de firmeza y pulcritud, pero no apta para grandes velocidades. Como recuerda Horacio en su Sátira V, al decir *minus est gravis Appia tardis*, o lo que es lo mismo, «es menos incómoda la Appia para el viajero sin premuras».

La Appia propiamente dicha, pues hubo paralela otra con el mismo nombre, arrancaba de la *Porta Capena*, abierta en el viejo recinto mural, aproximadamente entre el *Colosseo* y las Termas de Caracalla. *Porta*, que mientras existió, sirvió de acceso principal de Roma para multitud de viajeros y trajinantes, congregados muy en particular en una plazoleta adyacente, el *Area Carruces*, como insinúa su nombre bien a las claras, una especie de estacionamiento de vehículos, al aire libre, lleno de *cisarii* o cocheros de alquiler, quienes impedidos de penetrar durante el día en la ciudad con sus carruajes, forzaban al cliente a llegarse hasta ellos transportando extramuros el equipaje, a lomo de mula, burro o esclavo.

Enmarcada por un gran acueducto, el Marcio, obviamente romano, la estampa cotidiana

na de la Capena debió parecerse mucho a la plaza segoviana del Azoguejo, en día ferial, y por supuesto, en fechas previas a la invención del automóvil. Punto de cita y de reunión para los dados a entretener el ocio con el espectáculo del trajín y vaivén de las gentes. *Ad veterus arcus medidanque Capenam*, se sitúa Juvenal, en su Sátira III, eligiendo la caleidoscópica encrucijada caminera para asentar ante sus lectores la credibilidad de su furibunda diatriba contra las mortificaciones de la vida en una capital, de la que a pesar de todo raramente se distanció. Plenamente justificada la presencia del satírico en el lugar al retratarse como un desocupado de tantos, en ocasión de acudir a despedir a un amigo, que hastiado abandona la incómoda Roma para radicarse en Cumae, «dulce retiro, cabe grato litoral, a las puertas de Baiae».

Muy ricas reminiscencias ofrece un recorrido por la *Appia antica* al viandante de hoy. De iniciarlo desde el parque de la *Porta Capena*, contemplará a su izquierda el sepulcro de los Scipiones, de amplio interior aún visitable, reposo de las cenizas de una auténtica dinastía de poderoso predicamento en la Roma republicana. Traspuesta la puerta Appia, hoy Porta S. Sebastiano, y franqueado el recinto mural aureliano, se llega por entre hermosísimas tumbas al cilíndrico mausoleo de Cecilia Metella, hija del general que conquistó para Roma la isla de Creta. Punto desde el que la vía, recta como una jabalina, inicia su trayecto hacia el Sur. Flanqueada durante millas por elegantes sepulcros paganos, mientras en la lejanía arquean sus lomos de ladrillos las sierpes rotas de varios acueductos hace tiempo en desuso.

A unos 23 kilómetros de Roma la «vía» cruza la villa de Ariccia, llena en tiempos de mesones siempre prestos a dar de yantar al viandante. En un *modico hospitio* de Ariccia se aloja el parsimonioso Horacio en la primera jornada de su Sátira «El viaje a Brindisi». A parecida distancia la carretera llegaba al *Apia Forum*, o a las *Tre Tavernae*, mencionado en los «Hechos de los Após-

toles» (XXIX-15), y con una hostería regentada por un tal Claudio, receptor de un comentario elogioso de Horacio, en calidad de cliente.

Desde el *Forum Apia*, siempre rectilínea, recorría un trayecto de 19 millas, el monótono *decemnorium*, a través de las *Paludae Pontinae*, comarca desolada y malsanísima, hasta transformarla los ingenieros agrónomos de Mussolini en campiña feraz. Una jornada más por bellos paisajes y la vía rendía etapa final a las puertas de Capua, antesala de *Neapolis* (Nápoles), la *janua Baiarum*, como la denominó Juvenal.

Hasta que a los cinco siglos de construirla, ya en el siglo II, toma cartas en el asunto Trajano, como muchos grandes soldados ascendidos al poder, hombre muy dado a las obras públicas de empuje, quien por rutas montañosas prolongó el recorrido de la Appia hasta Tarento y Brindisi, en el tacón de la península, puntos de embarque idóneos para Corinto y Alejandría.

### El «Populusque Romanum» y el transporte turístico

La práctica demuestra que para historiar de manera efectiva, y en su faceta dinámica, una actividad tan eminentemente humana como el viaje, sea el romano, o el de cualquier época anterior al advenimiento del ferrocarril, resulta altamente provechoso desde el punto de vista informativo conocer el sistema de correos operante en cada tiempo y lugar, por ser postal el surco principal por el que discurrieron de preferencia los tráficos viajeros más concomitantes al turístico.

Procedimiento particularmente aplicable al caso de Roma. No en vano su sistema postal, además de inmejorable, fue una de las pocas cosas no copiadas por los romanos a los griegos. Cosa difícil por otra parte dada la tendencia de las gentes helenas a relacionarse por medio de la conversación, sin parecer

haberles preocupado gran cosa sistematizar el rápido transporte de la palabra escrita, mientras a través de la charla y el diálogo, vis a vis y más o menos capcioso, sentaron las bases de la filosofía occidental.

Por las vías romanas circularon infinidad de cosas además de legiones y la correspondencia oficial. Viajeros en especial. Aprovechándose del hecho de hallarse jalonadas las vías, y de modo muy racional, por cierto, por un rosario de *mutationes*, antecedente de los *relais* de la vieja posta francesa: es decir, relevos donde se mudaban los tiros de los carruajes, así como por *mansio*, componentes de una red paraestatal de alojamientos en campo raso, equipados con cuadras y dormitorios donde pasar la noche. Regida cada *mansio* por un *praepositus*, o *manceps*, según la época, en lo funcional vinieron a ser un equivalente bastante cercano a los «moteles» hoy instalados en las carreteras de mucho tránsito.

Ahora bien. El hecho de que el servicio postal romano —el *cursus publicus*— nombre oficial de la ilustre institución, en principio o *de jure*, se montara para exclusivo uso de la «res publica», o sea, estatal, lo contradice la plétora de referencias reveladoras de que *in factum*, los dispositivos instalados con este propósito, vehículos, monturas y alojamientos inclusive, no sólo fueron utilizados por funcionarios en comisión de servicio, sino por viajeros civiles de influencia suficiente para obtener la indispensable *diplomata tractoria*, que daba derecho a manutención gratuita al afortunado titular y compañía, o el *diploma* a secas y en corto: literalmente, doblado en dos. Documento que constituye un antecedente directo del pasaporte, así como, y en casi todas las lenguas europeas, la denominación de una carrera administrativa de grandes perspectivas viajeras y alto prestigio social.

La profusa correspondencia de Plinio el joven, editada y publicada por el propio Plinio para arrobo y admiración del público lector, concluye con una epístola dirigida al

emperador Trajano desde su puesto en Bythia, a orillas del mar Negro, en la que el detallista escritor y posiblemente probo funcionario, se considera obligado a dar toda clase de explicaciones al emperador, por haberse permitido expedir en favor de su esposa Calpurnia un *diploma tractorio*, con el objeto de que con ayuda del *cursus publicus* pudiera la dama acelerar su llegada cerca de una tía suya enferma en Roma.

Curioso por demás que obra tan importante, al menos para el propio autor, Plinio decidiera concluirla insertando un par de oficios de índole administrativa, que hoy calificaríamos de puro trámite, relativos al viaje de su cónyuge. Dice así Plinio a Trajano en su escrito:

«Hasta ahora, señor, he adoptado la norma invariable de no expedir un diploma que permita el uso de la Posta Imperial de no ser a quien viaje en servicio oficial, pero acabo de verme obligado a hacer una excepción. Mi mujer recibió noticia de la muerte de su abuelo y sintió ansia de visitar a su tía. Pensé que no sería razonable denegarla un permiso cuando la prontitud significa tanto en el cumplimiento de un deber de esta clase, en la seguridad de que vuestra majestad lo aprobaría por tratarse de un viaje por razones familiares. Lo que me impulsó a actuar sin demora, fue porque si hubiera solicitado su permiso, la respuesta hubiera llegado demasiado tarde».

Por más de ignorarse lo que tardó la respuesta del emperador sevillano, no pudo ser más efusiva dentro de su laconismo:

«Tenías plena razón, mi querido Plinius, al confiar en mi beneplácito. No necesitabas haber dudado si debieras haber esperado mi autorización, con tal de apresurar el viaje de tu esposa usando los permisos que te extendí para servicios oficiales. Era tu deber hacer doblemente grata la visita de tu esposa a su tía con su pronta llegada» (1).

Ciertamente arriesgado tomar *ad pedem litterae* tamaña escrupulosidad, habida cuenta la obsesión del joven Plinio, en su madurez, comprometido a labrarse un concepto favorable sobre su actuación pública. Por lo

(1) Epistolario de Plinio el joven». Libro X. Cartas 120 y 121.

que la correcta interpretación de las cartas que publicó, exige no perder de vista el hecho de destinarlas a ser leídas por contribuyentes al fisco.

Según iba el Imperio extendiéndose y ablandándose su musculatura, no parece hubo en la práctica insurmontables cortapisas para que determinadas personas, no calificadas por ley, pero sí por sus muchos sextercios o sus buenas relaciones, renunciaran así como así, a edulcorar sus desplazamientos dejando de recurrir al mejor servicio de transporte y de alojamientos por muchos siglos existente en el mundo. Especialmente desde que Nerva liberó a los municipios de tener que contribuir al sostenimiento del *cursus publicus*, transfiriendo la servidumbre al fisco imperial, cuyos servicios mejoraron al instituir Adriano el cargo de *praefectus vehiculorum*, creado para mantener operativo el «parque móvil».

El *cursus* subsistió hasta los últimos días del Imperio, y texto tan tardío como el «Itinerario de Burdeos a Jerusalén», acredita que el servicio postal romano no siguió el proceso de decadencia sufrido por el sistema político que lo creó, y que hasta la víspera de su disolución continuó operante. Según el precioso documento, fechado en el año 333, en aquel tiempo entre Burdeos y Arles se contaban 11 *mansiones* y 30 *mutationes*, y 22 *mansiones* y 63 *mutationes* desde Arles a Milán. Cifras, que para zonas predominantemente rurales, suponen una densidad más que aceptable tanto en materia hotelera como en, digamos, estaciones de servicio.

Más tarde hasta el *cursus* se vio afectado por el empeoramiento general. Al estudiar Samuel Hill la sociedad romana del siglo V, anota el gradual deterioro del *cursus publicus*, y los abusos registrados en la expedición del privilegio de *evectio*, que había sustituido al «diploma», pero permitiendo al portador del documento seguir viajando, rápido y bien, por cuenta del Estado:

«Uno puede bien imaginar sin esfuerzo —apostilla el gran investigador irlandés— que en aquellos turbulentos tiempos, personas interesadas por razones particulares en llegar a remotos distritos, bien por medio de donativos o por el influjo ilegítimo de su rango social, obtendrían de los funcionarios de la posta facilidades para viajar en ella que a la larga serían fatales para la regularidad del servicio gubernamental y onerosas para los contribuyentes provinciales obligados a sufragarlo» (1).

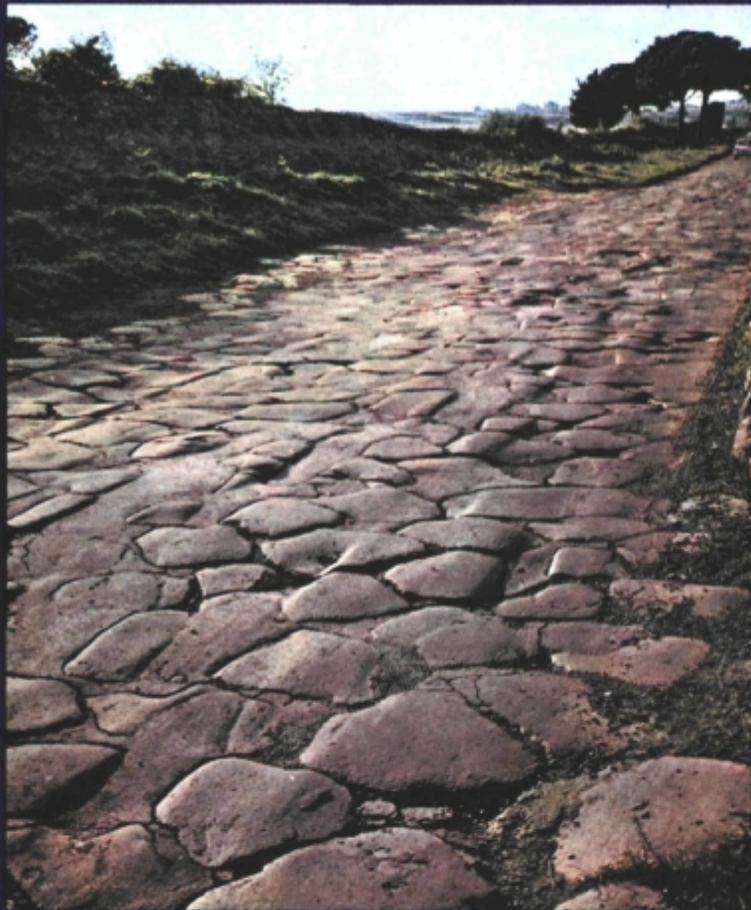
Testimonio la robustez congénita al sistema el que a trancas y barrancas el *cursus* funcionara *ut mos* (como de costumbre), hasta el postrero estator del Estado. Todavía en el año 467, infiltrándose a granel las oleadas bárbaras por las tambaleantes *limes* Imperio, el escritor galo-romano Sidonius Apolinar —y para algo era yerno y paisano del emperador Avitus— se servía de los eficaces dispositivos del *cursus* para realizar un rápido y confortable viaje, de carácter privado, de Lyon a Roma, descrito en su epistolario con suficiente detalle para satisfacer al más inquisitivo curioso.

### Vehículos y carruajes

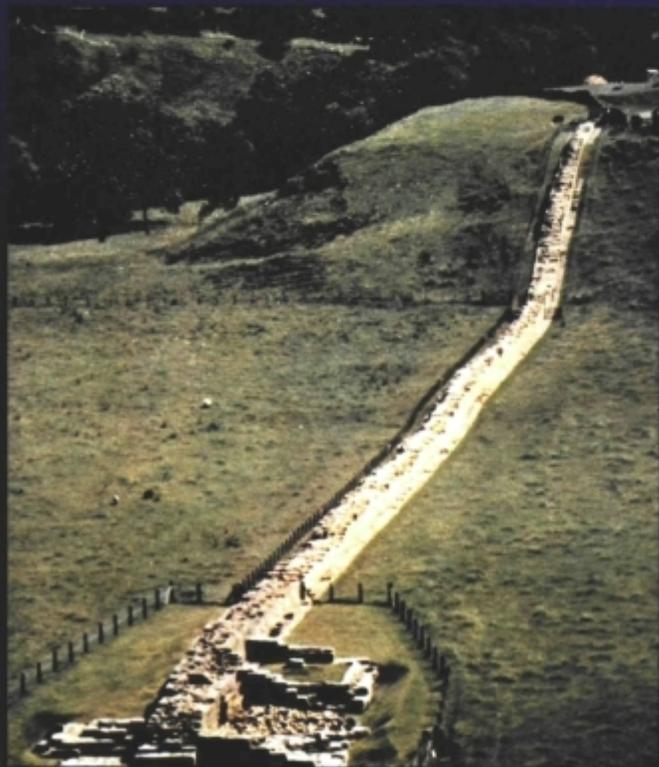
A efectos de singularizar en la medida de lo posible la figura trashumante y borrosa del turista del ayer, desligándola de otros seres con los que hubo de compartir al macomún mismas rutas y transportes, deberán de excluirse de esta reconstrucción los que anduvieron *ambulando*, o séase a pie o a pata, por decirlo al modo del hispano vulgo. Por más que la restricción elimine a andarines del resuello del filosofastro Aristides de Esmirna, caminante perpetuo y de por vida, que se tomó la molestia de facilitar informes de utilidad suma para aclarar ciertos aspectos del viaje romano poco conocidos.

Para establecer un módulo clasificador que distinga al viajero turístico, del viajero a secas, presta bastante ayuda la diversidad de modelos y tipos de vehículos en rodaje por las

(1) S. Hill. *Roman Society in the last century of the Western Empire* (1983).



Via Appia que unía  
Roma con Capua



Muralla Adriana. Erigida en el siglo II, y de mar  
a mar, en el Norte de Inglaterra



Reconstrucción con bronce genuinos de una  
carruca dormitoria. Museo romano-germánico.  
Colonia



Temas erótico y deportivo del mosaico de la Villa de Piazza Armerina (Sicilia)



Embarcación romana del siglo I. Ulises escuchando el canto de las sirenas. Museo del Bardo (Túnez)

calzadas romanas, extensa en demasía para ser enumerada. Húbolos de toda clase, tamaño, forma y condición, cada uno con su nombre privativo. La gama se dilató desde los *carruces*, antecedente rústico de las carrozas, y el cómodo y ligero *carpentum*, con su capota contra la lluvia, el polvo y el sol, hasta el veloz *cisium*, de dos ruedas, versión utilitaria de la *biga* de las carreras circenses, y antecedente de la silla de posta inglesa del XVIII, y la espaciosa y despaciosa *raeda*, de cuatro ruedas.

En armonía con la asombrosa cantidad de cosas que el romano gustó hacerlas en decúbito supino, el *summum* del confort viajero se lo proporcionó la *carruca dormitoria*, en la que Cicerón, Séneca y Plinio —y consta el dato en sus respectivos epistolarios— entreuvieron el tedio de un viaje a paso de mula o buey, con la lectura tumbados sobre muelles colchones, llegando al punto de ir dictando sus esquelas al taquifrao (*notarius*), sin necesidad de detener el carruaje.

En desplazamientos por terrenos accidentados, recomendable la litera Liburna, una especie de *triclinium* ambulante, provisto de un juego de ruedas desmontables; su adaptación a la calle o a la carretera, requería una simple operación de poner o quitar ruedas, y sustituir la tracción animal por la humana. Juvenal registra con su acostumbrada claridad el efecto que le produjo contemplar el paso por una calle de Roma a uno de los afortunados poseedores de aquella superlitera:

«... *atque obiter leget aut scribet vel dormiet intus: namque facil somnum clausa lectica fenestra...*» (1),

puntualizando el satirista con envidia de sempiterno peatón: «Dentro de ella lee, escribe y hasta duerme, pues las cerradas ventanas del carruaje incitan a la somnolencia».

En viajes largos y por tramos poco poblados el turista acomodado practicó sin reparo alguno el *camping* de *roulotte*, rodando algunos tipos de vehículos, como la *carruca dormitoria*, perfectamente acondicionados para pecnoctar en su interior. La penuria

hotelera influyó a que nada tuviera de infrecuente que en viajes prolongados viajeros pudientes transportaran tiendas de campaña. Una circunstancia más contribuyente a que entre las muchas cosas buenas que es preciso reconocer a la *Pax Romana*, el que tendrían que transcurrir bastantes centurias, más el advenimiento masivo del automóvil, para que gentes de paz, exentas de cromosomas beduinos o gitanos en su sangre, osaran acampar por las noches, sin escolta ni temor, al borde de las carreteras europeas.

Subsidiaria en algunos casos, y fundamental en la mayoría, la contribución de la iniciativa privada en el ramo transporteril. Consta que al igual que en la Porta Capena y la Ostiense de Roma, en los accesos extramurales de centros urbanos como Praeneste, Tibur y Pompeya, funcionaran empresillas de *cisarii* y de *jumentarii*, al servicio de viajeros de presupuesto limitado, donde podíanse alquilar, incluso en régimen análogo al *drive yourself*, una serie bastante variada de modestos carruajes y cabalgaduras.

No deja, por contra, de producir justificada extrañeza, que civilización tan práctica y aficionada a artefactos e ingenios, fuera incapaz de descubrir lo que más tarde, pero no antes del siglo X, revolucionaría tan a fondo la tracción animal. Linda con lo inexplicable que no se les ocurriera a gentes tan dadas a la mecánica y a los cachivaches confeccionar atalaje mejor que el asfixiante dogal, que oprimió el cuello de la bestia de tiro al servicio de la prisa del romano. Incomprensible no hiciera en el trance acto de presencia la indispensable chispa de inventiva precisa para sustituirlo por la sencilla collera, que apoyada en el pecho y hombros del animal, hubiera multiplicado considerablemente la celeridad y el rendimiento laboral de la tracción de sangre latina.

Algo muy semejante a lo ocurrido con la herradura, desconocida no sólo por los romanos, sino también por los visigodos y las primeras avalanchas de conquistadores ára-

bes, pese a la forma dada por ambas culturas a los arcos de sus edificios. Más que justificada, por esta razón, la perplejidad de Mr. Gilbert M. Tucker al señalar: «parece inverosímil que tras haber conseguido el hombre predecir los eclipses solares, hubieran de transcurrir tantos siglos para que aprendiera a enganchar y a herrar propiamente sus caballos».

### El viaje marítimo

Es improbable sea accidental que la obra cumbre de la literatura latina, la «Eneida» dedicada a exaltar el épico origen del pueblo romano, simbolice al mismo tiempo y a la perfección la renuente actitud del *cives romanum* respecto al mar. Los seis primeros cantos de los doce que integran el inmortal poema, relatan a las mil maravillas las accidentadas singladuras por el *Mare Nostrum* de Aeneas, hijo de Venus (o de Amphitrite si se desea precisar más), desde Troya hasta la embocadura del Tiber. Texto no precisamente invitativo al navegar por lo adusto y proceloso del mar que protagoniza esta parte del azaroso periplo. El amigo de exprimir de los hechos todo su valor simbólico, halla pasto abundante para la imaginación en el hecho de que Virgilio, según dijeron y corroboró su epitafio, *Mantua me genuit, Calabri rapuere*, pereció nada más desembarcar en el puerto de Brundisium, al regreso de un viaje netamente turístico por Grecia, a punto de dar los toques finales a una obra que dejó inconclusa.

La peripecia personal de Virgilio, elocuente cantor del mar, pero pésimo navegante, convierte a la «Eneida» en un caso de tantos de la fábula nutriendo sus fantasías en realidades. Porque en cuanto al viaje por mar, o *iter maritimus*, fiel el romano a su costumbre de copiar a su modelo griego siempre que pudo, pero siempre también de modo insuficiente, no se comportó excesivamente marino como digamos.

Cierto que disfrutó del agua, pero en sus baños y lo más caliente posible. De no tener más remedio que embarcarse, procuró que sus travesías fueran *remis velisque*, es decir, a remo y vela simultáneamente. Un dual sistema no a disposición de cualquiera por poco menos que privativo de los buques de la marina de guerra. Por lo general, el no muy bien situado socialmente tuvo que conformarse con las *navis onerariae*, o comerciales, más pausadas y pesadas, pero impelidas a vela. En todo caso, siempre ansioso de pisar *terra firma*, elemento natural de una raza más guerrera que marinera.

Sin embargo, hay una faceta náutica en la que la supremacía del romano sobre el griego resultó aplastante: en materia de ingeniería naval, bien que tuviera su significado fuera la helenista Alejandría sede de los principales arsenales del Imperio. Provoca asombro la pericia del romano en el ramo con sólo considerar el respetable tonelaje que hubieron de alcanzar las naves encargadas de transportar del Nilo al Tiber, la descomunal serie de obeliscos faraónicos, trasplantados desde Egipto a plazas y circos romanos, *ad majorem Imperii gloriam*.

Carente el romano como navegante de la intrepidez aventurera del griego, exteriorizó un pánico supersticioso hacia las tempestades y oleajes, interpretándolos como rasgos del mal humor de sus temperamentales dioses, Neptuno en particular, no muy alto en el rango de sus devociones. Sin perjuicio de inclinarle su sentido práctico a seguir el consejo de muchos meteorólogos, peritos en el arte de predecir la aparición de vientos de predominancias coincidentes con la derrota de sus navíos.

Ventosa, por ejemplo, la razón que mantuvo a Rutilius Namatianus, presto a regresar a su Galia de origen, esperando varios días en Roma la arribada del novilunio otoñal, portador de vientos propicios que permitieran zarpar del *Portus Ostiensis*, al buque en que embarcaría; como él mismo nos informa:

«*Explorata fide pelagi ter quinquē diebus,  
Dum melius lunae fideret aura novae...*»

O dicho más en cristiano, ya que el poeta fue un pagano recalitrante y empedernido: «espíamos durante quince días el momento de fiarnos del mar, hasta que, tranquilizados por la luna nueva, sopló mejor brisa».

Rasgo saliente en las singladuras del pasajero marítimo romano su preferencia por el cabotaje, navegando *oras legere*, es decir, leyendo la costa, procurando perder de vista el litoral lo menos posible. Como en muchos otros aspectos, y a falta de documentación mejor, también en éste resulta arquetípico el viaje de Namatianus, estudiado exhaustivamente por Carcopino. En su *De redito suo*, el viajero sintetiza las escalas del navío en los términos siguientes:

«Todas las mañanas, al amanecer, leva el ancla; luego, durante el día, en horas que varían según el viento y la distancia navega hasta los fondeaderos más próximos, pero siempre antes del anochecer, pasa en tierra la noche para volver a empezar al otro día» (1).

Consecuentemente con aquellos mini-cruceiros, pues con tanto embarque y desembarque el de Namatianus lo fue, el turista marítimo optaba por buques chicos y de escaso calado, según puntualiza el mismo informador:

«*Progredimus per littora proxima cymbis  
Quam per fugio creba pateret humus...*»

O sea: «avanzamos a lo largo de las costas cercanas, en pequeñas embarcaciones, capaces de hallar refugio en las calas del litoral».

A base de pernoctar a menudo en tierra, las travesías debieron resultar lentísimas, pero baratísimo el precio del pasaje, y parece ser que como en muchos siglos por venir, el pasajero romano debió proveer individual-

mente a su propia manutención, proveyéndose de vituallas antes de embarcar.

Cediendo al irresistible atractivo de todo atajo sin trabajo, en algunos trayectos el *iter maritimus* era favorecido por el tráfico viajero, como por ejemplo, desde Brundisium a Corinto, y también entre la metrópolis a Hispania. Génesis de un tráfico activo en extremo entre Ostia y Tarraco, travesía en la que normalmente debieron invertirse más de los siete días, que tardó Plinio el viejo, y que lo indica hablando por propia experiencia.

Pese a la radical limpieza llevada a cabo por Pompeyo, persistió durante bastante tiempo el peligro de los piratas, acrecentando la peripecia inherente a toda la navegación del período, como hubo de comprobarlo Julio César al caer en manos bucaneras en un viaje por mar a Grecia, turístico por cierto y a mayor abundamiento, teniendo que abonar fuerte rescate para recuperar su libertad de acción. Otro factor negativo, de carácter permanente por periódico, el interrumpirse la navegación por el *Mare Nostrum* de octubre a marzo, la época del *mare clausum*, a la espera de días mejores y más prolongados, sobre todo.

Señalado acontecimiento también anual el reinicio de la actividad marítima inserto con firmeza en el regimentado ritual de la vida pública romana. Entre los signos que anunciaban la puntual llegada de la primavera, Horacio, en la Oda 4 del libro I, incluye en su enumeración a «las naves que bajan al mar resbalando sobre rodillos». Es probable que al redactar su verso el poeta tuviera *in mente* la visión familiar del bello ceremonial de la fiesta de Isis, patrona de los navegantes, e inventora de la vela, que tenía lugar cada 5 de marzo. Día en el que la población de casi todos los pueblos costeros del Imperio seguía a los sacerdotes y devotos de la popular diosa egipcia en solemne procesión al puerto o litoral, arrastrando un carro portador de un bote de vela en miniatura, cargado de es-

(1) Jérôme Carcopino. «Fecha y sentido del viaje de Rutilio Namaciano». («Contactos entre la historia y la literatura romanas». Espasa-Calpe, 1965).

pecias y pintado a la manera egipcia, de donde provino la costumbre; el *Isis Navigium*, simbólicamente ofrendado al mar entre el alborozo de la gente marinera (1).

Uno de los textos en el que de manera sucinta constan interesantes datos sobre la navegación romana, y de los azares que para el viajero comportó, son los dos últimos capítulos de «Los Hechos de los Apóstoles», dedicados al relato de la accidentada travesía de San Pablo, desde Cesárea, en la costa palestina entre San Juan de Acre o Jaffa, hasta Putteoli (Nápoles), con una invernada no programada en Malta, impuesta por la prudente costumbre de arriar velas, y mantenerlas al paio en puerto abrigado, durante los meses invernales.

Más acusadamente turístico que el viaje del Apóstol (San Pablo fue transportado a Roma como prisionero político malográndole su proyecto de evangelizar Hispania) las excursiones fluviales, a veces de larga duración. Modalidad acerca de la cual nos ha llegado una fascinante descripción, impresionista y divagatoria, suscrita por Decimus un político, abogado y retórico de Burdeos, Magnus Ausonius (309-395), en su poema *De navigio suo* o *El Mosela*, en el que en melifluos exámetros narra la deliciosa gira acuática que realizó, a contracorrientes de las aguas, por el Rin y el Mosela, desde Bingen, a orillas del Rin, hasta Tréveris. También se le debe al cristianizado autor la obrita *Ordo Nobilium Urbium*, que pretende ser, y hasta cierto punto lo consigue, un prontuario descriptivo de las más importantes ciudades que conoció en su intensa vida viajera.

(1) En «El Asno de Oro», de Apuleyo, consta una espléndida reseña del festival, ubicada en Corinto y fechada en tiempos de Marco Aurelio. Sin entrar en la valoración de las posibilidades turísticas que pudiera ofrecer tan jubiloso acontecimiento, la fecha en que tenía lugar ha dado suficiente pie a algunos investigadores para situar en el desfile anual del *carrus navalis* los discutidísimos orígenes del Carnaval.

## Duración de los viajes

Tiempos los imperiales en los que cuando fue menester pudo viajar con celeridad extraordinaria, circunstancia de suyo poco turística, pero digna siempre de ser constatada como exponente de una posibilidad. En materia de *records* viajeros, tal vez pudiera aspirar a la cinta azul uno vertiginoso en extremo llevado a cabo el fatídico año 68 de nuestra era, que, como nuestro republicano 1873, y por similares razones, distinguen los historiadores como el año de los tres emperadores.

Inició la serie el fallecimiento del primero del trío, Nerón, al decidir las legiones acuarteladas en el Castro Pretorio de la capital cancelar el sistema hereditario de sucesión al solio imperial, introduciendo un método más expeditivo, consistente en poner y quitar emperadores a golpe de sable, por su pretoriana cuenta y razón. Los soldados inauguraron una modalidad, no del todo nueva en el pasado, por medio de un «pronunciamiento» en toda regla, que terminó con la vida del desnivelado histrión y de su precaria dinastía, entronizando en su lugar a Galba, *legatus Augustus* de la Citerior, un generalote setentón, competente y bonachón, fundador de la *Legio VII, Gemina*, y de casual rebote, y sin siquiera enterarse, de nuestra ciudad de León.

Mientras por los alrededores de Roma terminaba Nerón su corta existencia, Galba se encontraba al frente de la Legión VI, la *Victrix*, residiendo en su cuartel general de Clunia Sulpicia, un montón de ruinas semiolvidadas en un pelado y empinado cerro sobre el Duero, al Sur de la provincia de Burgos, hallándose hoy sus maltrechos restos en proceso de ser excavados por la Universidad de Valladolid. La autoridad de Plutarco refrenda el hecho de que tras el suicidio forzado de Nerón, el liberto Icelus salió disparado a comunicar a su antiguo amo Galba la noticia de su alta designación, realizando el raudo correveidile el viaje de Roma a Clunia en el increíble tiempo de siete días, velocidad

que hasta bien entrado el siglo XIX ni con mucho volvería a ser alcanzada.

Tuvieron que soplar vientos forzosamente favorables y muy robustos los brazos que impulsaron los remos que empujaron al navío en el que Icelus navegó de Ostia a Cartagena, ignorándose los caballos de la posta revertidos para llegar finalmente a Clunia. A una velocidad total de 16 kilómetros hora, por mar y tierra, según cálculo de un erudito amante apasionado de la precisión, que tuvo la curiosidad de dividir la distancia entre las dos ciudades por el número de días —con sus noches invertidos en recorrerla.

Aunque de más modestas magnitudes, otro viaje raudo si los hubo el de Tiberio Nerón, hijo de Tiberio y tío de Nerón, utilizando indudablemente el *velox cursus* de la posta imperial, para salir de Ticinium para reunirse con su hermano Drusus que agonizaba en Alemania, recorriendo 600 kilómetros en día y medio, tan sólo repostando tres veces en las *mansiones* del camino.

Aunque inferior en espectacularidad, nada excesivos los 23 días invertidos por Julio César para costeando por la orilla norte del Mediterráneo trasladarse desde Roma a Cartagena, para engrosar su cosecha de laureles triunfando en Munda, en los olivares de los alrededores de Córdoba. Especialmente de tener en cuenta que el gran estadista y eximio estratega navegaba acaudillando un considerable ejército con toda su impementa. Pérdida irreparable para la literatura latina la del poema *Iter* (o el viaje), citado, entre otros, por Suetonio (*Vita doudecim Caesarum*), en cuya composición César entretuvo su travesía desde Ostia hasta la Hispania ulterior.

Casos significativos por lo excepcional rasgo aturístico por naturaleza. Otras menos llamativas referencias cronometran con mayor precisión la duración del viaje pacífico y normal. Por bonita y española, sirva de exponente la programación implícita de un viaje por nuestro país inserta en el último epigrama del libro X, de Marcial, redactado en Roma.

Al añorar el poeta el camino a recorrer por un ejemplar del libro acabado de concluir, enviado a su villa natal con su amigo Flacio, precisa:

«*Altam Bilbilin Salonem  
quinto forsitan essedo videbis...*»

El *quinto essedo* es la quinta etapa, o *mansio*, del servicio de la posta o *cursus* entre Tarraco y Toletum, y la alta Bilbilis (hoy Calatayud y en terreno bajo) sobre el cerro de la Bambola, sobre la ribera del río Salon, hoy Jalón. Pese a la ambigüedad del *forsitan*, los versos transcritos suministran suficientes elementos de juicio para hacernos saber las cinco etapas diurnas de viaje en posta, para trasladarse de Tarragona a Calatayud. A una media de unos 60 kilómetros diarios: milla más o menos, la distancia recorrida en una jornada de viaje ordinario y sin premuras.

### Modos y modas viajeras

Consecuencia obligada en una sociedad exacerbadamente clasista y formalista como la romana que el estilo de viajar de cada cual, constituyera un signo externo más, exponente del rango ocupado por cada quisque en el escalafón jerárquico. Reduciendo un tráfico heterogéneo por naturaleza, a casos extremos, por ello dotados de especial notoriedad, es costumbre tomar como punto de referencia, o de expresión típica del viaje turístico del romano al colosalismo de los desplazamientos de los césares. Suele en este sentido escogerse como ejemplar los supuestos mil vehículos, y las mulas con los cascotes revestidos de plata, que según Suetonio arrastraba tras de sí Nerón en el curso de sus viajes. Otorgando crédito inmerecido a noticias de tan infiable e hiperbólico historiador, quien es posible se arriesgara a tomar literalmente especies, como cierto pasaje en carta de Petronio a Marco Valerio, en la que el *dandy* entre los *dandies* relató en su habitual estilo el inicio del viaje de Nerón a Grecia:

«Como sabes, partimos de Roma cuando hacia un tiempo lo bastante malo para enfriar el entusiasmo de cualquiera. Nunca pensé nos acompañara tan extraordinaria comitiva. Tu sabes que nuestro divino (Nerón) nunca viaja con menos de mil carros de impedimenta: pero esta vez el séquito que nos esperaba, cerca de Praneste, era suficiente para una expedición a la India».

El moderno lector se halla en mejor posición que la erudición chismográfica del pasado para discernir que los guarismos de Petronio, ostensiblemente inflacionados con ánimo caricaturizante, son ingredientes usuales en el humorismo del autor del «Satiricón»; en oposición a más fiables evidencias expresivas de que los viajes imperiales, aunque aparatosos, movilizaron más moderadas impedimentas. A la luz de mejores testimonios los viajes imperiales se realizaron a menudo con escaso relumbrón. Gracias a la minucia informativa del anecdótico Suetonio, sabemos que Augusto, quien imperó en una fase de precalentamiento o de lanzamiento del turismo hacia el exterior, prefirió desplazarse con parsimonia, de acuerdo con su temperamento y precaria salud:

«Viajó en litera —precisa Suetonio— casi siempre de noche y con lentitud, a pequeñas etapas, invirtiendo dos días para ir a Praneste o a Tibur: de poder realizar un trayecto por mar, prefería este modo de transporte».

Detonante en este orden de cosas el contraste entre la dinastía Antonina con la que inició el Imperio. Con la excepción de Augusto y Claudio, implicados en empresas militares de conquista que *velis nolis* reclamaron su cesárea presencia a retaguardia de las legiones, y en la salvedad de Nerón, en su memorable *tournee* semicircense por Grecia, raro el dinaster de las primeras ternas imperiales que por puro capricho se atrevió a poner sus pies fuera de suelo italiano.

Con la dinastía Antonina se abrió una era, no de grandes creaciones en el campo del arte ni de conquistas, pero apta sobremano para el descanso, para volver la vista atrás y saborear de modo epicúreo y hedonista lo mucho conseguido. Insuperables condiciones

para que bastantes tatarabuelos de los italianos de hoy comenzaran a resultarles su Italia demasiado cotidiana y familiar, gustando del placer de ausentarse de ella por algún tiempo.

Desde Trajano, el de Itálica, un *miles gloriosus*, amante de los buenos vinos y de construcciones, más que esplendorosas, eficaces, robustas y perdurables, como la dinastía que fundó, hasta Marco Aurelio, a cuya estirpe anda la moderna investigación buscándole orígenes cordobeses, el Imperio prosperó mansamente regido por hombres en los que predominan los de hispana oriundez. No lo hicieron nada mal. Mantenido la casa en orden se procuraron de vigilar personalmente que las *limes* del Imperio permanecieran estables y consolidadas. Política de que rebote originó un clima social propicio en grado sumo al viaje de placer, epitomizado en la persona de Adriano, más afín su estilo de viajar al de Augusto que al de Nerón.

Los incesantes desplazamientos de Adriano, por los más distantes lugares del Imperio, imprimieron su tono a la *Aetatis Aurea* del turismo romano, haciéndole merecedor de Tertuliano el epíteto de *omnium curiositatum explorator*. A este respecto resulta pertinente costatar que las andanzas del emperador hispano no produjeron en la metrópolis sobresalto político alguno, pese a pasarse más de la mitad de los veintiún años de su reinado deambulando fuera de la península, probando de modo concluyente las excursiones al exterior de aquel déspota ilustrado y andariego la madurez alcanzada por la maquinaria administrativa imperial: las ausencias del amo en nada obstaculizaron a la relojería burocrática seguir moviendo en Roma sus ruedecillas, suavemente y con mayor eficacia que nunca.

Por su longitud itineraria sobresale el perfectamente documentado *tour* de cinco años ininterrumpidos realizado por Adriano del 121 al 126. Comenzó por las fronteras del Danubio y del Rhin, desembarcando en Britannia, donde supervisó las obras del *vallum Hadriani*, de 110 kilómetros de muralla de

mar a mar que ordenó construir: una curiosidad turística que con el nombre de *Hadrian's Wall*, es hoy una de las ruinas más importantes y cuidadas de Inglaterra.

Atravesó después las Galias, de Norte a Sur, para descender a su Hispania natal y dedicar al reposo un invierno entero al borde del mar en la dulce y soleada Tarraco, donde en ocasión de visitar las canteras del Medol estuvieron en un tris de terminar sus días y sus viajes bajo el puñal de un demente. El incidente no pasó del susto, y luego, de un tirón, y sano y salvo, pudo llegarse hasta el Asia Menor, pasando por la Mauritania y la Libia romanas, para rendir etapa en su añorada Atenas, con una prolongada estancia, satisfaciendo durante el viaje de regreso un deseo, ya en su tiempo, y entre su clase, no demasiado original: contemplar el amanecer desde la cúspide del Aetna. En una obra magistral dice de este *tour* una de las mejores biografías del emperador:

«*La politique, en apparence du moins, n'eut aucune part dans ce voyage: Ce fut une excursion de plaisir et d'étude*» (1).

Del año 129 al 134 Adriano se los pasa en movimiento continuo. Empieza con su idolatrada Atenas, y desde allí se dirige al Líbano, y a la alucinante Petra, capital de los nabateos, y seguidamente a Jerusalén. Se dirige por último a Egipto, llegando Nilo arriba hasta la isla de Philé, en la primera catarata, a más de 1.200 kilómetros de Alejandría.

Los prolongados *tours* del emperador andaluz sirvieron para ilustrar, de modo arquetípico, las enormes posibilidades turísticas ante el romano de su tiempo, potenciadas por el ejemplo dado a sus súbditos por el augusto viajero. Por más que los desplazamientos de Adriano no se distinguieran por su pompa ni el desmesurado volumen de sus séquitos, en absoluto constituyó el viaje del prócer el ideal. Mucho menos para gentes del talante

de Horacio, quien dedica una de sus sátiras a exponer los beneficios de no ser personaje de relieve, aduciendo razones de peso para demostrar las ventajas derivadas en sus viajes de un moderador *status* social:

«De ser persona importante, al ir al campo o de viaje, debería llevar un par de esclavos, pues no estaría bien viajar sólo. De ahí no hay más que un paso a verme obligado a sustentar muchos acemileros y caballos, y habríanme de seguir carrozas de cuatro ruedas. Ahora, si me da la gana, puedo irme hasta Tarento, caballero en mi pequeño mulo, aunque la grupa del animal vaya desollada por la albarda y sus lomos por el jinete. No como tú, *praetor* Tullio, que cuando vas a Tibur (a la vuelta de la esquina como aquel que dice), te critican porque no llevas tras de ti más que cinco criados con cántaros de vino e instrumentos de cocina» (2).

En otra de sus Sátiras (la V del libro I), facilita información supletoria sobre el tema relatando en vena jocosa el amenísimo viaje de doce días, realizado en la primavera del año 37, de Roma a Brundisium, en compañía de Virgilio y del acaudaladísimo Mecenas, su protector. Aunque Mecenas se dirigía a Brindisi, enviado por Augusto para negociar una reconciliación con Marco Antonio, y concertar una segunda prórroga del triunvirato, Horacio tiene el exquisito gusto de no aludir para nada a los motivos políticos del viaje, constituyendo la composición que lo narra una de las más preciadas joyas de la literatura turística de todos los tiempos, suministrando insustituibles datos para captar el espíritu y formas del viaje turístico de su época. De su poema se deduce la ausencia del elemento de aventura en el viaje romano y que tan pronto se abandonaban las vías más transitadas, hasta los más conspicuos personajes hubieron de sufrir incomodidades y dificultades sin cuento, al divagar fuera del radio de acción de su influencia.

Imposible en pueblo ritualista hasta el tuétano como el romano dejar al *iter*, al «viaje», exento de formalismos presentes en todo acto de alguna importancia en su vida de relación.

(1) Marguerite Yourcenar. *Mémoires d'Hadrien*. (París, 1951).

(2) Q. Horacio. «Sátiras». (Libro I. Sat. VI).

En conexión con la consulta a los augures y *aruspices*, y de otros tanteos a los hados, propios de unos seres eminentemente supersticiosos, importante la llamada *coena viatica*, que formó parte integrante de los preparativos de todo desplazamiento de larga duración. Interesante el vínculo del *viaticum*, provisión de vituallas, dinero e impedimenta caminera, por no ser ni más ni menos que la raíz etimológica y semántica del vocablo viaje en varias lenguas europeas. En cuanto a la *coena* en cuestión, más que un festín, una ceremonia protocolaria, entre parientes y amigos, cumplida por quienes al amanecer, y después de los postres, habían de emprender el *iter*, echándose al camino. No sin antes otorgar *testamentum*, precaución raramente omitida y olvidada por todo patricio a punto de abandonar suelo itálico.

Al igual que en provincias, donde también se acostumbraba realizar ante el ara de alguna divinidad el rito de la ofrenda votiva *pro itu et reditu*: para la ejecución de un buen viaje con un retorno feliz. Magnífico el ejemplar de esta clase de ex voto el expuesto en el Museo Arqueológico de la Alcazaba malagueña, plasmado en el colosal pie de mármol, del siglo III, calzado de bota ferrada.

### Artesanía turística

Como sucede en nuestros tiempos, en el pasado romano no dejaron de surgir al paso reiterado del turista pequeñas industrias y comercios, dedicados a satisfacer ese curioso y ancestral impulso adquisitivo que experimentan los viajeros de hacerse con objetos de recuerdo, preferentemente de manufactura local, en los lugares en que se encuentran de visita. Los vasos-mapa en plata maciza, elaborados en Cádiz, y arrojados como ex votos en las aguas termales de Vacarello, sustancian el aserto, y de modo más convincente la extraordinaria abundancia de cáteras y vasos de cerámica griega, descubiertos en multitud de villas romanas, de no mucha calidad,

pero decorados con temas mitológicos, relacionados con los lugares en que fueron adquiridos.

Tanto en el encuadre turístico como en el artesano encajan a la perfección los millares de copias en mármol de originales de estatuaria en bronce heleno, que se fabricaban en Atenas, y que la especie más selecta de visitantes de Grecia se las llevaban a Roma como *souvenirs* (1). La nomenclatura de la época, y con su tanto de zumba, denominó a estos turistas *philokaloi*. Sin faltar quien con absoluta seriedad, y sobra de razones, adscriba a aquellos turistas una benemérita función en los dominios del arte:

«Al gusto refinado y erudito de estos *philokaloi* —escribe el profesor García Bellido— debemos la conservación de la casi totalidad de los modelos de los grandes escultores griegos, que en múltiples copias han llegado a nosotros. Gracias a ellos, sólo de la «Venus Púdica» de Praxiteles, conservamos unas quinientas copias de buena calidad».

La razón estriba en que el bronce, como es sabido, y no lo ignoraron generaciones posteriores mucho menos sensibles a la estética, a diferencia del mármol, es fácilmente fungible y utilizable para la confección de armas y cachivaches útiles para la subsistencia, circunstancia responsable de que sean tan pocos los ejemplares de auténtica estatuaria griega de calidad que como los caballos de bronce de la basilica de San Marcos han llegado hasta nuestros tiempos.

(1) En su brillante estudio de la economía ateniense bajo la dominación romana, el profesor Day suministra importantes datos sobre esta nobilísima industria, la única importante que sobrevivió en la depauperada Atenas, señalando que su clientela principal fueron «los ricos visitantes y estudiantes que acudían a la ciudad en gran número». Añade también que cuando un artesano ateniense fabricaba una estatua para la exportación, se preocupaba de esculpir su nombre, no en el pedestal, sino en la propia estatua, añadiendo el gentilicio romanizado *athenaios*, debido a que una estatua firmada por un genuino escultor ateniense, incrementaba el precio que la obra adquiría en el mercado romano. John Day. *An Economic History of Athens under Roman Domination*. (Columbia University Press, 1942).

Pueden, asimismo, considerarse, al menos de manera parcial, como típico y excelso producto de artesanía turística, las estatuillas en *terra-cotta* denominadas genéricamente *tanagras* por fabricarse originalmente en la villa de Tanagra, en la Boecia, no muy lejos de Atenas. Producidos en serie, a base de moldes, y luego pintados a mano, estos deliciosos *bibelots* no fueron en rigor obra de artistas, sino de artesanos. Debieron ser muy baratos, además de portátiles, y su presencia en las vitrinas de casi todos los museos arqueológicos del mundo proviene de que raramente han dejado de hallarse doquier residieran romanos. Nunca de tema religioso, predominan las figuras femeninas, sentadas o de pie, pero casi siempre caprichosamente vestidas, a menudo con atuendo viajero, tocadas con puntiagudo sombrero de anchas alas y un abanico en la mano. En tan grata compañía suele figurar Eros, dios del Amor; pero en su versión de angelito alado y mofletudo, forma que sólo al dejar Grecia de ser realmente Grecia hizo su aparición.

Uno de los rasgos integrantes de la sorprendente modernidad que se descubren indagando por las formas adoptadas por el turismo romano es el tanto de picaresca surgido en algunos puntos por el negocio de *mementum* o de *souvenirs*. En términos irónicos y un tanto exagerados, quizá, alude un publicista alemán al mercado organizado a costa de los turistas en los que fueron campos de batalla de *Acquae Sextias* o de *Cannas*:

«En los tiempos del Imperio, los romanos afluían allí a bandadas, y previa la correspondiente propina, podían entrar en posesión de un «valioso recuerdo», quizá una punta de lanza o de flecha, y hasta de una espada rota. Con las armas halladas en estos campos de batalla, y que fueron vendidas en el transcurso del tiempo, hubiera habido bastante para equipar a un ejército de millones de hombres. Según referencias llegadas hasta nosotros, otro tanto ocurría en los que fueron campos de batalla áticos o púnicos. Realmente, si nos detenemos a reflexionar en este aspecto de la explotación del viajero, vemos que la Humanidad no ha aprendido nada a lo largo de los siglos» (1).

(1) Pieter Coll. «Esto ya existió en la antigüedad». (Ed. Aymá. Barcelona, 1964).

En efecto; y dejando en paz a mucho del damasquinado más eibarrés y menorquino que toledano, comprado por el turista en nuestra imperial ciudad, basta leerles a Lord Byron, Southey y Walter Scott, acerca de sus visitas a Waterloo, para comprobar la repetición de una vieja historia de tantas. Viéndoles recorrer el famoso campo de batalla, mezclados con las oleadas de turistas británicos adquiriendo como descosidos, no sólo bayonetas, gorros y botones de los soldados muertos no hacía mucho en aquellas praderas, sino una heterogénea serie de objetos de uso personal, asegurándoles los vendedores haber pertenecido los más caros a Napoleón y a sus derrotados mariscales, y los baratos a soldados desconocidos.

Importantes en Alejandría las ventas al detall de papiros, de lienzos de calidad, escarabeos, todavía auténticos, cocodrilos momificados, vasos de iridiscente vidrio, y otros de esmalte verdoso, por citar tan sólo productos de universal aceptación. En cambio, mercantilmente ortodoxo el contexto en que tuvo lugar el voluminoso negocio de *souvenirs* sacros, modalidad que alcanzó notable auge en determinados puntos orientales del mundo romano, concurridos por peregrinaciones para-turísticas. De modo prominente las que tanto contribuyeron a la prosperidad de la populosa y entonces portuaria Efeso, en el Asia Menor, sede, como es bien sabido, de una de «las siete maravillas del mundo antiguo», cifrada en su espléndido santuario (y principal banco de la ciudad): el templo de Artemis, en tiempos romanos, el mayor y más lujoso de toda la Hélade.

En su *Naturalis Historiae* (XXXVI), Plinio el viejo alude encomiásticamente a sus *graecae magnificintae*, «lleno de esculturas, de Praxiteles casi todas», deduciéndose no fue la dimensión religiosa del monumento lo que incitó a visitarlo a numerosos compatriotas suyos. Por su parte, Pausanias, que escribió para turistas romanos, al registrar en su «Guía de Grecia», la popularidad gozada por Efeso en la lejana Messenia, enumera los

incentivos para su visita jerarquizándolos en un orden significativo: «Tres cosas han contribuido a su fama: el tamaño de su santuario, que sobrepasa a cualquier otra construcción humana, el floreciente estado de la ciudad y la notable primacía en ella de la diosa».

Por ser la Efeso romana, frecuentadísima escala de peregrinaciones, especialmente en el mes de mayo, dedicado en su integridad a fenomenales festivales en honor de la *venetratrix Efesum virgo*, que dice el riojano Prudencio, en esos días la ciudad se transformaba en una de esas cuya vida urbana se consume como una lámpara votiva, constantemente encendida en loor a la divinidad a la que en no pequeña parte deben su existencia y notoriedad. Aproximadamente, lo que desde orígenes y hasta provincializarle los romanos su jerarquía fue Atenas. La ciudad de Athenais, o de Parthenos, literalmente «la virgen», como familiarmente denominó el «demos» a la inteligente hija de Zeus todopoderoso, entronizada en el Partenón. Valga de ejemplo comparativo lo que son hoy Lourdes, Fátima y Loreto, y en lo que apurando las cosas se convertía cada octubre, hasta no hace tanto, nuestra Zaragoza, por obra y gracia del inconmensurable fervor baturro por su Pilarica.

No cabe duda de que la vida pública, fama y bienestar de Efeso descansaban en las multitudinarias visitas al templo de Artemis, originándose un complejo económico, que como indefectiblemente lo hace en ciudades eminentemente turísticas, terminó por generar otro, y bien serio, en la mentalidad colectiva de sus habitantes. Exteriorizado a través de una agudísima hipersensibilidad respecto a cuanta actividad o actitud en la que detectarían intenciones de menoscabar o desprestigiar, ante el forastero, la buena fama del máximo atractivo local.

### Autodefensa artesana

Pristina y solvente a carta cabal la fuente de donde proviene la noticia de ser las ex-

puestas las condiciones prevalentes en el siglo I en la Efeso romana, al venir del cálamo de San Lucas evangelista, en su *Praxeis Apostolon* («Hechos». XIX. 24-40).

Entre los amables atributos del escueto estilo literario de los «Hechos de los Apóstoles» figura la precisión telegráfica con que lo compuso San Lucas (Lucanus), ciudadano romano de Antioquía, médico de profesión, evangelista por prescripción divina, y en relación con su obra, testigo presencial de algunos de los «hechos» de San Pablo que con tanta admiración relata: insuperables condiciones todas ellas para transmitimos con la viveza con que lo hizo los detalles de un curioso incidente local, ocurrido en Efeso un buen día del año 53.

Encomiable la corrección con que San Lucas denomina a la patrona de la ciudad, *megale e Artemis Ephesion*, es decir, la gran Artemis de los efesios, una divinidad oriental, de acuerdo con su origen y con el apretado racimo de pechos apezonados que la cubren desde la cepa del cuello a la cintura. En consecuencia, una diosa hierática y obesa, sin nada en común con la ágil e intrépida Artemisa de los griegos, excepto la identidad de nombre, y ni siquiera eso con la Diana deportista y minifaldera de los romanos, aunque sea esta última, a pesar de todo lo dicho, con la que por lo general, sigan identificando a la diosa Efeso algunos manuales de historia de arte y nuestros Nuevos Testamentos.

De todas formas, la metrópolis elegida por San Pablo para desarrollar intensa labor evangélica, por cierto bendecida con éxito fenomenal, probado por el reguero de conversos al cristianismo captados por su ardiente palabra entre los residentes de la ciudad: tanto entre judíos como entre gentiles, griegos éstos en su mayoría. Justamente, cuando al final de tres años de proselitismo, disponíase el Apóstol a reemprender camino hacia otras paganas latitudes, estalló en Efeso, y con violenta furia, y como una traca hostil de despedida, el efecto del choque de su celo evangélico con

los bolsillos de los mercaderes del templo, redactando San Lucas, con precisiones y sentido de la actualidad de un buen reportaje, el tiberio que con este motivo se organizó: lo que permite al moderno lector discernir la enorme importancia adquirida por el turismo en la vida de Efeso.

Despréndese de su información, como caracteriza a toda meca de peregrinaciones multitudinaria, el esplendoroso desarrollo en Efeso de una pujante industria de artesanía turística (o paraturística si se prefiere, al haber una diosa de por medio—) dedicada a la manufactura y venta de *naous*, o pequeñas reproducciones de Artemis y su templo, confeccionadas con los más diversos materiales, que los visitantes adquirirían y se llevaban como recuerdo, —o credencial— de su visita a la ciudad. Puede relacionarse la gran acogida de las *naous* hechas de plata que el episodio narrado por San Lucas lo iniciara Demetrios, el *argirokomos* o presidente del sindicato local de plateros, quien convocó a comicio a los artesanos y comerciantes directamente relacionados con la industria, para exponerles la gravedad de la situación. Sería amenaza para sus intereses expuesta por Demetrios a los afiliados al sindicato con exquisita claridad y concisión:

«Compañeros —les dijo el jerarca sindical— sabéis que nos ganamos el pan con este arte. También habéis visto a ese Paulo que anda por Epheso tratando de persuadir a nuestros clientes que no son diosas lo que hacemos con nuestras manos. Así pues, nos las habemos no sólo con el riesgo de que nos estropeen el negocio, sino que a la vez la gran Artemis pierda su prestigio y se destruya la popularidad de que goza en Asia y en el resto del mundo». («Hechos» Cap. XIX 25-27).

Arenca de efecto fulminante. Sus palabras tocaron nervio. La bolsa de los comerciantes de la ciudad, cuyo condumio dependía del volumen de las visitas turísticas, plateros y vendedores abandonaron la reunión sindical dando alaridos por las calles de la ciudad, y tras apresar a dos discípulos del Apóstol que se cruzaron en su camino, provistos de tan atrayente cebo, consiguieron reclutar una

muchedumbre de papanatas, que en vociferante manifestación callejera les siguió al bello teatro de la ciudad, uno de los mayores del mundo grecoromano, conservado hasta nuestros días en aceptable estado de ruina.

La magnitud de la marimorena organizada con este motivo incita a San Lucas a salpimentar su relato con una irónica puntada sobre la psicología de las masas salidas de madre, al indicar que la mayoría de cuantos berreaban en el teatro no tenían ni la más remota idea del motivo que les congregó. No así San Pablo. Enterado de lo que por culpa suya estaba ocurriendo (y sordo hubiera tenido que ser para no percibirlo) decidió enfrentarse con la plebe para salvar a sus dos discípulos, logrando otros que estaban a su lado disuadirle de poner en práctica su noble arranque.

Difícil situación resuelta por un tal Alexandros, *grammateus* o secretario del municipio, superando a fuerza de labia y *savoir faire* la desventaja inicial que le deparaba en el confrontamiento su condición de judío, componente, por lo tanto, de una comunidad local sometida a serios impedimentos confessionales para sentir el más mínimo respeto por el rango divino atribuido a Artemis y a sus imágenes.

Únicamente a fuerza de derrochar talento dialéctico por arrobos pudo salirse Alexandros con la suya. Empezó dando la razón, a la plebe, método seguido por las personas inteligentes para quitársela a quienes no la tienen. Utilizó con éxito el mismo procedimiento que según el «Julio César» de Shakespeare, esgrimió Marco Antonio, en el discurso que espetó a la canalla romana de pie junto al cadáver caliente del César recién asesinado.

Alexandros, por medio de una ristra de sútiles distingos, mayormente legales, recogidos por San Lucas en esencia, pero que de seguro resbalaron por los excitados caletres de la chusma a quien iban dirigidos, el caso es que consiguió que rompieran filas, soltaran a

sus dos prisioneros, abandonara mansamente el teatro, y se reintegraran a sus casas y ocupaciones: coyuntura aprovechada por San Pablo para abandonar discretamente Efeso, y proseguir su evangelización por menos levántiscos parajes. Y Efeso prosiguió celebrando sus Artemisias, concurridas por gran número de romanos.

### Guías turísticas

En materia de guías, y aludiendo primeramente a su versión libresca, parecen de existencia relativamente tardía, suplidas en el interin por informes extraídos de textos de geógrafos y de periegetas. Referidas a Roma capital, abundan indicios para suponer que de fines del siglo II en adelante circularon textos catalogando y puede que describiendo el patrimonio monumental de la *Urbs*. A esta rama de la información del forastero deben pertenecer los documentos publicados en 1871, bajo el título *Curiosum Urbis Romae* y *Notitiae de Regionibus*, a juicio de Homo (1), una especie de *guides officiaux*, con bastantes probabilidades de tratarse de dos versiones de un mismo texto, hasta ahora incógnito. Posiblemente, el «Inventario» de Septimio Severo, ya que la relación de monumentos y lugares de nota, reseñados en los textos arriba mencionados, corresponde a la Roma regida por aquel emperador.

En cuanto a las guías referidas al turismo propiamente dicho, o sea, al extrapeninsular, parece ser que no escasearon, tanto más por la fecha que señala un moderno tratadista belga, al establecer una causa y su efecto:

«Es sobre todo en el siglo II, bajo Adriano, cuando los romanos empiezan a viajar más. Para ellos se crea un nuevo género literario: las guías de viaje» (2).

(1) Léo Homo. *Rome Impériale et l'urbanisme dans l'antiquité*. (Albin Michel. Paris, 1951).

(2) Edgar de Bruyne. «Historia de la Estética». Tomo I. Pág. 335. (Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 1963).

Lógico predominarán las referidas a Grecia y al Próximo Oriente, a menudo helenístico, destacando con mucho, por supervivir a textos por naturaleza perecederos, la *Ellades Periegesos* o *Descriptio Graeciae*, de Pausanias, muy socorrida en el pasado y también, y como habrá sido obvio, en la elaboración del trabajo presente. Compuesta en la segunda mitad del siglo II, de cara al turista romano por un griego intensamente latinizado, por su estructura interna y nula vocación de estilo, la obra justifica el calificativo de *Baedeker ante litteram* que tantas veces se le aplica, confirmado por la plétora de información, frecuentemente trivial e indigesta, pero también por el esmero con que cataloga los monumentos, obras de arte y lugares de interés histórico, engarzándolos de forma racional en un sistema de *tours* radiales, partiendo de puntos focales atinadamente elegidos (3).

Avala la exactitud del aluvión de datos que a caño roto fluye de la guía de Pausanias, el que promociones enteras de arqueólogos se hayan servido en sus excavaciones con óptimo fruto de una obra aún hoy no desprovista de utilidad para el visitante exigente de Grecia. Aunque no sea más que para informarse del cúmulo de gloria artística que en tiempos mejores ornamentó muchos de los ruinosos amasijos que hoy ha de contemplar.

Tanto el viajero de ánimo curioso y esforzado, como el turista frívolo y comodón, pudieron encarrilar con provecho sus pasos por el mundo conocido y transitable recurriendo a Geografías como las de Strabón y Ptolomeo, todas ellas de carácter eminentemente descriptivo además de ameno. Por consiguiente, y de tener acceso a estas obras, bastóle al presunto turista prescindir de su aparato científico, nada denso por otra parte, para tener entre manos unos vademecum, aunque impersonales, por ser compilaciones

(3) Vide: Luis Lavaur. «Pausanias, una guía milenaria». («El Turismo en su Historia». Editur. Barcelona, 1974).

de textos y experiencias ajenas, pero bastante próximo a lo que hoy entendemos por libros de viajes. Y de un género resueltamente vulgarizador e informativo.

Vendíanse también mapas con el nombre de *Itineraria*, habiéndolos de dos clases; *Itineraria picta* e *Itineraria adnotata*, o *scripta* complementándose los unos a los otros. Itinerarios, como los famosos «Antoninos», conservados en la biblioteca de El Escorial, y los vasos apolinales, son modelo de *adnotatus*, aunque no de mapas en el sentido gráfico con que hoy son entendidos. Ejemplo de *pictus*, o mapa propiamente dicho, es la tabla Peutingeriana llamada así en razón del humanista de Augsburgo, Konrad Peutinger, que la poseyó y publicó en 1625. Consiste en doce bandas de pergamino enrollable, fáciles de manejar para su consulta, que se conservan en la Biblioteca Imperial de Viena. Desde un punto de vista rigurosamente cartográfico, estas tablas no son cosa del otro jueves dada la escasa atención que prestan al contorno real y accidentes geográficos del mundo conocido en el siglo IV de nuestra era; en cambio, es sorprendente la minuciosidad con que de manera gráfica consignan las distancias que separaban a unas ciudades de otras, así como los alojamientos y rutas que las enlazaban entre sí, constituyendo irreparable pérdida que no haya supervivido la parte correspondiente a Hispania.

Ya en la época de Augusto, el uso de mapas debió de ser bastante común, incluso entre civiles. Despréndese así de un conmovedor poema del ultrarromántico Propertio, en el que con su morosidad habitual escudriña los sentimientos de una muchacha que añora en Roma la ausencia de su amante que guerrea en Oriente contra los partos. El poeta describe a la acongojada joven:

«*Cogor et a tabula pictos ediscere mundos*»,

es decir, destilando una gota de consuelo para su soledad entretenida en emplazar en un mapa el rincón del mundo en que en aquel

preciso instante pudiera encontrarse el objeto de su amor.

Por lo menos en Roma, el plano turístico encontró la más egregia de las representaciones, a cargo de un descomunal plano en mármol de la ciudad, llamado por los arqueólogos *Forma Urbis*, emplazado a principios del III, y bien visible, en un muro exterior del *Templarum Sacrae Urbis*, construido por Vespasiano en el foro que llevó su nombre. Del siglo VI hasta hoy considerable parte del templo en el que se veneró la ciudad perdura dedicado a los santos Cosme y Damián, y fue en unas excavaciones realizadas en 1562 en esta iglesia donde aparecieron los primeros fragmentos del superplano, en el que figuraban, claramente representados, la estructura topográfica y edilicia de la ciudad, con indicación de sus principales monumentos.

De 1874 en adelante siguieron apareciendo trocitos del plano hasta superar hoy en día el millar. Más que suficiente para poder reconstruirse la mayor parte de aquella maravilla, en el «Campidoglio», y exhibirla ante la admiración del turista moderno adheridos sus restos a un gran muro en el jardín del museo «de los Conservadores».

### Guías turísticas

En investigaciones como la presente aporta útiles ayudas la localización de la figura del guía por suministrar su presencia la huella más fidedigna del paso contingentado de turistas en todo tiempo y lugar. De aquí la extrema importancia que reviste dilucidar si en la antigüedad existieron o no guías turísticos, por depender de la resolución de la incógnita nada menos que contar o no, ante la consideración del excéptico, la más definitiva e irrecusable prueba de la existencia de turismo en remotos parajes y ayer.

Quede al arbitrio del lector determinar el valor probatorio de algunas noticias disponibles sobre el particular. Las de la *Periegesis* de Pausanias, por ejemplo, así como otras

referencias dispersas en obras del mismo género, conocidas fragmentariamente tan sólo. Noticias que de modo terminante delatan la actuación en algunos lugares de Grecia de grupos de *exegetai*, pues exégetas, o explicadores, denominaron aptamente por el mundo helenístico a aquellos profesionales del enseñar al forastero que no supo y quiso saber.

En su «Guía de Grecia» Pausanias tropieza en repetidas ocasiones con el *epichorion exegetes*: autónomo o en enjambre, pero siempre a bocamina o a pie de obra —templos, monumentos, ruinas de subido interés mitológico o histórico— esperando la llegada de turistas, sin parecer presumible que su presencia en aquellos lugares, obedeciera, como vulgarmente se dice, por amor al arte. Más lógico suponer que se encontraban allí para ganarse la vida derrochando sapiencia y paciencia, psicología e imaginación, mientras explicaban a los visitantes los monumentos y su contenido.

De los informes obrantes se deduce que, entonces como hoy, *rara avis* el capaz de satisfacer a todos sus clientes, y mucho menos de tocarle lidiar con alguno de la alcurnia intelectual de Plutarco, otro griego archirromanizado, como Pausanias, que también viajó lo suyo. Cuenta que enojado por las garrullas peroratas de los *exegetai* de Delphos, dedicados a enseñar lo poco que quedaba en pie de las maravillas artísticas acumuladas en torno al célebre centro peregrino, el autor de las «Vidas Paralelas» estampó en su relato una observación de modernas resonancias, al advertir «cualquier pregunta interpolada en el terreno de sus explicaciones, los hace enmudecer en seco» (1).

Siempre asociado a lugares y monumentos de relevante interés aparece en algunos textos latinos el *Ductor Hospitum*, incapaz de admitir mejor traducción que la de guía del forastero. La figura aparece en el curso del pro-

ceso instruido por el Senado romano, en el -70, al rapaz pretor de Sicilia, Caius Licinius Verres, actuando de fiscal en la causa Cicerón. En el contexto de su demolidor alegato Cicerón aludió con precisión singular a cierto tipo de guías, en una población tan helenística como Siracusa, con estas palabras:

«*Iti qui hospites ad ea visenda sunt solent ducere et unumquidque ostendere, quos illi mystagogos vocant* (literalmente, explicadores de misterios), los cuales conducen a los viajeros o forasteros (*hospites*) ante todo lo que merecer ser visto, (*unumquidque ostendere*) mostrándoselo uno a uno» (2).

Ejerciendo, pues, un menester, a cuyos practicantes —e ironías de la vida— siglos más tarde denominaría «cicerones» la terminología de la industria del viaje.

### La «Lingua» y la «Moneta»

También se suscitaron por entonces y por entre la viajera grey, ciertos problemas de comunicación entre pueblos diversos, y las gentes que les visitaron, ajenos a los sistemas de transporte. Persistieron los de entendimiento mutuo, que en el orden turístico es cuestión que atañe a la lingüística. Y justamente en este área del conseguir ser entendido al hablar, es donde se registraron algunas fisuras en el seno de la compacta y arrolladora romanidad del Imperio.

Problema enconado debido a que como le ocurre al norteamericano, para el romano medio y andariego fue su lengua atributo cardinal encargado de mantener enhiesta y arrogante su personalidad, cuando en aras de su curiosidad arrojó los riesgos de asomarse al exterior. Por consiguiente, al romano sito por los suburbios de su ámbito lingüístico, se le cariacontecía la psique como los bronquios de un pez fuera del agua. Un tipo de angustia ejemplarizado por Ovidio, a orillas del mar Negro, distrayendo los diez años de exilio

(1) Plutarco. *De Pythiae Oraculis*. 1

(2) Cicerón. *Verrinae. Actio secundae*.

que le impuso Augusto, componiendo desgarradoras elegías. En un momento de lacerante depresión, el poeta, literato al fin, se autodiagnostica la entraña de su pena al lamentarse en una de sus «Tristes»:

«*Barbarus hic ego sum, quia non intelligo ulli,  
et rident stolidi verba Latina...*» (1).

De escasa monta en cambio los problemas lingüísticos con que en sus andanzas por no tan remotas provincias tropezó el romano. Como en parte le pasó al griego en sus momentos boyantes, y como en grado posiblemente superior le sucede hoy al anglosajón, el hecho de que cediendo el resto del mundo occidental al peso de una hegemonía manifiesta, más o menos a regañadientes aceptada, pero aceptada, se dedicara a aprender latín, le privó al romano el incentivo básico para la posesión de un moderado poliglotismo, saber que nunca estorba ni al viajero ni a la cultura a la que pertenece. Bien que para justificarse pudo aducir, y sin exageración alguna, pues tal era el poder del sextercio y la sombra de las legiones, que le bastó su latín para circular entendiéndose con la gente por cualquier lado del orbe por él frecuentado.

Al menos por su parte mayor, pues hubo lugares en los que el orgulloso *dictum*, *Ubi-cumque lingua romana, ibi Roma*, aunque exacto como metáfora, en la realidad tuvo más limitativo alcance. Quebrándose curiosamente la norma en parajes absolutamente bajo su *imperium*, como en Sicilia, el mundo helenístico, Alejandría y el Bajo Egipto incluidos. Por allí se invertían los papeles convirtiéndose paradójicamente el latín en *lingua peregrina*, que el griego, resabiado por naturaleza y siempre recalcitrante respecto a sus denominadores, tuvo especial cuidado en pretender ignorar. No otra la causa de ciertas anomalías observables en el itinerario del viaje realizado por Nerón a Grecia, como

todos sus actos, desabrochado y espectacular. La conducta del imperial viajero y extravagante soberano, se descarga en la ocasión de su habitual excentricidad atendidas las razones que Petronio, acompañando a su emperador, expone en carta confidencial a un amigo residente en Roma: «Debo decirte que Nerón ha tenido buen cuidado en omitir la visita a Atenas y a Esparta. Le asusta la rudeza de los espartanos no menos que el ingenio de los atenienses».

Es el caso que por helénicas latitudes y al encararse frontalmente con el griego en su propio terreno, al latín jurídico y legionario le flaqueaban las rodillas del vocabulario que era un primor. Por eso al turista rumbo a la patria de Platón, Aristóteles, Pausanias y Plutarco, le convino saber la mayor cantidad de griego que le fue hacedero. Pero no del homérico o platónico, aprendido de niño por el romano culto en la escuela, sino del *koiné*, asignatura incógnita en las aulas, pero que daba la casualidad de ser el habla con la que el heleno de entonces ahora se entendía con su vecino. Dificultad fácil de obviar en trances viajeros al existir la solución de alquilar en calidad de correo-intérprete los servicios de algún *graeculo* buscavidas, parásito y latinizado, de los que en Roma pudieron contratarse por tres al cuarto.

En contrapartida, en sus andanzas por Grecia y comarcas limítrofes, Alejandría incluida, el romano no tuvo problema alguno con su *moneta*, al tener a su alcance medios para reducir todos sus problemas crematísticos a expresiones mínimas. Como siempre sucede en el mundo del turismo, lo fundamental era disponer de dinero, o *denarius* en cantidad. Dado supuesto tal, no era menester ni aconsejable someter el talle al castigo de transportar monedas de oro y plata, ocultas en cinturones huecos de cuero, como hacían muchos, que de venir mal dadas perdían dinero y cinturón, cuando existía la posibilidad de recurrir a los servicios de los banqueros del Foro (*argentarii*), quienes a cambio de las cantidades que tomaban en de-

(1) «Extranjero soy en este lugar, pues nadie entiende lo que digo, y se ríen estúpidamente de mi habla latina». (O vidius. *Tristia*. V-10-37).

pósito, extendían giros (*praescriptiones*), contra sus corresponsales de ultrapuertos y de allende los mares. Lo que a más de uno permitió amasar cuantiosa fortuna, con cuidarse de perfeccionar su *savoir faire*, manteniendo alerta y al día la cotización de la *moneta* en todo lugar del Imperio.

El riquísimo Cicerón, que poco debió dejarse en el tintero al confeccionar el formidable acopio de su epistolario, refiere que a tan sencillo procedimiento recurrió al enviar a su hijo a estudiar en lo que *ante litteram* llamaríamos, como suele ser llamada, Universidad de Atenas. Gracias a la providencia de su padre, el joven no abandonó suelo patrio atosigado su *viatucum* por una pesada pila metálica de *pecunia*, como no hubiera tenido más remedio de realizar su viaje en la alta Edad Media, pongamos por caso. Sino como explica su padre, se libró de tamaño engorro con tan sólo portar una *praescriptio*, o letra de cambio, negociable en Atenas, extendida en Roma por quienes en el campo del viaje, y al flanco del comercio, negociaron con este ilustre y remoto precedente del *traveler's check*.

### Turismo femenino

Notable por su larga duración el tiempo que en la entraña del turismo romano actuó un factor disuasorio y discriminatorio, desprovisto además de galantería. Concretizado en una corriente de misoginia respecto al viaje, plasmada en la promulgación de cierta prohibición, que por muchos años, al menos legalmente privó a la ciudadana romana del placer de regalarle con una excursión fuera de los límites del territorio peninsular. La disposición, como es de suponer, entró en vigor durante la República, fase belicosa y austera en todos los sentidos, en la que circularon con suma parsimonia el dinero y las gentes en son de paz. Se comprende que en fechas tan tempranas, el viaje turístico se hubiera manifestado demasiado a redropelo

del espíritu de los tiempos. En consecuencia no es probable sorprendieran a muchas matronas infringiendo la *Lex Oppia de Luxu Feminarum* (-215), que entre otras restricciones prohibía taxativamente a la romana franquear las *limes* metropolitanas.

Más adelante, conforme se afianzan el Imperio y su economía, los vientos de la moda y de las costumbres cambian de cuadrante. Sin que la prosperidad derogue automáticamente la rigidez inherente a las disposiciones coercitivas, es hecho observable lo mucho que mitiga su aplicación la ausencia de agobios pecuniarios. Difícil imaginar más plausible explicación de la virulenta arenga antifeminista pronunciada el año 20 de nuestra Era en pleno Senado por Caecina Severus, que honrando su cognomen, o apellido, espetó a los senadores un discurso que puso a las mujeres viajeras como una toga en harapos. Pues por lo visto —y con referencia al mejor de los casos denunciados por el estricto senador— numerosas esposas de dignatarios y altos burócratas, como la mujer de Poncio Pilatos sin más lejos de Judea, transgredían limpiamente la vieja ley republicana al acompañar a sus maridos en sus remotos puntos de destino.

Es en el siglo II cuando se produce la gran emancipación femenina, y el progreso —una vez deportivamente admitido que lo fue— tuvo sus correspondientes repercusiones en el plano turístico, así como en sastrerías y peluquerías, pues por razones nada difíciles de precisar, rara la conmoción político-social, digna de tal nombre, sin considerables reflejos capilares e indumentarios. Caso en el que figura incurso por partida doble el propio emperador Adriano, un esteta de voluntad errática y vagabunda, y muy dado por ende, y naturaleza a innovaciones a quien pronto pudieran contemplar sus súbditos favoreciendo la insólita medida de dejar de rasurarse la barba. Más importante, por sentar un ejemplo más difícil de seguir, realizando su segundo *grand tour* hacia Atenas, pasando por Egipto, en compañía de su esposa, Vivia Sabina,

sobrina de Trajano. Mujer de hispana stirpe, como su marido, y tolerante hasta límites impresionantes de conceder la importancia que los historiadores romanos otorgan al hecho de que en la larga excursión realizada por la augusta pareja, no se separó del matrimonio el bellissimo Antinoo, cuyas mórbidas hechuras perpetúan en museos de medio mundo el sin fin de estatuas del agraciado joven mandadas esculpir a la temprana muerte de su favorito por el emperador Hadriano.

Del siglo III en adelante, y en consonancia con el gradual ablandamiento de las estructuras de la sociedad romana los perfiles del viaje turístico se desmaculinizan, y aunque nunca práctica del todo generalizada —podría añadirse que hasta la segunda mitad del XVIII— deja de ser insólita la presencia de la romana curiosa y pudiente por los más atrayentes y domesticados parajes del Imperio. Por ejemplo: Atenas, Corinto, Alejandría

y Cartago, y por muchos otros lugares de más cómodo acceso: como la región francesa que llamamos Provenza y los romanos *Provincia* a sècas.

Por más que los miembros femeninos de la familia imperial, jamás quedaron incursos en la prohibición de viajar acompañando a padres o esposos, carece de explicación suficiente que la cura de sol y distracción prescrita por su médico a Cornelia Salvia, esposa del emperador Galieno, no la efectuara en litorales itálicos, sino en una costa provenzal más tarde llamada Azul.

Lejos de las politiquerías de una *Urbs*, más insegura y menos atrayente cada vez, las alegres comadres de Roma insuflaron cierto efímero resurgir en la *dolce vita* provincial de un Imperio que fenecía. Último destello de una forma de viajar que se esfumaba para ceder el puesto a otra de radicalmente distinto espíritu.

## EPILOGUS

En el supuesto de precisar el turismo romano alguna forma de rehabilitación, muy bien pudiera venir a cuento un sobresaliente sucedido, producto de la dignificación social de la mujer acaecida al cristianizarse aquella sociedad. Consiste en que el más importante texto turístico del Bajo Imperio, figura redactado por una intrépida viajera, hispana de nación y religiosa de condición, inscribiéndose su recorrido de los Santos Lugares, y territorios aledaños, muy a fines del siglo IV, en un acontecimiento registrado en el ámbito del viaje en las postrimerías del Imperio: la peregrinación regular y sistematizada a Palestina.

### La «peregrinatio» cristiana

Puede decirse que el hecho se inició de resultas e inmediatamente después del asom-

broso descubrimiento en Jerusalén de la Vera Cruz, por la emperatriz Helena (326), en la cripta de un templo romano erigido a Venus por Adriano, próximo al lugar en el que la tradición fijaba el punto en que fue crucificado el Señor.

Producido el hallazgo —Invención lo denomina la Iglesia al conmemorarlo cada 3 de mayo— se registran una importante serie de acontecimientos en rápida sucesión. La vieja ciudad pierde su nombre de *Aelia Capitolina*, que le puso el emperador Adriano tras reconstruirla muy al estilo romano de la destrucción de Tito, y recupera su ancestral nombre de *Hyerolim*. Más importante. A una ciudad hasta entonces marginada por el viajero, afluyen grupos visitantes procedentes de diversos puntos de la cristiandad, para prosternarse ante el Santo Sepulcro.

*Loca Sancta*, los Santos Lugares, es el nuevo nombre de Palestina y da fe del impetu con que se inicia su visita que figure tan tempranamente fechado como es el año 333, el sucinto e informativo *Itinerarium a Burdigala Hyerusalem usque*, anteriormente mencionado en el epigrafe consonante con el carácter del texto. Un «vademecum» apto en grado sumo para ser utilizado en épocas cuya dureza imponía desplazarse con bagaje liviano, y presto el ánimo a pechar contra toda clase de contingencias. Un portable opusculo que en prosa, por esquelética y desgarrada, similar a la de un horario ferroviario, enumerando con precisión las etapas de una peregrinación de Burdeos a Jerusalén, al parecer *standard*, regresando a las Galias por Roma y Milán, custodias a su vez y ya de estupendas reliquias.

Medio siglo después tiene lugar la peregrinación de Egeria, constituyendo el relato de su excursión un precioso testimonio directo de los inicios del turismo romano-cristiano, que obediente al nuevo espíritu que informa a los pueblos del Imperio, evoluciona de modo natural hacia la forma de *peregrinatio*, esta vez genuinamente religiosa. El escrito de Egeria sirve de base para que algunos bibliógrafos nuestros confieran a su autora el honor de considerarla como la primera escritora española conocida, revistiendo acaso, y en la ocasión presente, superior pertinencia el hecho de que el fragmento de su obra llegada hasta nosotros identifique a su autora con la primera turista española de nombre documentalmente averdado.

### Egeria y su «peregrinatio»

Tan interesantes las incidencias del viaje de la peregrina como las circunstancias en las que el texto que lo narra surgió a la moderna curiosidad, al descubrirlo accidentalmente en 1884 el investigador Gamurrini, en ocasión de hallarse rastreándoles la pista a un puñadito de códices olvidados en un convento

de Arezzo. El título que puso a su hallazgo, al publicarlo cuatro años más tarde, *Sanctae Silvae Aquitanae peregrinatio ad Loca Sancta*, identificaba a la autora con Silvia, la santa hermana del escritor Rufino de Aquitania. Atribución nutrida por pura inferencia y sin soporte documental alguno, defecto del que adoleció la de Köhler, atribuyendo la maternidad del escrito nada menos que a Galla Placidia, hija del emperador Teodosio y esposa de Ataulfo, nuestro primer rey, a tenor de la nomenclatura clásica en los centros de primera enseñanza.

Conjeturas apuntando demasiado alto en la escala social. Demostrándolo así un convincente estudio publicado en 1903 por el sabio benedictino Dom Ferotin. Tras eliminar por simples imperativos cronológicos, ambas presunciones, y algunas otras más, estableció de forma inapelable la imposibilidad de no ser otra la elusiva viajera que Egeria, española y gallega por más señas.

Lo curioso es que la clave del enigma constaba bien a la vista, y en letra impresa, por figurar en obra tan consultada por historiadores como la «España Sagrada», del padre Flórez, en cuyo tomo XVI se transcribe cierta epístola dirigida el año 695 por San Valero *ad monachos Burdigenses*, a los monjes del Bierzo, en la que con emocionado pormenor parafrasea el santo relato de la monja, «que anduvo peregrinando por tierra y mar con el devoto afán de conocer los monumentos célebres de la cristiandad». Texto indudablemente conocido en su integridad por el anacoreta leonés.

Distinto desgraciadamente nuestro caso. No obstante, su regular extensión, el único códice conservado de la *Peregrinatio* —posteriormente aparece en Limoges mención de otro desaparecido expresivamente titulado *Itinerarium Egeriae abbatissae*— no es más que un fragmento de la obra, carente de su parte inicial que más nos podría interesar: la etapa desde Galicia a Palestina, pasando por Constantinopla y Egipto. La lectura del texto

disponible, aparte de informativa, pone muy de relieve, que además de incansable y fisgona (*ut sum satis curiosa*, afirma en más de una ocasión), Egeria se comportó en su viaje como una turista típica, en toda la extensión de la palabra.

### Otra fémína andariega

Turista, lo que se dice turista, no hay duda de que Egeria lo fue y en grado superlativo. De sobra lo certifican tres años de andanzas dedicados al curioso visiteo de los Santos Lugares y territorios comarcanos. Como sucede entre los miembros de la raza humana, asimismo múltiples a nivel personal las diferencias acusadas por los integrantes de la tipología viajera. Comparando a Egeria con Santa Teresa, ejemplo de monja literata que consumió media vida viajando, son tan de bulto las disparidades entre ambas religiosas hasta el punto de admitir una el calificativo de turista y simplemente el de viajera la mística doctora.

La abulense se desplazó a ritmo febril, como una gestoría ambulante, en pugna constante con burócratas eclesiásticos y seculares, ensimismada siempre en sus negocios y muchísimo más en su riquísima vida interior. A costa, claro está, de faltarle tiempo y humor para dedicar su piuma a reflejar el semblante del mundo externo, y hacernos así copartícipes del sinfin de lugares y paisajes (hispanos en exclusiva) que recorrió: y que tan genialmente los hubiera descrito de proponérselo.

Viajera y literariamente Egeria se sitúa en el polo antípoda. Sin traicionar el móvil religioso, goza extraviando su pluma por los aspectos accesorios de la peregrinación, redactando sus impresiones viajeras fuertemente proyectadas hacia el exterior. Se desplaza en grupo y por lo común en cabalgadura, y entramos itinerarios poco seguros —*loca suspecta*— cuenta con la escolta de los legionarios estacionados en las *mansio* de la posta

imperial: como en la etapa de Ramesses, una población en el delta del Nilo hace mucho desaparecida:

«Desde este punto despedimos ya a los soldados que nos habían prestado su protección en nombre de la autoridad romana mientras atravesábamos lugares peligrosos, pero entonces nos hallábamos en el *ager publicus* de Egipto, que atravesaba la ciudad de Arabia».

Se alojó en las *mansio* de la posta, (*faciens iter per singular mansiones*) donde las hubo, o bien en establecimientos como «el albergue que llaman Mansocrenas, al pie del monte Tauro», o en su defecto, en cenobios, sumamente abundantes por los parajes que recorrió, siendo deplorable la ausencia de las páginas relativas Belén, donde es fácil, hubo de disfrutar de la hospitalidad de San Jerónimo, que regía la hospedería peregrina que había instalado en la villa natal de Nuestro Señor.

Consta en su obra un pequeño detalle que la clasifica como buena turista. El llevar siempre una buena guía al alcance de la mano; como en el monte Horeb, donde «hicimos una oración muy fervorosa y se leyó precisamente aquel pasaje del libro de los Reyes, pues ante todo, siempre era mi deseo que dondequiera llegáramos se leyera el pasaje de la Biblia correspondiente al lugar».

### La primera escritora turística

Entre diversas cuestiones aún indescifradas de máxima entidad, en el ámbito de la erudición, el relato de Egeria plantea al lector no especializado una disyuntiva sin opción ni alternativa alguna. Una de dos. O se repudia, como inexistente, la vertiente turística de su peregrinación, lo que a nuestro juicio y vistos los testimonios repudiados por la propia imaginación es mucho repudiar, o no hay más remedio que conferir a la viajera una primacía más; el título de primera escritora turística de la que consta noticia, resolución mucho más galante y por ello bonita.

Es imposible negar que Egeria, como escritora, satisface plenamente los atributos exigibles a todo practicante del género. Por lo detallada y personal, expone su pericia en la especialidad su apasionante descripción de la Semana Santa en una Jerusalén netamente cristiana, centrada en torno a la veneración de la Vera Cruz, en su época, la motivación suprema, por no decir exclusiva, de la *peregrinatio* por excelencia, una reliquia custodiada —como gracias a ella lo sabemos— en la cripta de la basilica *Martyrium* construida en el Gólgota por el emperador Constantino, sobre el preciso lugar en que su santa madre descubrió la por mucho tiempo más preciada reliquia de la cristiandad.

En su reseña del Viernes Santo hierosimitano destaca por su emotiva simplicidad la ceremonia de la adoración colectiva del *Lignum Crucis*, al aire libre, y en el mismo Gólgota, ante la vigilante mirada del obispo de la ciudad:

«Siéntase el obispo *in cathedra* en una silla y ante él colocan una mesa cubierta por un lienzo, situándose en pie, y en torno a la mesa, los diáconos. Se trae un relicario de plata dorada en el que está el santo madero de la Cruz; se le abre y quedan expuestos sobre la mesa tanto el madero como el rótulo. El pueblo entero desfila, uno a uno, inclinándose ante la mesa, tocando primero con la frente y luego con los ojos, la cruz y el rótulo; besan la Cruz y pasan, pero nadie alarga la mano para tocarla» (1).

Hasta aquí la noticia podría haber sido suscrita, mirando al cielo, por cualquier fervoroso peregrino. En cambio, en tangencia total con el mundo de tejas abajo la información que la complementa:

«El obispo, sentado, oprime con sus manos el sagrado madero, mientras que los diáconos situados alrededor lo vigilan. Y lo guardan de esta manera porque cuentan, que en cierta ocasión, uno clavó los dientes y robó una astilla de la santa reliquia. Por eso ahora los diáconos la vigilan, no sea que alguno al pasar se atreva a hacer lo mismo».

Preciso convenir que el párrafo transcrito, sin perjuicio de la incuestionable devoción de

la redactora, delata temperamento y pupila de turista en la persona que lo escribió. Además de a conciencia, con los ojos bien abiertos Egeria recorrió el bajo Egipto, Palestina y el Asia Menor, determinando la zigzagueante trayectoria de su ruta cuanto lugar memorable y digno de nota yació a tiro de su insaciable curiosidad, sin dejar de visitar ni uno sólo, «dando gracias a Dios por permitirme ver cuanto deseo», como no cesa de reconocer con sencilla reiteración.

Para fortuna nuestra, y de la historia de la cultura, mucho fue lo que deseó ver aquella mujer y mejor aún que cuanto contempló, que debió ser considerable, lo anotara con entrañable y concisa plasticidad. Para arrobo y delicia de sus lejanas compañeras de convento, por más que para desgracia del moderno lector sepa a muy poco lo que de su escrito se conserva.

Entre las irreparables lagunas que maculan el único códice superviviente, son de deplorar las que nos privan de noticias sobre el semblante y monumentos de Jerusalén y de Constantinopla, así como referencia de su viaje desde Galicia al Oriente próximo. El único texto disponible comienza de sopetón con su llegada al Sinaí, para concluir en Constantinopla, «dando gracias a Cristo, nuestro Dios, porque se dignó a concederme tan gran favor como es el haberme dado, no sólo el deseo de viajar (*non solum voluntatem eundi, sed et facultatem perambulandi quae desiderabam*), sino la facultad de recorrer los lugares que deseaba»: palabras que pudieran servir de perfecta plegaria al buen turista, que, como Ulises, *a fait un beau voyage*.

En Constantinopla terminan su libro y los informes sobre su peregrinación. Pero no su viaje, al consignar de seguido el designio de ponerse de nuevo en camino para realizar un acto devoto, que algunos siglos más tarde, al descubrirse en Compostela los restos de Santiago Apóstol, hermano del Apóstol San Juan, encontraría espectacular arraigo en su región natal. Pues, «señoras mías, luz de mi vida

(1) *Ethérie. Journal de Voyage*. (Ed. Hélène Petré. París, 1948.

—como a veces alude a las destinatarias de su relato, un ramillete de monjitas reclusas en algún cenobio de la remota Galicia— tengo ya el propósito de ir a Asia, esto es, a Efeso, para orar ante el sepulcro del santo y bienaventurado Apóstol San Juan». Frase postrera con la que concluye su obrita sin par.

\* \* \*

La *peregrinatio* de Egeria podría clausurar de modo arquetípico el rutilante ciclo del turismo romano. El elegante estilo del texto en que la relata, y el de su forma de viajar, de sobra justifican que inicialmente se atribuyeran viaje y escrito a una reina, hija de emperador o a una dama de aristocrática estirpe. Identificada la verdadera protagonista y aclararse las cosas, la figura de Egeria, como viajera, reviste un signo ambivalente situándola en el punto de intersección o de divisoria entre dos modos distintos de entender y practicar el viaje.

En el plano espiritual, sus andanzas constituyen la premonición de un futuro que se aproxima, al recorrer *more peregrino* los caminos de Asia. Caracterizando, por otra parte, a la viajera la vertiente laica de su viaje, como hija de una época y de una cultura. Al desplazarse a lo *grande dame* romana, del Bajo Imperio, encarna aún una forma específica de viajar, de enorme estilo y tradición, a punto de desaparecer para siempre, y ceder el puesto, por largo tiempo, a su heredera directa: la peregrinación devota del medioevo.

Desde fines del IV en adelante, o sea, al poco de la *peregrinatio* de Egeria, tienden a multiplicarse los piadosos visitantes en tránsito por Palestina. A la fulminante popularidad del viaje a los Santos Lugares debieron coadyudar las oleadas de los bárbaros penetrando a borbotones por las *limes* de un Imperio en derrumbe. El viaje curioso, fuertemente matizado de religiosidad, se orienta hacia el Oriente próximo, al fin y al cabo, comarca relativamente próspera a la sazón, y, sobre todo, plácida y libre de amenazas, de momento.

Tantos los visitantes que parecieron hasta demasiados. Por lo menos a juicio de San Jerónimo, quien en una misiva cursada desde Belén, donde residió por espacio de treinta y cuatro años, el Santo, evidentemente exagerando la nota de su indignación, informa al obispo Paulinus: «Vienen aquí de todo el mundo, toda la humanidad llena la ciudad».

Consta la infinita hospitalidad de San Jerónimo, en la hospedería que con el fin de atender a los peregrinos instaló en Belén, junto a la iglesia de la Natividad. No tanta su paciencia de intelectual, absorto en honda labor traductora de las Santas Escrituras. Reticencia deducible de otra epístola de las suyas, en la que se queja de lo que disturbaban sus tareas escriturísticas el incesante tráfico de peregrinos. No es que San Jerónimo se hallara por principio resuelto a ponerle la proa a la visita de Tierra Santa, y menos como acto piadoso, individual o colectivo. Todo lo contrario. Mal pudiera censurarlo quien predicando con el ejemplo realizó su primera visita a los Santos Lugares, acaudillando desde Antioquía a un grupo de ricas matronas, de amigas espirituales como tiene a bien aludirlas en su epistolario, recomendando luego en una de sus epístolas:

«Del mismo modo que se comprenden mejor los historiadores griegos cuando se ha visto Atenas, y el libro III de la "Eneida" cuando se ha venido, de Troya a Sicilia, y de Sicilia a la desembocadura del Tiber, de igual forma se comprende mejor la Sagrada Escritura cuando se ha visto, con ojos propios, la Judea y contemplado las ruinas de sus antiguas ciudades» (1).

Ahora bien. El aspecto más antipático de los excesos es su tendencia a equilibrarlos con otros de signo contrario, magnificando el lado negativo de todo viaje en quien el paso de los años decreció la erótica del viajar. Tal es el caso del Santo, al arremeter en una de sus misivas, fechada en su senectud, no contra el viaje a Tierra Santa en sí, sino contra las repercusiones, tan turísticas, de la masificación y comercialización de la peregrinación.

(1) San Jerónimo. «Epístolas» (XLVI-9).

nación, advirtiendo a los peregrinos potenciales desde su observatorio de Belén: «Lo hermoso es ser cristiano, y no el parecerlo, y no es lo importante venir a Jerusalén, sino practicar el cristianismo en la residencia de cada uno».

La postura negativa de San Jerónimo ante el fenómeno tiene algo más tarde adecuada réplica en la segunda epístola del obispo Gregorio de Niza (394), fustigando con retórica acritud los abusos que a su juicio, y ante su vista, dada la ubicación de su sede episcopal, se cometían en ocasión de peregrinar a Jerusalén (1).

Ya del siglo V en adelante, y con el Imperio en liquidación acelerada y por derribo, la peregrinación cristiana pasa a convertirse en la débil columna vertebral o repositorio de todo desplazamiento homologable como turístico. Los únicos viajes que con ínfima evidencia documental, compensada con esfuerzos de intuición, posibilitan destilar de su seno algunos rudimentos de turismo, jamás en formas puras, diluidos en la peregrinación religiosa del más Alto Medievo. Cuando sin llegar al punto de certificar su defunción, puede que el turismo se involucionó sobre sí mismo, y retornó por bastante tiempo a su estadio paleolítico, como aquel que dice.

---

(1) Dr. B. Altmer. *Patrología*. (Madrid, 1953).

## RESUME

LUIS LAVAU: *Le tourisme romain.*

Nouvellement nous nous approchons à l'histoire du tourisme, qui présente dans ce numéro se qui pourrait se classer comme un des premiers, sinon le premier point de cette chaîne historique: le tourisme romain.

Le présent étude s'arrête spécialement au IIème siècle après Jésus Christ, période dans laquelle les Antonins détenaient le pouvoir en grande partie. On s'intéresse spécialement à démontrer que les coutumes touristiques-voyageuses du romain obéissaient clairement au désir de connaître "in situ" ces lieux que l'histoire rendait si familiers et proches, cas de la Grèce et du Méditerranéen Oriental, ou aussi pour des raisons inconcrètes tel que le bon climat hivernal qui attirait quelques voyageurs au lointain et exotique Égypte, peut-être le premier précédent de celui qu'on dénomme comme tourisme d'hiver.

## SUMMARY

LUIS LAVAU: *Roman Tourism.*

Trying to dive into the history of Tourism, we present in this issue, as a new chapter, that period which can be considered one of the first links, if not the very first one, in this historical chain: Roman Tourism.

This study stops specially at the II century after Christ, when the Antonins were in power. The author emphasizes the idea of demonstrate how the travelling and touristic trends of Romans, obeyed motivationally a clear desire of knowing "in situ" those areas, whose history was very close and familiar to them, such as Greece, Eastern Mediterranean, etc. These were also other reasons, less concrete, like the wish of looking for mild winter weather, as it was shown by those who travelled to the far and exotic Egypt. This could be considered as the origin of what we know now-a-days as winter tourism.

## ZUSAMMENFASSUNG

LUIS LAVAU: *Der romanische Tourismus.*

In einem neuen Annäherungsversuch an die Historie des Tourismus, präsentiert man in dieser Ausgabe, in Form einer neuen Uebergabe, was man als einen der ersten, um nicht zu sagen den ersten Kettenglied in dieser Historie: den romanischen Tourismus.

Das gegenwaertige Studium konzentriert sich besonders im 2. Jahrhundert unserer Zeitrechnung, in der Periode, in welcher die Antonianer ihre Macht ausuebten. Es wird mit besonderem Interesse versucht, zu beweisen, dass die touristischen Gewohnheiten der Roemer ihren Ursprung darin hatten, "in situ" diejenigen Orte kennenzulernen, die ihnen familiaer und nahe gelegen waren, wie zum Beispiel Griechenland und das oestliche Mittelmeer, oder aber auch aus weniger konkreten Gruenden wie ein gutes Winterklima, welches im exotischen Egypten gefunden werden konnte, was vielleicht als der erste Vorlaeufer des heutigen Winter-Tourismus zu bezeichnen ist.